

SEMANA SANTA A.D. 2020

EN LAS IGLESIAS DOMÉSTICAS



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Comisión Episcopal de Liturgia



ÍNDICE GENERAL

Presentación	5
---------------------------	---

I

LITURGIA DE LAS HORAS Y LECTURAS DE LAS CELEBRACIONES DURANTE LA SEMANA SANTA

1. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

- <u>Oración del atardecer. I Vísperas</u>	9
- <u>Oficio de lectura</u>	16
- <u>Oración de la mañana. Laudes</u>	25
- <u>Oración del atardecer. II Vísperas</u>	33
- <u>Conmemoración de la entrada de Jesús en Jerusalén</u>	41
- <u>Lecturas de la Misa</u>	42

2. Lunes Santo

- <u>Oficio de lectura</u>	55
- <u>Oración de la mañana. Laudes</u>	64
- <u>Oración del atardecer. Vísperas</u>	73
- <u>Lecturas de la Misa</u>	80

3. Martes Santo

- <u>Oficio de lectura</u>	83
- <u>Oración de la mañana. Laudes</u>	92
- <u>Oración del atardecer. Vísperas</u>	101
- <u>Lecturas de la Misa</u>	108

4. Miércoles Santo

- <u>Oficio de lectura</u>	111
- <u>Oración de la mañana. Laudes</u>	120
- <u>Oración del atardecer. Vísperas</u>	130
- <u>Lecturas de la Misa</u>	137

5. Jueves Santo en la Cena del Señor

- <u>Oficio de lectura</u>	141
- <u>Oración de la mañana. Laudes</u>	150
- <u>Oración del atardecer. Vísperas</u>	160
- <u>Lecturas de la Misa vespertina en la Cena del Señor</u>	167

6. Viernes Santo en la Pasión del Señor

- Oficio de lectura..... 172
- Oración de la mañana. Laudes..... 183
- Oración del atardecer. Vísperas..... 191
- Lecturas de la celebración de la Pasión del Señor..... 198

7. Sábado Santo de la Sepultura del Señor

- Oficio de lectura..... 210
- Oración de la mañana. Laudes..... 219
- Oración del atardecer. Vísperas..... 227

8. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

- Oficio de lectura..... 235
- Oración de la mañana. Laudes..... 246
- Oración del atardecer. Vísperas..... 254
- Lecturas de la Misa del día..... 261

II

CELEBRACIONES PARA LA SEMANA SANTA EN LAS COMUNIDADES Y FAMILIAS

1. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor

- Oración..... 269

2. Lunes Santo

- Oración..... 274

3. Martes Santo

- Oración..... 277

4. Miércoles Santo

- Oración..... 280

5. Jueves Santo en la Cena del Señor

- Hora Santa 283

6. Viernes Santo en la Pasión del Señor

- Via crucis..... 307

7. Sábado Santo de la Sepultura del Señor

- [Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia presidido por el santo padre Francisco](#) 336

8. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor

- [Via lucis — Camino de la luz pascual](#) 341

III

ORACIONES EN TIEMPO DE PANDEMIA

1. [Intención añadida por la Santa Sede en la oración universal del Viernes Santo del año 2020](#) 358
2. [Oración colecta de la “Misa en tiempo de pandemia”](#) 359
3. [Oración del papa Francisco a la Virgen](#) 360

PRESENTACIÓN

La situación de grave peligro para la salud de las personas que está teniendo lugar en España por motivo de la pandemia del «Covid-19» (o coronavirus) y el subsiguiente confinamiento decretado por las autoridades hace que no puedan celebrarse los actos litúrgicos de la Semana Santa y demás ejercicios piadosos con la normal asistencia y reunión de los fieles en las iglesias.

No cabe duda de que se trata de una situación realmente excepcional en que la Iglesia trata de ofrecer respuestas pastorales, tratando de que los fieles puedan unirse espiritualmente a las celebraciones y contemplan en toda su profundidad los días más santos del año litúrgico: los días de la pasión, muerte, sepultura y resurrección del Señor Jesús. Ciertamente el Triduo pascual es el centro culminante de todo el año litúrgico, que es preparado durante el tiempo de Cuaresma y que se prolonga en la alegría de los cincuenta días sucesivos, conmemorando así los grandes misterios de la redención de los hombres.

Hay que tener en cuenta que la fecha de la Pascua anual, como es sabido, está vinculada desde sus mismos orígenes al ciclo natural de las estaciones y a las fases lunares, por esta razón no puede ser transferida a otra fecha, en la que previsiblemente la actual pandemia ya hubiera desaparecido.

Por esta razón, los actos litúrgicos de la Semana Santa serán presididos por los obispos y presbíteros en las catedrales e iglesias sin la presencia del pueblo. Se recomienda que los ministros del culto adviertan a los fieles la hora de inicio de dichas celebraciones, de modo que puedan unirse en oración desde sus hogares e incluso seguirlas a través de los distintos medios de comunicación y redes sociales.

Una excelente forma de comunión con toda la Iglesia es la participación en la oración litúrgica; en efecto, la Liturgia de las Horas u Oficio Divino es la oración a la que todo el pueblo de Dios está llamado y que unánime e ininterrumpidamente cada día la Iglesia eleva al Padre en unión con Cristo, intercesor nuestro.

Siguiendo estos criterios, se ofrece el presente subsidio para la oración familiar y personal en el hogar cristiano o «Iglesia doméstica» para los días de la Semana Santa. En él se recogen las lecturas de la Palabra de Dios de los días más destacados, las horas más importantes del Oficio Divino para cada día, algunos ejercicios tradicionales de la piedad popular como el via crucis o el vía lucis, y otras oraciones sencillas que pueden ser dirigidas por cualquier adulto presente en el hogar que actúa como guía de la celebración. En todos estos recursos de oración no faltan los textos de la Palabra de Dios, que siempre ha de ser la base y el sustento de la espiritualidad cristiana.

En la esperanza de que la actual situación termine cuanto antes y podamos reunirnos en la comunidad cristiana para alabar a Dios, oremos unos por los otros, por toda la Iglesia y por la humanidad entera, que se encuentra sumida en esta grave crisis sanitaria. Encomendemos a la misericordia y providencia divinas a los difuntos, a los enfermos, a quienes cuidan de ellos y a todos los hombres de buena voluntad.

Luis García Gutiérrez
Director del Secretariado
de la Comisión Episcopal de Liturgia

I

LITURGIA DE LAS HORAS
Y LECTURAS DE LAS
CELEBRACIONES
DURANTE LA SEMANA SANTA

Domingo 5 de abril A.D. 2020

1. DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Domingo de Ramos en la Pasión del Señor, cuando nuestro Señor Jesucristo, como indica la profecía de Zacarías, entró en Jerusalén sentado sobre un pollino de borrica, y a su encuentro salió la multitud con ramos de olivos (elogio del *Martirologio Romano*).

En este día la Iglesia recuerda la entrada de Cristo, el Señor, en Jerusalén para consumir su Misterio pascual.

En el atardecer del sábado 4 de abril

ORACIÓN DEL ATARDECER I VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℞. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¿Quién es este que viene,
recién atardecido,
cubierto con su sangre
como varón que pisa los racimos?

Este es Cristo, el Señor,
convocado a la muerte,
glorificado en la resurrección.

¿Quién es este que vuelve,
glorioso y malherido,
y, a precio de su muerte,
compra la paz y libra a los cautivos?

Este es Cristo, el Señor,
convocado a la muerte,
glorificado en la resurrección.

Se durmió con los muertos,
y reina entre los vivos;
no le venció la fosa,
porque el Señor sostuvo a su Elegido.

Este es Cristo, el Señor,
convocado a la muerte,
glorificado en la resurrección.

Anunciad a los pueblos
qué habéis visto y oído;
aclamad al que viene
como la paz, bajo un clamor de olivos. Amén.

Salmodia

Ant. 1. A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me detuvisteis; ahora, flagelado, me lleváis para ser crucificado.

Salmo 118, 105-112

XIV (Nun)

Himno a la ley divina

Este es mi mandamiento:
que os améis unos a otros
(Jn 15, 12).

Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero;
lo juro y lo cumpliré:
guardaré tus justos mandamientos;
¡estoy tan afligido!
Señor, dame vida según tu promesa.

Accepta, Señor, los votos que pronuncio,
enséñame tus mandatos;
mi vida está siempre en peligro,
pero no olvido tu voluntad;
los malvados me tendieron un lazo,
pero no me desvié de tus decretos.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón;
inclino mi corazón a cumplir tus leyes,
siempre y cabalmente.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me detuvisteis; ahora, flagelado, me lleváis para ser crucificado.

Ant. 2. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes.

Salmo 15

El Señor es el lote de mi heredad

Dios resucitó a Jesús rompiendo las ataduras de la muerte (Hch 2, 24).

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien».
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes.

Ant. 3. El Señor Jesús se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Cántico

Flp 2, 6-11

Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El Señor Jesús se rebajó hasta someterse incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Lectura breve

1 Pe 1, 18-21

YA sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por vuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

Responsorio breve

℣. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℣. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

℟. Y te bendecimos.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Cántico evangélico

Ant. Salve, Rey nuestro, Hijo de David, Redentor del mundo; ya los profetas te anunciaron como el Salvador que había de venir.

Magníficat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Salve, Rey nuestro, Hijo de David, Redentor del mundo; ya los profetas te anunciaron como el Salvador que había de venir.

Preces

Adoremos a Cristo, quien, próximo ya a su pasión, al contemplar a Jerusalén, lloró por ella, porque no había aceptado el tiempo de gracia; arrepintiéndonos, pues, de nuestros pecados, supliquémosle, diciendo:
Ten piedad de tu pueblo, Señor.

1. Tú que quisiste reunir a los hijos de Jerusalén, como la gallina reúne a sus polluelos bajo las alas,
— enséñanos a reconocer el tiempo de gracia.
2. No abandones a los fieles que te abandonaron,
— antes concédenos la gracia de la conversión, y volveremos a ti, Señor, Dios nuestro.
3. Tú que por tu pasión has dado con largueza la gracia al mundo,
— concédenos que, fieles a nuestro bautismo, vivamos constantemente de tu Espíritu.

4. Que tu pasión nos estimule a vivir renunciando al pecado,
— para que, libres de toda esclavitud, podamos celebrar santamente tu resurrección.
5. Tú que reinas en la gloria del Padre,
— acuérdate de los que hoy han muerto.

Padre nuestro.

Oración

DIOS todopoderoso y eterno,
que hiciste que nuestro Salvador se encarnase
y soportara la cruz
para que imitemos su ejemplo de humildad,
concédenos, propicio,
aprender las enseñanzas de la pasión
y participar de la resurrección gloriosa.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

Domingo 5 de abril

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Señor, Dios mío, te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto.

Salmo 103

Himno al Dios creador

El que es de Cristo es una criatura nueva; lo antiguo ha pasado, lo nuevo ha comenzado (2 Cor 5, 17).

I

Bendice, alma mía, al Señor:
¡Dios mío, qué grande eres!
Te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Extiendes los cielos como una tienda,
construyes tu morada sobre las aguas;
las nubes te sirven de carroza,
avanzas en las alas del viento;
los vientos te sirven de mensajeros,
el fuego llameante, de ministro.

Asentaste la tierra sobre sus cimientos,
y no vacilará jamás;
la cubriste con el manto del océano,
y las aguas se posaron sobre las montañas;

pero a tu bramido huyeron,
al fragor de tu trueno se precipitaron,
mientras subían los montes y bajaban los valles:
cada cual al puesto asignado.
Trazaste una frontera que no traspasarán,
y no volverán a cubrir la tierra.

De los manantiales sacas los ríos,
para que fluyan entre los montes;
en ellos beben las fieras de los campos,
el asno salvaje apaga su sed;
junto a ellos habitan las aves del cielo,
y entre las frondas se oye su canto.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Señor, Dios mío, te vistes de belleza y majestad,
la luz te envuelve como un manto.

Ant. 2. El Señor saca pan de los campos, y vino para
alegrar el corazón del hombre.

II

Desde tu morada riegas los montes,
y la tierra se sacia de tu acción fecunda;
haces brotar hierba para los ganados,
y forraje para los que sirven al hombre.

Él saca pan de los campos,
y vino que le alegra el corazón;
y aceite que da brillo a su rostro,
y alimento que le da fuerzas.

Se llenan de savia los árboles del Señor,
 los cedros del Líbano que él plantó:
 allí anidan los pájaros,
 en su cima pone casa la cigüeña.
 Los riscos son para las cabras,
 las peñas son madriguera de erizos.

Hiciste la luna con sus fases,
 el sol conoce su ocaso.
 Pones las tinieblas y viene la noche,
 y rondan las fieras de la selva;
 los cachorros rugen por la presa,
 reclamando a Dios su comida.

Cuando brilla el sol, se retiran,
 y se tumban en sus guaridas;
 el hombre sale a sus faenas,
 a su labranza hasta el atardecer.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El Señor saca pan de los campos, y vino para alegrar el corazón del hombre.

Ant. 3. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.

III

Cuántas son tus obras, Señor,
 y todas las hiciste con sabiduría;
 la tierra está llena de tus criaturas.

Ahí está el mar: ancho y dilatado,
 en él bullen, sin número,
 animales pequeños y grandes;
 lo surcan las naves, y el Leviatán
 que modelaste para que retoce.

Todos ellos aguardan
a que les echés comida a su tiempo:
se la echas, y la atrapan;
abres tu mano, y se sacian de bienes;

escondes tu rostro, y se espantan;
les retiras el aliento, y expiran
y vuelven a ser polvo;
envías tu aliento, y los creas,
y repueblas la faz de la tierra.

Gloria a Dios para siempre,
goce el Señor con sus obras.
Cuando él mira la tierra, ella tiembla;
cuando toca los montes, humean.

Cantaré al Señor mientras viva,
tocaré para mí Dios mientras exista:
que le sea agradable mi poema,
y yo me alegraré con el Señor.

Que se acaben los pecadores en la tierra,
que los malvados no existan más.
¡Bendice, alma mía, al Señor!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Vio Dios todo lo que había hecho, y era muy bueno.

Versículo

℣. Cuando yo sea elevado sobre la tierra.

℟. Atraeré a todos hacia mí.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

10, 1-18

Nuestra santificación por la oblación de Cristo

Hermanos: La ley, que presenta solo una sombra de los bienes definitivos y no la imagen auténtica de la realidad, siempre, con los mismos sacrificios, año tras año, no puede nunca hacer perfectos a los que se acercan a ofrecerlos. Si no fuera así, habrían dejado de ofrecerse, porque los ministros del culto, purificados una vez, no tendrían ya ningún pecado sobre su conciencia. Pero en estos mismos sacrificios se recuerdan los pecados año tras año. Porque es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados. Por eso, cuando Cristo entró en el mundo, dijo: «Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias. Entonces yo dije lo que está escrito en el libro: “Aquí estoy, oh, Dios, para hacer tu voluntad”». Primero dice: «No quieres ni aceptas sacrificios ni ofrendas, holocaustos ni víctimas expiatorias», que se ofrecen según la ley. Después añade: «Aquí estoy yo para hacer tu voluntad». Niega lo primero, para afirmar lo segundo. Y conforme a esa voluntad todos quedamos santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo, hecha una vez para siempre. Cualquier otro sacerdote ejerce su ministerio, diariamente, ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, porque de ningún modo pueden borrar los pecados. Pero Cristo ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados. Esto nos lo atestigua también el Espíritu Santo. En efecto, después de decir: «Así será la alianza que haré con ellos después de aquellos días —dice el Señor—:

Pondré mis leyes en sus corazones y las escribiré en su mente»; añade: «Y no me acordaré ya de sus pecados ni de sus crímenes». Donde hay perdón, no hay ofrenda por los pecados.

Responsorio

Heb 10, 5. 6. 7. 4 (Sal 39, 7-8)

℣. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias; entonces yo dije: «Aquí estoy, oh, Dios, para hacer tu voluntad».

℟. Tú no quieres sacrificios ni ofrendas, pero me has preparado un cuerpo; no aceptas holocaustos ni víctimas expiatorias; entonces yo dije: «Aquí estoy, oh, Dios, para hacer tu voluntad».

℣. Es imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos quite los pecados; por eso, cuando Cristo entró en el mundo dijo:

℟. «Aquí estoy, oh, Dios, para hacer tu voluntad».

Segunda lectura

De los sermones de san Andrés de Creta, obispo.

(Sermón 9 sobre el domingo de Ramos: PG 97, 990-994)

Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor

Venid, y al mismo tiempo que ascendemos al monte de los Olivos, salgamos al encuentro de Cristo, que vuelve hoy de Betania y, por propia voluntad, se apresura hacia su venerable y dichosa pasión, para llevar a plenitud el misterio de la salvación de los hombres. Porque el que va libremente hacia Jerusalén es el mismo que por nosotros, los hombres, bajó del cielo, para levantar consigo a los que yacíamos en lo más profundo y colocarnos, como dice la Escritura, por encima de todo principado, potestad, fuerza y dominación, y por encima de todo nombre conocido. Y viene, no como quien busca su gloria por medio de la fastuosidad y de

la pompa. No porfiará —dice—, no gritará, no voceará por las calles, sino que será manso y humilde, y se presentará sin espectacularidad alguna. Ea, pues, corramos a una con quien se apresura a su pasión, e imitemos a quienes salieron a su encuentro. Y no para extender por el suelo, a su paso, ramos de olivo, vestiduras o palmas, sino para prosternarnos nosotros mismos, con la disposición más humillada de que seamos capaces y con el más limpio propósito, de manera que acojamos al Verbo que viene, y así logremos captar a aquel Dios que nunca puede ser totalmente captado por nosotros. Alegrémonos, pues, porque se nos ha presentado mansamente el que es manso y que asciende sobre el ocaso de nuestra ínfima vileza, para venir hasta nosotros y convivir con nosotros, de modo que pueda, por su parte, llevarnos hasta la familiaridad con él. Ya que, si bien se dice que, habiéndose incorporado las primicias de nuestra condición, ascendió, con ese botín, sobre los cielos, hacia el oriente, es decir, según me parece, hacia su propia gloria y divinidad, no abandonó, con todo, su propensión hacia el género humano hasta haber sublimado al hombre, elevándolo progresivamente desde lo más ínfimo de la tierra hasta lo más alto de los cielos. Así es como nosotros deberíamos prosternarnos a los pies de Cristo, no poniendo bajo sus pies nuestras túnicas o unas ramas inertes, que muy pronto perderían su verdor, su fruto y su aspecto agradable, sino revistiéndonos de su gracia, es decir, de él mismo, pues los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo os habéis revestido de Cristo. Así debemos ponernos a sus pies como si fuéramos unas túnicas. Y si antes, teñidos como estábamos de la escarlata del pecado, volvimos a encontrar la blancura de la lana gracias al saludable baño del bautismo, ofrezcamos ahora al vencedor de la muerte no ya ramas de palma, sino trofeos de victoria. Repitamos cada día aquella

sagrada exclamación que los niños cantaban, mientras agitamos los ramos espirituales del alma: *Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor.*

Responsorio

Jn 12, 12. 13; Mt 21, 8. 9

℣. Al oír el pueblo que Jesús llegaba a Jerusalén, salió a recibirlo. La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada, gritando: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!».

℟. Al oír el pueblo que Jesús llegaba a Jerusalén, salió a recibirlo. La multitud extendió sus mantos por el camino; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada, gritando: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!».

℣. Y la gente que iba delante y detrás gritaba:

℟. «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!».

Oración

Oremos.

DIOS todopoderoso y eterno,
que hiciste que nuestro Salvador se encarnase
y soportara la cruz
para que imitemos su ejemplo de humildad,
concédenos, propicio,
aprender las enseñanzas de la pasión
y participar de la resurrección gloriosa.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ORACIÓN DE LA MAÑANA

LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

✠. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

El pueblo que fue cautivo
y que tu mano libera
no encuentra mayor palmera
ni abunda en mejor olivo.
Viene con aire festivo
para enramar tu victoria,
y no te ha visto en su historia,
Dios de Israel, más cercano:
ni tu poder más a mano
ni más humilde tu gloria.

¡Gloria, alabanza y honor!
Gritad: «¡Hosanna!», y haceos
como los niños hebreos
al paso del Redentor.
¡Gloria y honor
al que viene en el nombre del Señor! Amén.

Salmodia

Ant. 1. Una gran multitud de gente, que había ido a la fiesta, aclamaba al Señor: «Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo».

Salmo 117

Himno de acción de gracias después de la victoria

Jesús es la piedra que desechasteis vosotros, los arquitectos, y que se ha convertido en piedra angular (Hch 4, 11).

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Diga la casa de Israel:
eterna es su misericordia.

Diga la casa de Aarón:
eterna es su misericordia.

Digan los fieles del Señor:
eterna es su misericordia.

En el peligro grité al Señor,
y me escuchó, poniéndome a salvo.

El Señor está conmigo: no temo;
¿qué podrá hacerme el hombre?
El Señor está conmigo y me auxilia,
veré la derrota de mis adversarios.

Mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los hombres,
mejor es refugiarse en el Señor
que fiarse de los jefes.

Todos los pueblos me rodeaban,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban cerrando el cerco,
en el nombre del Señor los rechacé;
me rodeaban como avispas,
ardiendo como fuego en las zarzas,
en el nombre del Señor los rechacé.

Empujaban y empujaban para derribarme,
 pero el Señor me ayudó;
 el Señor es mi fuerza y mi energía,
 él es mi salvación.

Escuchad: hay cantos de victoria
 en las tiendas de los justos:
 «La diestra del Señor es poderosa,
 la diestra del Señor es excelsa,
 la diestra del Señor es poderosa».

No he de morir, viviré
 para contar las hazañas del Señor.
 Me castigó, me castigó el Señor,
 pero no me entregó a la muerte.

Abridme las puertas del triunfo,
 y entraré para dar gracias al Señor.

— Esta es la puerta del Señor:
 los vencedores entrarán por ella.

— Te doy gracias porque me escuchaste
 y fuiste mi salvación.

La piedra que desecharon los arquitectos
 es ahora la piedra angular.
 Es el Señor quien lo ha hecho,
 ha sido un milagro patente.

Este es el día en que actuó el Señor:
 sea nuestra alegría y nuestro gozo.
 Señor, danos la salvación;
 Señor, danos prosperidad.

— Bendito el que viene en nombre del Señor,
 os bendecimos desde la casa del Señor;
 el Señor es Dios, él nos ilumina.

— Ordenad una procesión con ramos
 hasta los ángulos del altar.

Tú eres mi Dios, te doy gracias;
Dios mío, yo te ensalzo.

Dad gracias al Señor porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Una gran multitud de gente, que había ido a la fiesta, aclamaba al Señor: «Bendito el que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo».

Ant. 2. Con los ángeles y los niños cantemos al triunfador de la muerte: «Hosanna en el cielo».

Cántico

Dan 3, 52-57

Que la creación entera alabe al Señor

¡Bendito el Creador por siempre! (Rom 1, 25).

Bendito eres, Señor, Dios de nuestros padres:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito tu nombre, santo y glorioso:
a él gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres en el templo de tu santa gloria:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres sobre el trono de tu reino:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres tú, que sentado sobre querubines
sondeas los abismos:
a ti gloria y alabanza por los siglos.

Bendito eres en la bóveda del cielo:
a ti honor y alabanza por los siglos.

Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Con los ángeles y los niños cantemos al triunfador de la muerte: «Hosanna en el cielo».

Ant. 3. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
Paz en el cielo y gloria en lo alto.

Salmo 150

Alabad al Señor

Salmodiad con el espíritu,
salmodiad con toda vuestra
mente, es decir, glorificad a
Dios con el cuerpo y con el
alma (Hesiquio).

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.

Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza.

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,

alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas,

alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

Todo ser que alienta alabe al Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!
Paz en el cielo y gloria en lo alto.

Lectura breve

Zac 9, 9

ALÉGRATE, hija de Sion; canta, hija de Jerusalén; mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso; modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica.

Responsorio breve

℣. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

℣. De toda raza, lengua, pueblo y nación.

℟. Con tu sangre.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

Cántico evangélico

Ant. Aclamemos con palmas de victoria al Señor que viene, y salgamos a su encuentro con himnos y cantos, dándole gloria y diciendo: «Bendito eres, Señor».

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
realizando la misericordia
que tuvo con nuestros padres,
recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Aclamemos con palmas de victoria al Señor que viene, y salgamos a su encuentro con himnos y cantos, dándole gloria y diciendo: «Bendito eres, Señor».

Preces

Adoremos a Cristo, que, al entrar en Jerusalén, fue aclamado por las multitudes como rey y mesías; acojámosle también nosotros con gozo, diciendo:
Bendito el que viene en nombre del Señor.

1. Hosanna a ti, Hijo de David y Rey eterno;
 — hosanna a ti, vencedor de la muerte y del mal.
2. Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la pasión y entrar así en la gloria,
 — conduce a tu Iglesia a la Pascua eterna.

3. Tú que convertiste el madero de la cruz en árbol de vida,
— haz que los renacidos en el bautismo gocen de la abundancia de los frutos de este árbol.
4. Salvador nuestro, que viniste a salvar a los pecadores,
— conduce a tu reino a los que en ti creen, esperan y te aman.

Padre nuestro.

Oración

DIOS todopoderoso y eterno,
que hiciste que nuestro Salvador se encarnase
y soportara la cruz
para que imitemos su ejemplo de humildad,
concédenos, propicio,
aprender las enseñanzas de la pasión
y participar de la resurrección gloriosa.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ORACIÓN DEL ATARDECER

II VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¿Quién es este que viene,
recién atardecido,
cubierto con su sangre
como varón que pisa los racimos?

Este es Cristo, el Señor,
convocado a la muerte,
glorificado en la resurrección.

¿Quién es este que vuelve,
glorioso y malherido,
y, a precio de su muerte,
compra la paz y libra a los cautivos?

Este es Cristo, el Señor,
convocado a la muerte,
glorificado en la resurrección.

Se durmió con los muertos,
y reina entre los vivos;
no le venció la fosa,
porque el Señor sostuvo a su Elegido.

Este es Cristo, el Señor,
convocado a la muerte,
glorificado en la resurrección.

Anunciad a los pueblos
qué habéis visto y oído;
aclamad al que viene
como la paz, bajo un clamor de olivos. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Herido y humillado, la diestra de Dios lo exaltó.

Salmo 109, 1-5. 7

El Mesías, Rey y Sacerdote

Cristo tiene que reinar hasta
que Dios haga de sus enemigos
estrado de sus pies (1 Cor 15, 25).

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies».

Desde Sion extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora».

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:

«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec».

El Señor a tu derecha, el día de su ira,

quebrantará a los reyes.
En su camino beberá del torrente,
por eso levantará la cabeza.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Herido y humillado, la diestra de Dios lo exaltó.

Ant. 2. La sangre de Cristo nos ha purificado, llevándonos al culto del Dios vivo.

Salmo 113 B

Himno al Dios verdadero

Abandonando los ídolos, os volvisteis a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero (1 Tes 1, 9).

No a nosotros, Señor, no a nosotros,
sino a tu nombre da la gloria,
por tu bondad, por tu lealtad.
¿Por qué han de decir las naciones:
«Dónde está su Dios»?

Nuestro Dios está en el cielo,
lo que quiere lo hace.
Sus ídolos, en cambio, son plata y oro,
hechura de manos humanas:

tienen boca, y no hablan;
tienen ojos, y no ven;
tienen orejas, y no oyen;
tienen nariz, y no huelen;

tienen manos, y no tocan;
tienen pies, y no andan;
no tiene voz su garganta:
que sean igual los que los hacen,
cuantos confían en ellos.

Israel confía en el Señor:
él es su auxilio y su escudo.
La casa de Aarón confía en el Señor:
él es su auxilio y su escudo.
Los fieles del Señor confían en el Señor:
él es su auxilio y su escudo.

Que el Señor se acuerde de nosotros y nos bendiga,
bendiga a la casa de Israel,
bendiga a la casa de Aarón;
bendiga a los fieles del Señor,
pequeños y grandes.

Que el Señor os acreciente,
a vosotros y a vuestros hijos;
benditos seáis del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.
El cielo pertenece al Señor,
la tierra se la ha dado a los hombres.

Los muertos ya no alaban al Señor,
ni los que bajan al silencio.
Nosotros, sí, bendeciremos al Señor
ahora y por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. La sangre de Cristo nos ha purificado, lleván-
donos al culto del Dios vivo.

Ant. 3. Cargado con nuestros pecados, subió al leño,
para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.

Cántico

Cf. 1 Pe 2, 21b-24

La pasión voluntaria de Cristo, el siervo de Dios

Cristo padeció por nosotros,
dejándonos un ejemplo
para que sigamos sus huellas.

Él no cometió pecado
ni encontraron engaño en su boca;
cuando lo insultaban,
no devolvía el insulto;
en su pasión no profería amenazas;
al contrario,
se ponía en manos del que juzga justamente.

Cargado con nuestros pecados, subió al leño,
 para que, muertos al pecado,
 vivamos para la justicia.
 Sus heridas nos han curado.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Cargado con nuestros pecados, subió al leño,
 para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia.

Lectura breve

Hch 13, 26-30a

HERMANOS, a vosotros se os ha enviado este mensaje de salvación. Los habitantes de Jerusalén y sus autoridades no reconocieron a Jesús ni entendieron las profecías que se leen los sábados, pero las cumplieron al condenarlo. Aunque no encontraron nada que mereciera la muerte, le pidieron a Pilato que lo mandara ejecutar. Y, cuando cumplieron todo lo que estaba escrito de él, lo bajaron del madero y lo enterraron. Pero Dios lo resucitó de entre los muertos.

Responsorio breve

℣. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℣. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

℟. Y te bendecimos.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Cántico evangélico

Ant. «Está escrito: “Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño”; pero, cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea; allí me veréis», dice el Señor.

Magníficat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. «Está escrito: “Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño”; pero, cuando resucite, iré antes que vosotros a Galilea; allí me veréis», dice el Señor.

Preces

Oremos humildemente al Salvador de los hombres, que sube a Jerusalén a sufrir su pasión para entrar así en la gloria, y digámosle:

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

1. Redentor nuestro, concédenos que, por la penitencia, nos unamos más plenamente a tu pasión,
— para que consigamos la gloria de la resurrección.
2. Concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos,
— para que podamos confortar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tú nos confortas.
3. Mira con bondad a los que hemos escandalizado con nuestros pecados,
— ayúdalos a ellos y corrígenos a nosotros, para que resplandezca en todo tu santidad y tu amor.
4. Tú que te humillaste, haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz,
— enseña a tus fieles a ser obedientes y a tener paciencia.
5. Haz que los difuntos sean transformados a semejanza de tu cuerpo glorioso,
— y a nosotros danos un día parte en su felicidad.

Padre nuestro.

Oración

DIOS todopoderoso y eterno,
que hiciste que nuestro Salvador se encarnase
y soportara la cruz
para que imitemos su ejemplo de humildad,
concédenos, propicio,
aprender las enseñanzas de la pasión
y participar de la resurrección gloriosa.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ÍNDICE

LECTURAS DE LA MISA

Commemoración de la entrada del Señor en Jerusalén

Evangelio

℣. El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

Mt 21, 1-11

Bendito el que viene en nombre del Señor

℣. Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

℟. Gloria a ti, Señor.

CUANDO se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en el monte de los Olivos envió a dos discípulos diciéndoles: «Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, los desatáis y me los traéis. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto». Esto ocurrió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta: «Decid a la hija de Sion: “Mira a tu rey, que viene a ti, humilde, montado en una borrica, en un pollino, hijo de acémila”». Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud alfombró el camino con sus mantos; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada. Y la gente que iba delante y detrás gritaba: «¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas!». Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se sobresaltó preguntando: «¿Quién es este?». La multitud contestaba: «Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea».

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

Misa

Primera lectura

Is 50, 4-7

No escondí el rostro ante ultrajes, sabiendo que no quedaría defraudado (Tercer cántico del Siervo del Señor)

Lectura del libro de Isaías.

EL Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Palabra de Dios.

℟. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial *Sal 21, 8-9. 17-18a. 19-20. 23-24 (R.: 2ab)*

℟. Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?

℣. Al verme, se burlan de mí, hacen visajes, menean la cabeza: «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo; que lo libre si tanto lo quiere». ℟.

℣. Me acorrala una jauría de mastines, me cerca una banda de malhechores; me taladran las manos y los pies, puedo contar mis huesos. ℟.

℣. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica. Pero tú, Señor, no te quedes lejos; fuerza mía, ven corriendo a ayudarme. ℟.

℣. Contaré tu fama a mis hermanos, en medio de la asamblea te alabaré. «Los que teméis al Señor, alabadlo; linaje de Jacob, glorificadlo; temedlo, linaje de Israel». ℟.

Segunda lectura

Flp 2, 6-11

Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó sobre todo

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Filipenses.

CRISTO Jesús, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Palabra de Dios.

℟. Te alabamos, Señor.

Versículo antes del Evangelio

Cf. Flp 2, 8-9

℣. Cristo se ha hecho por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre.

El texto que se encuentra entre [...] se omite, en caso de elegir la forma breve de la lectura.

Evangelio

Mt 26, 14 — 27, 66 (forma larga)

Mt 27, 11-54 (**forma breve**)*Pasión de nuestro Señor Jesucristo*

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Mateo.

¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?

[**C.** EN aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso:

S. «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?».

C. Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

C. El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

S. «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?».

C. Él contestó:

+ «Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle: “El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”».

C. Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Uno de vosotros me va a entregar

C. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:

+ «En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

C. Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro:

S. «¿Soy yo acaso, Señor?».

C. Él respondió:

+ «El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

C. Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

S. «¿Soy yo acaso, Maestro?».

C. Él respondió:

+ «Tú lo has dicho».

Esto es mi cuerpo. Esta es mi sangre

C. Mientras comían, Jesús tomó pan y, después de pronunciar la bendición, lo partió, lo dio a los discípulos y les dijo:

+ «Tomad, comed: esto es mi cuerpo».

C. Después tomó el cáliz, pronunció la acción de gracias y dijo:

+ «Bebed todos; porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados. Y os digo que desde ahora ya no beberé del fruto de la vid hasta el día que beba con vosotros el vino nuevo en el reino de mi Padre».

C. Después de cantar el himno salieron para el monte de los Olivos.

Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño

C. Entonces Jesús les dijo:

+ «Esta noche os vais a escandalizar todos por mi causa, porque está escrito: “Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño”. Pero cuando resucite, iré delante de vosotros a Galilea».

C. Pedro replicó:

S. «Aunque todos caigan por tu causa, yo jamás caeré».

C. Jesús le dijo:

+ «En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces».

C. Pedro le replicó:

S. «Aunque tenga que morir contigo, no te negaré».

C. Y lo mismo decían los demás discípulos.

Empezó a sentir tristeza y angustia

C. Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos:

+ «Sentaos aquí, mientras voy allá a orar».

C. Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a sentir tristeza y angustia.

Entonces les dijo:

+ «Mi alma está triste hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo».

C. Y adelantándose un poco cayó rostro en tierra y oraba diciendo:

+ «Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz. Pero no se haga como yo quiero, sino como quieres tú».

C. Y volvió a los discípulos y los encontró dormidos.

Dijo a Pedro:

+ «¿No habéis podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentación, pues el espíritu está pronto, pero la carne es débil».

C. De nuevo se apartó por segunda vez y oraba diciendo:

+ «Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

C. Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque sus ojos se cerraban de sueño. Dejándolos de nuevo, por tercera vez oraba repitiendo las mismas palabras.

Volvió a los discípulos, los encontró dormidos y les dijo:

+ «Ya podéis dormir y descansar. Mirad, está cerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levantaos, vamos! Ya está cerca el que me entrega».

Se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron

C. Todavía estaba hablando, cuando apareció Judas, uno de los Doce, acompañado de un tropel de gente, con espadas y palos, enviado por los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta contraseña:

S. «Al que yo bese, ese es: prendedlo».

C. Después se acercó a Jesús y le dijo:

S. «¡Salve, Maestro!».

C. Y lo besó. Pero Jesús le contestó:

+ «Amigo, ¿a qué vienes?».

C. Entonces se acercaron a Jesús y le echaron mano y lo prendieron. Uno de los que estaban con él agarró la espada, la desenvainó y de un tajo le cortó la oreja al criado del sumo sacerdote.

Jesús le dijo:

+ «Envaina la espada: que todos los que empuñan espada, a espada morirán. ¿Piensas tú que no puedo acudir a mi Padre? Él me mandaría enseguida más de doce legiones de ángeles. ¿Cómo se cumplirían entonces las Escrituras que dicen que esto tiene que pasar?».

C. Entonces dijo Jesús a la gente:

+ «¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos como si fuera un bandido? A diario me sentaba en el templo a enseñar y, sin embargo, no me prendisteis. Pero todo esto ha sucedido para que se cumplieran las Escrituras de los profetas».

C. En aquel momento todos los discípulos lo abandonaron y huyeron.

Veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder

C. Los que prendieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro lo seguía de lejos hasta

el palacio del sumo sacerdote y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver cómo terminaba aquello.

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente, comparecieron dos que declararon:

S. «Este ha dicho: “Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días”».

C. El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo:

S. «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti?».

C. Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo:

S. «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».

C. Jesús le respondió:

+ «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo».

C. Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo:

S. «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?».

C. Y ellos contestaron:

S. «Es reo de muerte».

C. Entonces le escupieron a la cara y lo abofetearon; otros lo golpearon diciendo:

S. «Haz de profeta, Mesías; dinos quién te ha pegado».

Antes de que cante el gallo me negarás tres veces

C. Pedro estaba sentado fuera en el patio y se le acercó una criada y le dijo:

S. «También tú estabas con Jesús el Galileo».

C. Él lo negó delante de todos diciendo:

S. «No sé qué quieres decir».

C. Y al salir al portal lo vio otra y dijo a los que estaban allí:

S. «Este estaba con Jesús el Nazareno».

C. Otra vez negó él con juramento:

S. «No conozco a ese hombre».

C. Poco después se acercaron los que estaban allí y dijeron a Pedro:

S. «Seguro; tú también eres de ellos, tu acento te delata».

C. Entonces él se puso a echar maldiciones y a jurar diciendo:

S. «No conozco a ese hombre».

C. Y enseguida cantó un gallo. Pedro se acordó de aquellas palabras de Jesús: «Antes de que cante el gallo me negarás tres veces». Y saliendo afuera, lloró amargamente.

Entregaron a Jesús a Pilato, el gobernador

C. Al hacerse de día, todos los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron para preparar la condena a muerte de Jesús. Y atándolo lo llevaron y lo entregaron a Pilato, el gobernador.

*No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas,
porque son precio de sangre*

C. Entonces Judas, el traidor, viendo que lo habían condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los sumos sacerdotes y ancianos diciendo:

S. «He pecado entregando sangre inocente».

C. Pero ellos dijeron:

S. «¿A nosotros qué? ¡Allá tú!».

C. Él, arrojando las monedas de plata en el templo, se marchó; y fue y se ahorcó. Los sacerdotes, recogiendo las monedas de plata, dijeron:

S. «No es lícito echarlas en el arca de las ofrendas porque son precio de sangre».

C. Y, después de discutirlo, compraron con ellas el Campo del Alfarero para cementerio de forasteros. Por eso aquel campo se llama todavía «Campo de Sangre». Así se cumplió lo dicho por medio del profeta Jeremías:

«Y tomaron las treinta monedas de plata,
el precio de uno que fue tasado,
según la tasa de los hijos de Israel,
y pagaron con ellas el Campo del Alfarero,
como me lo había ordenado el Señor».]

¿Eres tú el rey de los judíos?

(Para la lectura de la forma breve: C. En aquel tiempo, Jesús fue llevado...)

C. Jesús fue llevado ante el gobernador, y el gobernador le preguntó:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. Jesús respondió:

+ «Tú lo dices».

C. Y mientras lo acusaban los sumos sacerdotes y los ancianos no contestaba nada. Entonces Pilato le preguntó:

S. «¿No oyes cuántos cargos presentan contra ti?».

C. Como no contestaba a ninguna pregunta, el gobernador estaba muy extrañado. Por la fiesta, el gobernador solía liberar un preso, el que la gente quisiera. Tenía

entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Cuando la gente acudió, dijo Pilato:

S. «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, a quien llaman el Mesías?».

C. Pues sabía que se lo habían entregado por envidia. Y mientras estaba sentado en el tribunal, su mujer le mandó a decir:

S. «No te metas con ese justo porque esta noche he sufrido mucho soñando con él».

C. Pero los sumos sacerdotes y los ancianos convencieron a la gente para que pidieran la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

El gobernador preguntó:

S. «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?».

C. Ellos dijeron:

S. «A Barrabás».

C. Pilato les preguntó:

S. «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?».

C. Contestaron todos:

S. «Sea crucificado».

C. Pilato insistió:

S. «Pues, ¿qué mal ha hecho?».

C. Pero ellos gritaban más fuerte:

S. «¡Sea crucificado!».

C. Al ver Pilato que todo era inútil y que, al contrario, se estaba formando un tumulto, tomó agua y se lavó las manos ante la gente, diciendo:

S. «Soy inocente de esta sangre. ¡Allá vosotros!».

C. Todo el pueblo contestó:

S. «¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

C. Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

¡Salve, rey de los judíos!

C. Entonces los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y, doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo:

S. «¡Salve, rey de los judíos!».

C. Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

Crucificaron con él a dos bandidos

C. Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a llevar su cruz.

Cuando llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo. Encima de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda.

Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz

C. Los que pasaban, lo injuriaban, y meneando la cabeza, decían:

S. «Tú que destruyes el templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz».

C. Igualmente los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también diciendo:

S. «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y le creeremos. Confió en Dios, que lo libre si es que lo ama, pues dijo: “Soy Hijo de Dios”».

C. De la misma manera los bandidos que estaban crucificados con él lo insultaban.

«Elí, Elí, lemá sabaqtaní?»

C. Desde la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente:

+ «Elí, Elí, lemá sabaqtaní?».

C. (Es decir:

+ «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»).

C. Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron:

S. «Está llamando a Elías».

C. Enseguida uno de ellos fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber.

Los demás decían:

S. «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo».

C. Jesús, gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

C. Entonces el velo del templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las rocas se resquebrajaron, las tumbas se abrieron y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron y, saliendo de las tumbas después que él resucitó, entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos.

El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados:

S. «Verdaderamente este era Hijo de Dios».

[C. Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo; entre ellas, María la Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

José puso en su sepulcro nuevo el cuerpo de Jesús

C. Al anochecer llegó un hombre rico de Arimatea, llamado José, que era también discípulo de Jesús. Este acudió a Pilato a pedirle el cuerpo de Jesús. Y Pilato mandó que se lo entregaran. José, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en su sepulcro nuevo que se había excavado en la roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María la Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

Ahí tenéis la guardia:

id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis

C. A la mañana siguiente, pasado el día de la Preparación, acudieron en grupo los sumos sacerdotes y los fariseos a Pilato y le dijeron:

S. «Señor, nos hemos acordado de que aquel impostor estando en vida anunció: “A los tres días resucitaré”. Por eso ordena que vigilen el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vayan sus discípulos, se lleven el cuerpo y digan al pueblo: “Ha resucitado de entre los muertos”. La última impostura sería peor que la primera».

C. Pilato contestó:

S. «Ahí tenéis la guardia: id vosotros y asegurad la vigilancia como sabéis».

C. Ellos aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y colocando la guardia.]

Palabra del Señor.

R. Gloria a ti, Señor Jesús.

Lunes 6 de abril A.D. 2020

2. LUNES SANTO

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo

en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Inclina tu oído hacia mí, Señor, y ven a salvarme.

Salmo 30, 2-17. 20-25

Súplica confiada de un afligido

Padre, a tus manos encomiando mi espíritu (Lc 23, 46).

I

A tí, Señor, me acojo:
no quede yo nunca defraudado;
tú, que eres justo, ponme a salvo,
inclina tu oído hacia mí;

ven aprisa a librarme,
sé la roca de mi refugio,
un baluarte donde me salve,
tú que eres mi roca y mi baluarte;

por tu nombre dirígeme y guíame:
sácame de la red que me han tendido,
porque tú eres mi amparo.

A tus manos encomiendo mi espíritu:
 tú, el Dios leal, me librarás;
 tú aborreces a los que veneran ídolos inertes,
 pero yo confío en el Señor;
 tu misericordia sea mi gozo y mi alegría.

Te has fijado en mi aflicción,
 velas por mi vida en peligro;
 no me has entregado en manos del enemigo,
 has puesto mis pies en un camino ancho.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Inclina tu oído hacia mí, Señor, y ven a salvarme.

Ant. 2. Haz brillar, Señor, tu rostro sobre tu siervo.

II

Piedad, Señor, que estoy en peligro:
 se consumen de dolor mis ojos,
 mi garganta y mis entrañas.

Mi vida se gasta en el dolor;
 mis años, en los gemidos;
 mi vigor decae con las penas,
 mis huesos se consumen.

Soy la burla de todos mis enemigos,
 la irrisión de mis vecinos,
 el espanto de mis conocidos:
 me ven por la calle, y escapan de mí.
 Me han olvidado como a un muerto,
 me han desechado como a un cacharro inútil.

Oigo el cuchicheo de la gente,
 y todo me da miedo;
 se conjuran contra mí
 y tramán quitarme la vida.

Pero yo confío en ti, Señor,
te digo: «Tú eres mi Dios».
En tu mano están mis azares:
líbrame de los enemigos que me persiguen;
haz brillar tu rostro sobre tu siervo,
sálvame por tu misericordia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Haz brillar, Señor, tu rostro sobre tu siervo.

Ant. 3. Bendito sea el Señor, que ha hecho por mí
prodigios de misericordia.

III

Qué bondad tan grande, Señor,
reservas para tus fieles,
y concedes a los que a ti se acogen
a la vista de todos.

En el asilo de tu presencia los escondes
de las conjuras humanas;
los ocultas en tu tabernáculo,
frente a las lenguas pendencieras.

Bendito el Señor, que ha hecho por mí
prodigios de misericordia
en la ciudad amurallada.

Yo decía en mi ansiedad:
«Me has arrojado de tu vista»;
pero tú escuchaste mi voz suplicante
cuando yo te gritaba.

Amad al Señor, fieles suyos;
el Señor guarda a sus leales,
y a los soberbios les paga con creces.

Sed fuertes y valientes de corazón,
los que esperáis en el Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Bendito sea el Señor, que ha hecho por mí prodigios de misericordia.

Versículo

℣. Cuando yo sea elevado sobre la tierra.

℟. Atraeré a todos hacia mí.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

10, 19-39

Perseverancia en la fe. Expectación del juicio

Hermanos, teniendo entrada libre al santuario, en virtud de la sangre de Jesús, contando con el camino nuevo y vivo que él ha inaugurado para nosotros a través de la cortina, o sea, de su carne, y teniendo un gran sacerdote al frente de la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero y llenos de fe, con el corazón purificado de mala conciencia y con el cuerpo lavado en agua pura. Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos, porque es fiel quien hizo la promesa; fijémonos los unos en los otros, para estimularnos a la caridad y a las buenas obras. No desertéis de las asambleas, como algunos tienen por costumbre, sino animaos tanto más cuanto más cercano veis el Día. Porque, si, después de haber recibido el conocimiento de la verdad, nos obstinamos en el pecado, ya no quedan sacrificios por los pecados, queda solo la perspectiva pavorosa de un juicio y el furor de un fuego dispuesto a devorar a los enemigos. Al que viola la ley de Moisés lo ejecutan sin compasión, basándose en dos o tres testigos. Cuánto peor castigo pensáis que merecerá uno que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha juzgado impura la sangre de la alianza que lo había consagrado y que ha ultrajado al Espíritu de la gracia. Sabemos

muy bien quién dijo aquello: «Mío es el desquite, yo daré a cada cual su merecido», y también: «El Señor juzgará a su pueblo». Es horrendo caer en manos del Dios vivo. Recordad aquellos días primeros, cuando, recién iluminados, soportasteis múltiples combates y sufrimientos: ya sea cuando os exponían públicamente a insultos y tormentos, ya cuando os hacíais solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis el sufrimiento de los encarcelados, aceptasteis con alegría que os confiscaran los bienes, sabiendo que teníais bienes mejores, y permanentes. No renunciéis, pues, a vuestra valentía, que tendrá una gran recompensa. Os falta constancia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa. Un poquito de tiempo todavía, y el que viene llegará sin retraso; mi justo vivirá de fe, pero, si se arredra, le retiraré mi favor. Pero nosotros no somos gente que se arredra para su perdición, sino hombres de fe para salvar el alma.

Responsorio

Heb 10, 35. 36; Lc 21, 19

✠. No renunciéis a vuestra valentía; os falta constancia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa.

℟. No renunciéis a vuestra valentía; os falta constancia para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa.

✠. Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.

℟. Para cumplir la voluntad de Dios y alcanzar la promesa.

Segunda lectura

De los sermones de san Agustín, obispo.

(Sermón Güelferbitano 3: PLS 2, 545-546)

Gloriémonos también nosotros en la cruz de nuestro Señor Jesucristo

La pasión de nuestro Señor y Salvador Jesucristo es una prenda de gloria y una enseñanza de paciencia. Pues, ¿qué dejará de esperar de la gracia de Dios el

corazón de los fieles, si por ellos el Hijo único de Dios, coeterno con el Padre, no se contentó con nacer como un hombre entre los hombres, sino que quiso incluso morir por mano de los hombres, que él mismo había creado? Grande es lo que el Señor nos promete para el futuro, pero es mucho mayor aún aquello que celebramos recordando lo que ya ha hecho por nosotros. ¿Dónde estaban o quiénes eran los impíos, cuando por ellos murió Cristo? ¿Quién dudará que a los santos pueda dejar el Señor de darles su vida, si él mismo les entregó su muerte? ¿Por qué vacila todavía la fragilidad humana en creer que un día será realidad el que los hombres vivan con Dios? Lo que ya se ha realizado es mucho más increíble: Dios ha muerto por los hombres. Porque, ¿quién es Cristo, sino aquel de quien dice la Escritura: *En el principio ya existía la Palabra, y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios? Esta Palabra de Dios se hizo carne y acampó entre nosotros.* Porque no habría poseído lo que era necesario para morir por nosotros, si no hubiera tomado de nosotros una carne mortal. Así el inmortal pudo morir, así pudo dar su vida a los mortales; y hará que más tarde tengan parte en su vida aquellos de cuya condición él primero se había hecho partícipe. Pues nosotros, por nuestra naturaleza, no teníamos posibilidad de vivir, ni él, por la suya, posibilidad de morir. Él hizo, pues, con nosotros este admirable intercambio: tomó de nuestra naturaleza la condición mortal, y nos dio de la suya la posibilidad de vivir. Por tanto, no solo no debemos avergonzarnos de la muerte de nuestro Dios y Señor, sino que hemos de confiar en ella con todas nuestras fuerzas y gloriarnos en ella por encima de todo: pues al tomar de nosotros la muerte, que en nosotros encontró, nos prometió, con toda su fidelidad, que nos daría en sí mismo la vida que nosotros no podemos llegar a poseer por nosotros mismos. Y si aquel que no tiene pecado nos amó hasta tal punto que por nosotros, pecadores, sufrió lo que habían merecido nuestros

pecados, ¿cómo, después de habernos justificado, dejará de darnos lo que es justo? Él, que promete con verdad, ¿cómo no va a darnos los premios de los santos, si soportó, sin cometer iniquidad, el castigo que los inicuos le infligieron? Confesemos, por tanto, intrépidamente, hermanos, y declaremos bien a las claras que Cristo fue crucificado por nosotros: y hagámoslo no con miedo, sino con júbilo, no con vergüenza, sino con orgullo. El apóstol Pablo, que cayó en la cuenta de este misterio, lo proclamó como un título de gloria. Y, siendo así que podía recordar muchos aspectos grandiosos y divinos de Cristo, no dijo que se gloriaba de estas maravillas —que hubiese creado el mundo, cuando, como Dios que era, se hallaba junto al Padre, y que hubiese imperado sobre el mundo, cuando era hombre como nosotros—, sino que dijo: *Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.*

Responsorio

℣. Tu cruz adoramos, Señor, y veneramos tu pasión gloriosa: ten piedad de nosotros, tú que has muerto por nosotros.

℟. Tu cruz adoramos, Señor, y veneramos tu pasión gloriosa: ten piedad de nosotros, tú que has muerto por nosotros.

℣. Te rogamos, pues, que vengas en ayuda de tus siervos, a quienes redimiste con tu preciosa sangre.

℟. Ten piedad de nosotros, tú que has muerto por nosotros.

Oración

Oremos.

CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que, quienes desfallecemos
a causa de nuestra debilidad,
encontremos aliento en la pasión de tu Hijo unigénito.
Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión

V. Bendigamos al Señor.

R. Demos gracias a Dios.

ÍNDICE

ORACIÓN DE LA MAÑANA

LAUDES

Invocación inicial

℟. Dios mío, ven en mi auxilio.

℞. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

I

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

II

Jesús de María,
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

¿Cómo estáis de esta suerte,
decid, Cordero casto,
pues, naciendo tan limpio,
de sangre estáis manchado?
La piel divina os quitan
las sacrílegas manos,
no digo de los hombres,
pues fueron mis pecados.

Bien sé, Pastor divino,
que estáis subido en alto,
para llamar con silbos
tan perdido ganado.
Ya os oigo, Pastor mío,
ya voy a vuestro pasto,
pues como vos os dais
ningún pastor se ha dado.

¡Ay de los que se visten
de sedas y brocados,
estando vos desnudo,
solo de sangre armado!
¡Ay de aquellos que manchan
con violencia sus manos,
los que llenan su boca
con injurias y agravios!

Nadie tendrá disculpa
diciendo que cerrado
halló jamás el cielo,
si el cielo va buscando.
Pues vos, con tantas puertas
en pies, mano y costado,
estáis de puro abierto
casi descuartizado.

¡Ay si los clavos vuestros
llegaran a mí tanto
que clavarán al vuestro
mi corazón ingrato!
¡Ay si vuestra corona,
al menos por un rato,
pasara a mi cabeza
y os diera algún descanso! Amén.

Salmodia

Ant. 1. Dijo Jesús: «Me muero de tristeza: quedaos aquí y velad conmigo».

Salmo 41

Deseo del Señor y ansias de contemplar el templo

El que tenga sed, y quiera,
que venga a beber el agua viva
(Ap 22, 17).

Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma te busca
a ti, Dios mío;

tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver
el rostro de Dios?

Las lágrimas son mi pan
noche y día,
mientras todo el día me repiten:
«¿Dónde está tu Dios?»

Recuerdo otros tiempos,
y desahogo mi alma conmigo:
cómo marchaba a la cabeza del grupo,
hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

¿Por qué te acongojas, alma mía,
 por qué te me turbas?
 Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
 «Salud de mi rostro, Dios mío».

Cuando mi alma se acongoja,
 te recuerdo
 desde el Jordán y el Hermón
 y el Monte Menor.

Una sima grita a otra sima
 con voz de cascadas:
 tus torrentes y tus olas
 me han arrollado.

De día el Señor
 me hará misericordia,
 de noche cantaré la alabanza
 del Dios de mi vida.

Diré a Dios: «Roca mía,
 ¿por qué me olvidas?
 ¿Por qué voy andando, sombrío,
 hostigado por mi enemigo?»

Se me rompen los huesos
 por las burlas del adversario;
 todo el día me preguntan:
 «¿Dónde está tu Dios?»

¿Por qué te acongojas, alma mía,
 por qué te me turbas?
 Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
 «Salud de mi rostro, Dios mío».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dijo Jesús: «Me muero de tristeza: quedaos aquí y velad conmigo».

Ant. 2. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera.

Cántico **Eclo 36, 1-7. 13-16**

Súplica en favor de la ciudad santa de Jerusalén

Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado, Jesucristo (Jn 17, 3).

Sálvanos, Dios del universo,
infunde tu terror a todas las naciones;
amenaza con tu mano al pueblo extranjero,
para que sienta tu poder.

Como les mostraste tu santidad al castigarnos,
muéstranos así tu gloria castigándolos a ellos:
para que sepan, como nosotros lo sabemos,
que no hay Dios fuera de ti.

Renueva los prodigios, repite los portentos,
exalta tu mano, robustece tu brazo.

Reúne a todas las tribus de Jacob
y dales su heredad como antiguamente.

Ten compasión del pueblo que lleva tu nombre,
de Israel, a quien nombraste tu primogénito;
ten compasión de tu ciudad santa,
de Jerusalén, lugar de tu reposo.

Llena a Sion de tu majestad,
y al templo, de tu gloria.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Ahora va a ser juzgado el mundo; ahora el Príncipe de este mundo va a ser echado fuera.

Ant. 3. El que inició y completa nuestra fe, Jesús, soportó la cruz, despreciando a la ignominia, y ahora está sentado a la derecha de Dios.

Salmo 18 A

Alabanza al Dios creador del universo

Nos visitará el sol que nace de lo alto, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz (Lc 1, 78. 79).

El cielo proclama la gloria de Dios,
el firmamento pregona la obra de sus manos:
el día al día le pasa el mensaje,
la noche a la noche se lo susurra.

Sin que hablen, sin que pronuncien,
sin que resuene su voz,
a toda la tierra alcanza su pregón
y hasta los límites del orbe su lenguaje.

Allí le ha puesto su tienda al sol:
él sale como el esposo de su alcoba,
contento como un héroe, a recorrer su camino.

Asoma por un extremo del cielo,
y su órbita llega al otro extremo:
nada se libra de su calor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El que inició y completa nuestra fe, Jesús, soportó la cruz, despreciando a la ignominia, y ahora está sentado a la derecha de Dios.

Lectura breve

Jer 11, 19-20

YO, como cordero manso, llevado al matadero, no sabía los planes homicidas que contra mí planeaban: «Talemos el árbol en su lozanía, arranquémoslo de la tierra vital, que su nombre no se pronuncie más». Pero tú, Señor de los ejércitos, juzgas rectamente, pruebas las entrañas y el corazón; veré mi venganza contra ellos, porque a ti he encomendado mi causa.

Responsorio breve

℣. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

℣. De toda raza, lengua, pueblo y nación.

℟. Con tu sangre.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

Cántico evangélico

Ant. Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo te he conocido, porque tú me enviaste.

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
 porque ha visitado y redimido a su pueblo,
 suscitándonos una fuerza de salvación
 en la casa de David, su siervo,
 según lo había predicho desde antiguo
 por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
 y de la mano de todos los que nos odian;
 realizando la misericordia
 que tuvo con nuestros padres,
 recordando su santa alianza
 y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a tí, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Padre justo, el mundo no te ha conocido; yo
 te he conocido, porque tú me enviaste.

Preces

Acudamos a Cristo, nuestro Salvador, que nos redimió
 con su muerte y resurrección, y supliquémosle,
 diciendo:

Señor, ten piedad de nosotros.

1. Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la pasión y
 entrar así en la gloria,
 — conduce a tu Iglesia a la Pascua eterna.
2. Tú que exaltado en la cruz quisiste ser atravesado
 por la lanza del soldado,
 — sana nuestras heridas.

3. Tú que convertiste el madero de la cruz en árbol de vida,
— haz que los renacidos en el bautismo gocen de la abundancia de los frutos de este árbol.
4. Tú que clavado en la cruz perdonaste al ladrón arrepentido,
— perdónanos también a nosotros, pecadores.

Padre nuestro.

Oración

CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que, quienes desfallecemos
a causa de nuestra debilidad,
encontremos aliento en la pasión de tu Hijo unigénito.
Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ORACIÓN DEL ATARDECER

VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh, cruz, tú nos salvarás!

El Verbo en ti clavado, muriendo, nos rescató;
de ti, madero santo, nos viene la redención.

Extiende por el mundo tu reino de salvación.

¡Oh, cruz fecunda, fuente de vida y bendición!

Impere sobre el odio tu reino de caridad;
alcancen las naciones el gozo de la unidad.

Aumenta en nuestras almas tu reino de santidad;
el río de la gracia apague la iniquidad.

La gloria por los siglos a Cristo libertador,
su cruz nos lleva al cielo, la tierra de promisión.

Salmodia

Ant. 1. Sin figura, sin belleza, lo vimos sin aspecto atrayente.

Salmo 44

Las nupcias del Rey

¡Que llega el Esposo, salid a recibirlo! (Mt 25, 6).

I

Me brota del corazón un poema bello,
recito mis versos a un rey;
mi lengua es ágil pluma de escribano.

Eres el más bello de los hombres,
en tus labios se derrama la gracia,
el Señor te bendice eternamente.

Cíñete al flanco la espada, valiente:
es tu gala y tu orgullo;
cabalga victorioso por la verdad y la justicia,
tu diestra te enseñe a realizar proezas.
Tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden,
se acobardan los enemigos del rey.

Tu trono, oh, Dios, permanece para siempre,
cetro de rectitud es tu cetro real;
has amado la justicia y odiado la impiedad:
por eso el Señor, tu Dios, te ha ungido
con aceite de júbilo
entre todos tus compañeros.

A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos,
desde los palacios de marfiles te deleitan las arpas.
Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina,
enjoyada con oro de Ofir.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Sin figura, sin belleza, lo vimos sin aspecto atrayente.

Ant. 2. Le daré una multitud como parte, porque expuso su vida a la muerte.

II

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
 olvida tu pueblo y la casa paterna;
 prendado está el rey de tu belleza:
 póstrate ante él, que él es tu señor.
 La ciudad de Tiro viene con regalos,
 los pueblos más ricos buscan tu favor.

Ya entra la princesa, bellísima,
 vestida de perlas y brocado;
 la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
 la siguen sus compañeras:
 las traen entre alegría y algazara,
 van entrando en el palacio real.

«A cambio de tus padres, tendrás hijos,
 que nombrarás príncipes por toda la tierra».

Quiero hacer memorable tu nombre
 por generaciones y generaciones,
 y los pueblos te alabarán
 por los siglos de los siglos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Le daré una multitud como parte, porque expuso su vida a la muerte.

Ant. 3. Dios nos ha concedido generosamente su gracia en su querido Hijo; por este Hijo, por su sangre, hemos recibido la redención.

Cántico

Ef 1, 3-10

El Dios salvador

Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bienes espirituales y celestiales.

Él nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos
e irrepugnables ante él por el amor.

Él nos ha destinado en la persona de Cristo,
por pura iniciativa suya,
a ser sus hijos,
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido
en su querido Hijo,
redunde en alabanza suya.

Por este Hijo, por su sangre,
hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.
El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad.

Este es el plan
que había proyectado realizar por Cristo
cuando llegase el momento culminante:
recapitular en Cristo todas las cosas
del cielo y de la tierra.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dios nos ha concedido generosamente su gracia
en su querido Hijo; por este Hijo, por su sangre, hemos
recibido la redención.

Lectura breve

Rom 5, 8-9

LA prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros. ¡Con cuánta más razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por él salvos del castigo!

Responsorio breve

℣. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℣. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

℟. Y te bendecimos.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Cántico evangélico

Ant. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en él tenga vida eterna.

Preces

Adoremos al Salvador de los hombres, que, muriendo, destruyó nuestra muerte y, resucitando, restauró la vida, y digámosle humildemente:

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

1. Redentor nuestro, concédenos que, por la penitencia, nos unamos más plenamente a tu pasión,
— para que consigamos la gloria de la resurrección.
2. Concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos,
— para que podamos confortar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tú nos confortas.
3. Haz que tu fieles participen en tu pasión mediante los sufrimientos de su vida,
— para que se manifiesten en ellos los frutos de tu salvación.
4. Tú que te humillaste, haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz,
— enseña a tus fieles a ser obedientes y a tener paciencia.

5. Haz que los difuntos sean transformados a semejanza de tu cuerpo glorioso,
— y a nosotros danos un día parte en su felicidad.

Padre nuestro.

Oración

CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que, quienes desfallecemos
a causa de nuestra debilidad,
encontremos aliento en la pasión de tu Hijo unigénito.
Él, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ÍNDICE

LECTURAS DE LA MISA

Primera lectura

Is 42, 1-7

No gritará, no voceará por las calles

Lectura del libro de Isaías.

MIRAD, a mi siervo, a quien sostengo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él, manifestará la justicia a las naciones. No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, la mecha vacilante no la apagará. Manifestará la justicia con verdad. No vacilará ni se quebrará, hasta implantar la justicia en el país. En su ley esperan las islas. Esto dice el Señor, Dios, que crea y despliega los cielos, consolidó la tierra con su vegetación, da el respiro al pueblo que la habita y el aliento a quienes caminan por ella: «Yo, el Señor, te he llamado en mi justicia, te cogí de la mano, te formé e hice de ti alianza de un pueblo y luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la cárcel, de la prisión a los que habitan en tinieblas».

Palabra de Dios.

℟. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Sal 26, 1bcde. 2. 3. 13-14 (R.: 1b)

℟. El Señor es mi luz y mi salvación.

℣. El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré? El Señor es la defensa de mi vida, ¿quién me hará temblar? ℟.

℣. Cuando me asaltan los malvados para devorar mi carne, ellos, enemigos y adversarios, tropiezan y caen. ℟.

℣. Si un ejército acampa contra mí, mi corazón no tiembla; si me declaran la guerra, me siento tranquilo. ℟.

✠. Espero gozar de la dicha del Señor en el país de la vida. Espera en el Señor, sé valiente, ten ánimo, espera en el Señor. **℟.**

Versículo antes del Evangelio

✠. Salve, Rey nuestro, solo tú te has compadecido de nuestros errores.

Evangelio

✠. El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

Jn 12, 1-11

Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura

✠. Lectura del santo Evangelio según san Juan.

℟. Gloria a ti, Señor.

SEIS días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume.

Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice: «¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?».

Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando. Jesús dijo: «Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis». Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado

de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

ÍNDICE

Martes 7 de abril A.D. 2020

3. MARTES SANTO

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

℣. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Encomienda tu camino al Señor, y él actuará.

Salmo 36

La verdadera y la falsa felicidad

Dichosos los sufridos, por-
que ellos heredarán la tierra
(Mt 5, 4).

I

No te exasperes por los malvados,
no envidies a los que obran el mal:
se secarán pronto, como la hierba,
como el césped verde se agostarán.

Confía en el Señor y haz el bien,
habita tu tierra y practica la lealtad;
sea el Señor tu delicia,
y él te dará lo que pide tu corazón.

Encomienda tu camino al Señor,
confía en él, y él actuará:
hará tu justicia como el amanecer,
tu derecho como el mediodía.

Descansa en el Señor y espera en él,
no te exasperes por el hombre que triunfa
empleando la intriga:

cohíbe la ira, reprime el coraje,
no te exasperes, no sea que obres mal;
porque los que obran mal son excluidos,
pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra.

Aguarda un momento: desapareció el malvado,
fíjate en su sitio: ya no está;
en cambio, los sufridos poseen la tierra
y disfrutan de paz abundante.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Encomienda tu camino al Señor, y él actuará.

Ant. 2. Apártate del mal y haz el bien, porque el Señor ama la justicia.

II

El malvado intriga contra el justo,
rechina sus dientes contra él;
pero el Señor se ríe de él,
porque ve que le llega su hora.

Los malvados desenvainan la espada,
asestan el arco,
para abatir a pobres y humildes,
para asesinar a los honrados;
pero su espada les atravesará el corazón,
sus arcos se romperán.

Mejor es ser honrado con poco
que ser malvado en la opulencia;
pues al malvado se le romperán los brazos,
pero al honrado lo sostiene el Señor.

El Señor vela por los días de los buenos,
y su herencia durará siempre;
no se agostarán en tiempo de sequía,
en tiempo de hambre se saciarán;

pero los malvados perecerán,
los enemigos del Señor
se marchitarán como la belleza de un prado,
en humo se disiparán.

El malvado pide prestado y no devuelve,
el justo se compadece y perdona.
Los que el Señor bendice poseen la tierra,
los que él maldice son excluidos.

El Señor asegura los pasos del hombre,
se complace en sus caminos;
si tropieza, no caerá,
porque el Señor lo tiene de la mano.

Fui joven, ya soy viejo:
nunca he visto a un justo abandonado,
ni a su linaje mendigando el pan.
A diario se compadece y da prestado;
bendita será su descendencia.

Apártate del mal y haz el bien,
y siempre tendrás una casa;
porque el Señor ama la justicia
y no abandona a sus fieles.

Los inicuos son exterminados,
la estirpe de los malvados se extinguirá;
pero los justos poseen la tierra,
la habitarán por siempre jamás.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Apártate del mal y haz el bien, porque el Señor
ama la justicia.

Ant. 3. Confía en el Señor y sigue su camino.

III

La boca del justo expone la sabiduría,
su lengua explica el derecho;
porque lleva en el corazón la ley de su Dios,
y sus pasos no vacilan.

El malvado espía al justo
e intenta darle muerte;
pero el Señor no lo entrega en sus manos,
no deja que lo condenen en el juicio.

Confía en el Señor, sigue su camino;
él te levantará a poseer la tierra,
y verás la expulsión de los malvados.

Vi a un malvado que se jactaba,
que prosperaba como un cedro frondoso;
volví a pasar, y ya no estaba;
lo busqué, y no lo encontré.

Observa al honrado, fíjate en el bueno:
su porvenir es la paz;
los impíos serán totalmente aniquilados,
el porvenir de los malvados quedará truncado.

El Señor es quien salva a los justos,
él es su alcázar en el peligro;
el Señor los protege y los libra,
los libra de los malvados y los salva
porque se acogen a él.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Confía en el Señor y sigue su camino.

Versículo

℣. Cuando yo sea elevado sobre la tierra.

℟. Atraeré a todos hacia mí.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

12, 1-13

Teniendo a Cristo por guía, corramos en la carrera

Hermanos: Una nube ingente de testigos nos rodea: por tanto, quitémonos lo que nos estorba y el pecado que nos ata, y corramos en la carrera que nos toca, sin retirarnos, fijos los ojos en el que inició y completa nuestra fe: Jesús, que, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios. Recordad al que soportó la oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo. Todavía no habéis llegado a la sangre en vuestra pelea contra el pecado. Habéis olvidado la exhortación paternal que os dieron: «Hijo mío, no rechaces la corrección del Señor, no te enfades por su reprensión; porque el Señor reprende a los que ama y castiga a sus hijos preferidos». Aceptad la corrección, porque Dios os trata como a hijos, pues, ¿qué padre no corrige a sus hijos? Si os eximen de la corrección, que es patrimonio de todos, será que sois bastardos y no hijos. Más aún, tuvimos por educadores a nuestros padres carnales, y los respetábamos. ¿No nos sujetaremos, con mayor razón, al Padre de nuestro espíritu, para tener vida? Porque aquellos nos educaban para breve tiempo, según sus luces; Dios, en cambio, en la medida de lo útil, para que participemos de su santidad. Ninguna corrección nos gusta cuando la recibimos, sino que nos duele; pero, después de pasar por ella, nos da como fruto una vida honrada y en paz. Por eso, fortaleced las manos débiles, robusteced las rodillas vacilantes, y caminad por una senda llana: así el pie cojo, en vez de retorcerse, se curará.

Responsorio*Heb 12, 2; Flp 2, 8*

✠. El que inició y completa nuestra fe, Jesús, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios.

℟. El que inició y completa nuestra fe, Jesús, renunciando al gozo inmediato, soportó la cruz, despreciando la ignominia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios.

℣. Se rebajó hasta someterse incluso a la muerte.

℟. Y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios.

Segunda lectura

Del libro de san Basilio Magno, obispo, sobre el Espíritu Santo.

(Cap. 15, 35: PG 32, 127-130)

Es una sola la muerte en favor del mundo y una sola la resurrección de entre los muertos

Nuestro Dios y Salvador realizó su plan de salvar al hombre levantándolo de su caída y haciendo que pasara del estado de alejamiento, al que le había llevado su desobediencia, al estado de familiaridad con Dios. Este fue el motivo de la venida de Cristo en la carne, de sus ejemplos de vida evangélica, de sus sufrimientos, de su cruz, de su sepultura y de su resurrección: que el hombre, una vez salvado, recobrarla, por la imitación de Cristo, su antigua condición de hijo adoptivo. Y así, para llegar a una vida perfecta, es necesario imitar a Cristo, no solo en los ejemplos que nos dio durante su vida, ejemplos de mansedumbre, de humildad y de paciencia, sino también en su muerte, como dice Pablo, el imitador de Cristo: *Muriendo su misma muerte, para llegar un día a la resurrección de entre los muertos*. Mas, ¿de qué manera podremos reproducir en nosotros su muerte? Sepultándonos con él por el bautismo. ¿En qué consiste este modo de sepultura, y de qué nos sirve el imitarla? En primer lugar, es necesario cortar con la vida anterior. Y esto nadie puede conseguirlo sin aquel nuevo nacimiento de que nos habla el Señor, ya que la regeneración, como su mismo nombre indica, es el comienzo

de una vida nueva. Por esto, antes de comenzar esta vida nueva, es necesario poner fin a la anterior. En esto sucede lo mismo que con los que corren en el estadio: estos, al llegar al fin de la primera parte de la carrera, antes de girar en redondo, necesitan hacer una pequeña parada o pausa, para reemprender luego el camino de vuelta; así también, en este cambio de vida, era necesario interponer la muerte entre la primera vida y la posterior, muerte que pone fin a los actos precedentes y da comienzo a los subsiguientes. ¿Cómo podremos, pues, imitar a Cristo en su descenso a la región de los muertos? Imitando su sepultura mediante el bautismo. En efecto, los cuerpos de los que son bautizados quedan, en cierto modo, sepultados bajo las aguas. Por esto el bautismo significa, de un modo misterioso, el despojo de las obras de la carne, según aquellas palabras del Apóstol: *Fuisteis circuncidados con una circuncisión no hecha por hombres, cuando os despojaron de los bajos instintos de la carne, por la circuncisión de Cristo. Por el bautismo fuisteis sepultados con él*, ya que el bautismo en cierto modo purifica el alma de las manchas ocasionadas en ella por el influjo de esta vida en carne mortal, según está escrito: *Lávame: quedaré más blanco que la nieve*. Por esto reconocemos un solo bautismo salvador, ya que es una sola la muerte en favor del mundo y una sola la resurrección de entre los muertos, y de ambas es figura el bautismo.

Responsorio

Rom 6, 3. 5. 4a

℣. Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo fuimos incorporados a su muerte. Porque, si hemos quedado incorporados a él por una muerte como la suya, lo estaremos también por una resurrección como la suya.

℟. Los que por el bautismo nos incorporamos a Cristo fuimos incorporados a su muerte. Porque, si hemos quedado incorporados a él por una muerte como la suya, lo estaremos también por una resurrección como la suya.

℣. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte.

℟. Porque, si hemos quedado incorporados a él por una muerte como la suya, lo estaremos también por una resurrección como la suya.

Oración

Oremos.

DIOS todopoderoso y eterno,
concédenos participar de tal modo
en las celebraciones de la pasión del Señor,
que merezcamos tu perdón.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ORACIÓN DE LA MAÑANA LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

✠. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

I

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

II

Jesús de María,
 Cordero santo,
 pues miro vuestra sangre,
 mirad mi llanto.

¿Cómo estáis de esta suerte,
 decid, Cordero casto,
 pues, naciendo tan limpio,
 de sangre estáis manchado?
 La piel divina os quitan
 las sacrílegas manos,
 no digo de los hombres,
 pues fueron mis pecados.

Bien sé, Pastor divino,
 que estáis subido en alto,
 para llamar con silbos
 tan perdido ganado.
 Ya os oigo, Pastor mío,
 ya voy a vuestro pasto,
 pues como vos os dais
 ningún pastor se ha dado.

¡Ay de los que se visten
 de sedas y brocados,
 estando vos desnudo,
 solo de sangre armado!
 ¡Ay de aquellos que manchan
 con violencia sus manos,
 los que llenan su boca
 con injurias y agravios!

Nadie tendrá disculpa
 diciendo que cerrado
 halló jamás el cielo,
 si el cielo va buscando.
 Pues vos, con tantas puertas
 en pies, mano y costado,
 estáis de puro abierto
 casi descuartizado.

¡Ay si los clavos vuestros
llegaran a mí tanto
que clavarán al vuestro
mi corazón ingrato!
¡Ay si vuestra corona,
al menos por un rato,
pasara a mi cabeza
y os diera algún descanso! Amén.

Salmodia

Ant. 1. Defiende mi causa, Señor, sálvame del hombre traidor y malvado.

Salmo 42

Deseo del templo

Yo he venido al mundo como
luz (Jn 12, 46).

Hazme justicia, oh, Dios, defiende mi causa
contra gente sin piedad,
sálvame del hombre traidor y malvado.

Tú eres mi Dios y protector,
¿por qué me rechazas?,
¿por qué voy andando sombrío,
hostigado por mi enemigo?

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada.

Que yo me acerque al altar de Dios,
al Dios de mi alegría;
que te dé gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío.

¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Defiende mi causa, Señor, sálvame del hombre
traidor y malvado.

Ant. 2. Te encargaste de defender mi causa y de
salvar mi vida, Señor, Dios mío.

Cántico

Is 38, 10-14. 17-20

Angustias de un moribundo y alegría de la curación

Yo soy el que vive; estaba
muerto, y tengo las llaves de la
muerte (Ap 1, 18).

Yo pensé: «En medio de mis días
tengo que marchar hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años».

Yo pensé: «Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo.

Levantán y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.
Como un tejedor, devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama».

Día y noche me estás acabando,
sollozo hasta el amanecer.
Me quiebras los huesos como un león,
día y noche me estás acabando.

Estoy piando como una golondrina,
gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen:
¡Señor, que me oprimen, salfiador por mí!

Me has curado, me has hecho revivir,
la amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados.

El abismo no te da gracias,
ni la muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.

Los vivos, los vivos son quienes te alaban:
como yo ahora.
El padre enseña a sus hijos tu fidelidad.

Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas
todos nuestros días en la casa del Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Te encargaste de defender mi causa y de salvar
mi vida, Señor, Dios mío.

Ant. 3. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó
con los crímenes de ellos.

Salmo 64

Solemne acción de gracias

Quando se habla de Sion
debe entenderse de la ciudad
eterna (Orígenes).

Oh, Dios, tú mereces un himno en Sion,
y a ti se te cumplen los votos,
porque tú escuchas las súplicas.

A ti acude todo mortal
a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman,
pero tú los perdonas.

Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra
y del océano remoto;

tú que afianzas los montes con tu fuerza,
ceñido de poder;
tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.

Los habitantes del extremo del orbe
se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso
las llenas de júbilo.

Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales;

riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes;
coronas el año con tus bienes,
tus carriles rezuman abundancia;

rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos.

Lectura breve

Zac 12, 10-11a

DERRAMARÉ sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia. Me mirarán a mí, a quien traspasaron, harán llanto como llanto por el hijo único, y llorarán como se llora al primogénito. Aquel día será grande el luto de Jerusalén.

Responsorio breve

✠. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

✠. De toda raza, lengua, pueblo y nación.

℟. Con tu sangre.

✠. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

Cántico evangélico

Ant. Glorifícame, Padre, con la gloria que yo tenía cerca de ti, antes que el mundo existiese.

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
realizando la misericordia
que tuvo con nuestros padres,

recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
arrancados de la mano de los enemigos,
le sirvamos con santidad y justicia,
en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
porque irás delante del Señor
a preparar sus caminos,
anunciando a su pueblo la salvación,
el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
nos visitará el sol que nace de lo alto,
para iluminar a los que viven en tinieblas
y en sombra de muerte,
para guiar nuestros pasos
por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Glorifícame, Padre, con la gloria que yo tenía
cerca de ti, antes que el mundo existiese.

Preces

Acudamos a Cristo, nuestro Salvador, que nos redimió
con su muerte y resurrección, y supliquémosle,
diciendo:

Señor, ten piedad de nosotros.

1. Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la pasión y
entrar así en la gloria,
— conduce a tu Iglesia a la Pascua eterna.
2. Tú que exaltado en la cruz quisiste ser atravesado
por la lanza del soldado,
— sana nuestras heridas.

3. Tú que convertiste el madero de la cruz en árbol de vida,
— haz que los renacidos en el bautismo gocen de la abundancia de los frutos de este árbol.
4. Tú que clavado en la cruz perdonaste al ladrón arrepentido,
— perdónanos también a nosotros, pecadores.

Padre nuestro.

Oración

DIOS todopoderoso y eterno,
concédenos participar de tal modo
en las celebraciones de la pasión del Señor,
que merezcamos tu perdón.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

✠. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ORACIÓN DEL ATARDECER

VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh, cruz, tú nos salvarás!

El Verbo en ti clavado, muriendo, nos rescató;
 de ti, madero santo, nos viene la redención.

Extiende por el mundo tu reino de salvación.
 ¡Oh, cruz fecunda, fuente de vida y bendición!

Impere sobre el odio tu reino de caridad;
 alcancen las naciones el gozo de la unidad.

Aumenta en nuestras almas tu reino de santidad;
 el río de la gracia apague la iniquidad.

La gloria por los siglos a Cristo libertador,
 su cruz nos lleva al cielo, la tierra de promisión.

Salmodia

Ant. 1. Oía el cuchicheo de la gente: «Pavor en torno». Pero el Señor está conmigo, como fuerte soldado.

Salmo 48

Vanidad de las riquezas

¡Difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos (Mt 19, 23).

I

Oíd esto, todas las naciones;
escuchadlo, habitantes del orbe:
plebeyos y nobles, ricos y pobres;

mi boca hablará sabiamente,
y serán muy sensatas mis reflexiones;
prestaré oído al proverbio
y propondré mi problema al son de la cítara.

¿Por qué habré de temer los días aciagos,
cuando me cerquen y acechen los malvados
que confían en su opulencia
y se jactan de sus inmensas riquezas,
si nadie puede salvarse
ni dar a Dios un rescate?

Es tan caro el rescate de la vida,
que nunca les bastará
para vivir perpetuamente
sin bajar a la fosa.

Mirad: los sabios mueren,
lo mismo que perecen los ignorantes y necios,
y legan sus riquezas a extraños.

El sepulcro es su morada perpetua
y su casa de edad en edad,
aunque hayan dado nombre a países.

El hombre no perdura en la opulencia,
sino que perece como los animales.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Oía el cuchicheo de la gente: «Pavor en torno». Pero el Señor está conmigo, como fuerte soldado.

Ant. 2. Sé tú mi fiador ante ti mismo, pues, ¿quién, si no, será mi garante?

II

Este es el camino de los confiados,
el destino de los hombres satisfechos:
son un rebaño para el abismo,
la muerte es su pastor,
y bajan derechos a la tumba;
se desvanece su figura,
y el abismo es su casa.

Pero a mí, Dios me salva,
me saca de las garras del abismo
y me lleva consigo.

No te preocupes si se enriquece un hombre
y aumenta el fasto de su casa:
cuando muera, no se llevará nada,
su fasto no bajará con él.

Aunque en vida se felicitaba:
«Ponderan lo bien que lo pasas»,
irá a reunirse con sus antepasados,
que no verán nunca la luz.

El hombre rico e inconsciente
es como un animal que perece.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Sé tú mi fiador ante ti mismo, pues, ¿quién, si no, será mi garante?

Ant. 3. Fuiste degollado, Señor, y con tu sangre nos compraste para Dios.

Cántico Ap 4, 11; 5, 9. 10. 12

Himno de los redimidos

Eres digno, Señor, Dios nuestro,
de recibir la gloria, el honor y el poder,
porque tú has creado el universo;
porque por tu voluntad lo que no existía fue creado.

Eres digno de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste degollado
y con tu sangre compraste para Dios
hombres de toda raza, lengua, pueblo y nación;
y has hecho de ellos para nuestro Dios
un reino de sacerdotes,
y reinan sobre la tierra.

Digno es el Cordero degollado
de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría,
la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Fuiste degollado, Señor, y con tu sangre nos compraste para Dios.

Lectura breve

1 Cor 27b-30

LO débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar el poder. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor. Por él vosotros sois en Cristo Jesús, en este Cristo que Dios ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.

Responsorio breve

℣. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℣. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

℟. Y te bendecimos.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Cántico evangélico

Ant. Tengo poder para entregar mi vida y tengo poder para recuperarla.

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Tengo poder para entregar mi vida y tengo poder para recuperarla.

Preces

Adoremos al Salvador de los hombres, que, muriendo, destruyó nuestra muerte y, resucitando, restauró la vida, y digámosle humildemente:

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

1. Redentor nuestro, concédenos que, por la penitencia, nos unamos más plenamente a tu pasión,
— para que consigamos la gloria de la resurrección.
2. Concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos,
— para que podamos confortar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tú nos confortas.
3. Haz que tu fieles participen en tu pasión mediante los sufrimientos de su vida,
— para que se manifiesten en ellos los frutos de tu salvación.
4. Tú que te humillaste, haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz,
— enseña a tus fieles a ser obedientes y a tener paciencia.
5. Haz que los difuntos sean transformados a semejanza de tu cuerpo glorioso,
— y a nosotros danos un día parte en su felicidad.

Padre nuestro.

Oración

DIOS todopoderoso y eterno,
concédenos participar de tal modo
en las celebraciones de la pasión del Señor,
que merezcamos tu perdón.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ÍNDICE

LECTURAS DE LA MISA

Primera lectura

Is 49, 1-6

Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra

Lectura del libro de Isaías.

ESCUCHADME, islas; atended, pueblos lejanos: El Señor me llamó desde el vientre materno, de las entrañas de mi madre, y pronunció mi nombre. Hizo de mi boca una espada afilada, me escondió en la sombra de su mano; me hizo flecha bruñida, me guardó en su aljaba y me dijo: «Tú eres mi siervo, Israel, por medio de ti me glorificaré». Y yo pensaba: «En vano me he cansado, en viento y en nada he gastado mis fuerzas». En realidad el Señor defendía mi causa, mi recompensa la custodiaba Dios. Y ahora dice el Señor, el que me formó desde el vientre como siervo suyo, para que le devolviese a Jacob, para que le reuniera a Israel; he sido glorificado a los ojos de Dios. Y mi Dios era mi fuerza: «Es poco que seas mi siervo para restablecer las tribus de Jacob y traer de vuelta a los supervivientes de Israel. Te hago luz de las naciones, para que mi salvación alcance hasta el confín de la tierra».

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Sal 70, 1-2. 3-4a. 5-6ab. 15ab y 17 (R.: cf. 15ab)

R. Mi boca contará tu salvación, Señor.

V. A ti, Señor, me acojo: no quede yo derrotado para siempre. Tú que eres justo, líbrame y ponme a salvo, inclina a mí tu oído y sálvame. **R.**

V. Sé tú mi roca de refugio, el alcázar donde me salve, porque mi peña y mi alcázar eres tú. Dios mío, líbrame de la mano perversa. **R.**

✠. Porque tú, Señor, fuiste mi esperanza y mi confianza, Señor, desde mi juventud. En el vientre materno ya me apoyaba en ti, en el seno tú me sostenías. **R.**

✠. Mi boca contará tu justicia, y todo el día tu salvación. Dios mío, me instruiste desde mi juventud, y hasta hoy relato tus maravillas. **R.**

Versículo antes del Evangelio

✠. Salve, Rey nuestro, obediente al Padre; fuiste llevado a la crucifixión, como manso cordero a la matanza.

Evangelio

✠. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Jn 13, 21-33. 36-38

Uno de vosotros me va a entregar... No cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces

✠. Lectura del santo Evangelio según san Juan.

R. Gloria a ti, Señor.

EN aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo: «En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar». Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía. Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía. Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó: «Señor, ¿quién es?».

Le contestó Jesús: «Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado». Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote. Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo: «Lo que vas a hacer, hazlo pronto». Ninguno de los comensales entendió a qué se refería. Como Judas guardaba la bolsa, algunos

suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres. Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente. Era de noche. Cuando salió, dijo Jesús: «Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará. Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros: “Donde yo voy no podéis venir vosotros”». Simón Pedro le dijo: «Señor, ¿adónde vas?». Jesús le respondió: «Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde». Pedro replicó: «Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti». Jesús le contestó: «¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

ÍNDICE

Miércoles 8 de abril A.D. 2020

4. MIÉRCOLES SANTO

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo

en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. También nosotros gemimos en nuestro interior, aguardando la redención de nuestro cuerpo.

Salmo 38

Súplica de un enfermo

La creación fue sometida a la frustración, pero con la esperanza de que se vería liberada (Rom 8, 20. 21).

I

Yo me dije: «Vigilaré mi proceder,
para que no se me vaya la lengua;
pondré una mordaza a mi boca
mientras el impío esté presente».

Guardé silencio resignado,
no hablé con ligereza;
pero mi herida empeoró,
y el corazón me ardía por dentro;
pensándolo me requemaba,
hasta que solté la lengua.

«Señor, dame a conocer mi fin
y cuál es la medida de mis años,
para que comprenda lo caduco que soy».

Me concediste un palmo de vida,
mis días son nada ante ti;
el hombre no dura más que un soplo,
el hombre pasa como una sombra,
por un soplo se afana,
atesora sin saber para quién.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. También nosotros gemimos en nuestro interior,
guardando la redención de nuestro cuerpo.

Ant. 2. Escucha, Señor, mi oración: no seas sordo a
mi llanto.

II

Y ahora, Señor, ¿qué esperanza me queda?
Tú eres mi confianza.
Líbrame de mis iniquidades,
no me hagas la burla de los necios.

Enmudezco, no abro la boca,
porque eres tú quien lo ha hecho.
Aparta de mí tus golpes,
que el ímpetu de tu mano me acaba.

Escarmientas al hombre
castigando su culpa;
como una polilla roes sus tesoros;
el hombre no es más que un soplo.

Escucha, Señor, mi oración,
haz caso de mis gritos,
no seas sordo a mi llanto;

porque yo soy huésped tuyo,
forastero como todos mis padres.
Aplácate, dame respiro,
antes de que pase y no exista.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Escucha, Señor, mi oración: no seas sordo a mi llanto.

Ant. 3. Yo confío en la misericordia del Señor por siempre jamás.

Salmo 51

Contra la violencia de los calumniadores

El que se gloríe, que se gloríe en el Señor (1 Cor 1, 31).

¿Por qué te glorías de la maldad
y te envalentonas contra el piadoso?
Estás todo el día maquinando injusticias,
tu lengua es navaja afilada,
autor de fraudes;

prefieres el mal al bien,
la mentira a la honradez;
prefieres las palabras corrosivas,
lengua embustera.

Pues Dios te destruirá para siempre,
te abatirá y te barrerá de tu tienda;
arrancará tus raíces
del suelo vital.

Lo verán los justos, y temerán,
y se reirán de él:
«Mirad al valiente
que no puso en Dios su apoyo,
confió en sus muchas riquezas,
se insolentó en sus crímenes».

Pero yo, como verde olivo,
 en la casa de Dios,
 confío en la misericordia de Dios
 por siempre jamás.

Te daré siempre gracias
 porque has actuado;
 proclamaré delante de tus fieles:
 «Tu nombre es bueno».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Yo confío en la misericordia del Señor por siempre jamás.

Versículo

V. Cuando yo sea elevado sobre la tierra.

R. Atraeré a todos hacia mí.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

12, 14-29

El acceso al monte del Dios vivo

Hermanos: Buscad la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor. Procurad que nadie se quede sin la gracia de Dios y que ninguna raíz amarga rebrote y haga daño, contaminando a muchos. Y porque nadie se prostituya y profane como Esaú, que por un solo plato vendió sus derechos de primogénito. Sabéis que más tarde quiso heredar la bendición, pero fue excluido, pues no obtuvo la retractación, por más que la pidió hasta con lágrimas. Vosotros no os habéis acercado a un monte tangible, a un fuego encendido, a densos nubarrones, a la tormenta, al sonido de la trompeta; ni habéis oído aquella voz que el pueblo, al oírla, pidió que no les siguiera hablando. No podían soportar lo que mandaba: «Quien toque el monte,

aunque sea un animal, morirá apedreado». Y tan terrible era el espectáculo, que Moisés exclamó: «Estoy temblando de miedo». Vosotros os habéis acercado al monte Sion, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo, a millares de ángeles en fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en el cielo, a Dios, juez de todos, a las almas de los justos que han llegado a su destino y al Mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la aspersion purificadora de una sangre que habla mejor que la de Abel. Cuidado con rechazar al que habla, pues, si aquellos no escaparon por haber rechazado al que transmitía los oráculos en la tierra, cuánto menos nosotros, si volvemos la espalda al que habla desde el cielo. Su voz entonces hizo vacilar la tierra, pero ahora tiene prometido esto: «La última vez haré vacilar no solo la tierra, sino también el cielo». Esa «última vez» indica la desaparición de lo que vacila, por ser creado, para que quede lo incommovible. Por eso, nosotros, que recibimos un reino incommovible, estemos agradecidos; sirvamos así a Dios como a él le agrade, con meticuloso esmero, porque nuestro Dios es fuego devorador.

Responsorio

Dt 5, 23, 24; cf. Heb 12, 22

V. Al escuchar la voz que salía de la tiniebla, mientras el monte Sinaí ardía, os acercasteis a Moisés y le dijisteis: «El Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza».

R. Al escuchar la voz que salía de la tiniebla, mientras el monte Sinaí ardía, os acercasteis a Moisés y le dijisteis: «El Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza».

V. Ahora os habéis acercado al monte Sion, ciudad del Dios vivo, Jerusalén del cielo.

R. «El Señor, nuestro Dios, nos ha mostrado su gloria y su grandeza».

Segunda lectura

De los tratados de san Agustín, obispo, sobre el evangelio de san Juan.

(Tratado 84, 1-2: CCL. 36, 536-538)

La plenitud del amor

El Señor, hermanos muy amados, quiso dejar bien claro en qué consiste aquella plenitud del amor con que debemos amarnos mutuamente, cuando dijo: *Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos*. Consecuencia de ello es lo que nos dice el mismo evangelista Juan en su carta: *Cristo dio su vida por nosotros; también nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos*, amándonos mutuamente como él nos amó, que dio su vida por nosotros. Es la misma idea que encontramos en el libro de los Proverbios: *Sentado a la mesa de un señor, mira bien qué te ponen delante, y pon la mano en ello pensando que luego tendrás que preparar tú algo semejante*. Esta mesa de tal señor no es otra que aquella de la cual tomamos el cuerpo y la sangre de aquel que dio su vida por nosotros. Sentarse a ella significa acercarse a la misma con humildad. Mirar bien lo que nos ponen delante equivale a tomar conciencia de la grandeza de este don. Y poner la mano en ello, pensando que luego tendremos que preparar algo semejante, significa lo que ya he dicho antes: que así como Cristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar la vida por los hermanos. Como dice el apóstol Pedro: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas*. Esto significa preparar algo semejante. Esto es lo que hicieron los mártires, llevados por un amor ardiente; si no queremos celebrar en vano su recuerdo, y si nos acercamos a la mesa del Señor para participar del banquete en que ellos se saciaron, es necesario que, tal como ellos hicieron, preparemos luego nosotros algo semejante. Por esto, al reunirnos junto a la mesa del Señor, no los

recordamos del mismo modo que a los demás que descansan en paz, para rogar por ellos, sino más bien para que ellos rueguen por nosotros, a fin de que sigamos su ejemplo, ya que ellos pusieron en práctica aquel amor del que dice el Señor que no hay otro más grande. Ellos mostraron a sus hermanos la manera como hay que preparar algo semejante a lo que también ellos habían tomado de la mesa del Señor. Lo que hemos dicho no hay que entenderlo como si nosotros pudiéramos igualarnos al Señor, aun en el caso de que lleguemos por él hasta el testimonio de nuestra sangre. Él era libre para dar su vida y libre para volverla a tomar, nosotros no vivimos todo el tiempo que queremos y morimos aunque no queramos; él, en el momento de morir, mató en sí mismo a la muerte, nosotros somos librados de la muerte por su muerte; su carne no experimentó la corrupción, la nuestra ha de pasar por la corrupción, hasta que al final de este mundo seamos revestidos por él de la incorruptibilidad; él no necesitó de nosotros para salvarnos, nosotros sin él nada podemos hacer; él, a nosotros, sus sarmientos, se nos dio como vid, nosotros, separados de él, no podemos tener vida. Finalmente, aunque los hermanos mueran por sus hermanos, ningún mártir derrama su sangre para el perdón de los pecados de sus hermanos, como hizo él por nosotros, ya que en esto no nos dio un ejemplo que imitar, sino un motivo para congratularnos. Los mártires, al derramar su sangre por sus hermanos, no hicieron sino mostrar lo que habían tomado de la mesa del Señor. Amémonos, pues, los unos a los otros, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros.

Responsorio

1 Jn 4, 9. 11. 10b

✠. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él. Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

℟. En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que envió al mundo a su Hijo único, para que vivamos por medio de él. Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

℣. Dios nos amó y nos envió a su Hijo como víctima de propiciación por nuestros pecados.

℟. Si Dios nos amó de esta manera, también nosotros debemos amarnos unos a otros.

Oración

Oremos.

OH, Dios que, para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo soportase por nosotros el suplicio de la cruz, concédenos a tus siervos alcanzar la gracia de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ORACIÓN DE LA MAÑANA LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

I

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

II

Jesús de María,
 Cordero santo,
 pues miro vuestra sangre,
 mirad mi llanto.

¿Cómo estáis de esta suerte,
 decid, Cordero casto,
 pues, naciendo tan limpio,
 de sangre estáis manchado?
 La piel divina os quitan
 las sacrílegas manos,
 no digo de los hombres,
 pues fueron mis pecados.

Bien sé, Pastor divino,
 que estáis subido en alto,
 para llamar con silbos
 tan perdido ganado.
 Ya os oigo, Pastor mío,
 ya voy a vuestro pasto,
 pues como vos os dais
 ningún pastor se ha dado.

¡Ay de los que se visten
 de sedas y brocados,
 estando vos desnudo,
 solo de sangre armado!
 ¡Ay de aquellos que manchan
 con violencia sus manos,
 los que llenan su boca
 con injurias y agravios!

Nadie tendrá disculpa
 diciendo que cerrado
 halló jamás el cielo,
 si el cielo va buscando.
 Pues vos, con tantas puertas
 en pies, mano y costado,
 estáis de puro abierto
 casi descuartizado.

¡Ay si los clavos vuestros
llegaran a mí tanto
que clavarán al vuestro
mi corazón ingrato!
¡Ay si vuestra corona,
al menos por un rato,
pasara a mi cabeza
y os diera algún descanso! Amén.

Salmodia

Ant. 1. En mi angustia te busco, Señor mío, y extiendes las manos sin descanso.

Salmo 76

Recuerdo del pasado glorioso de Israel

Nos aprietan por todos
lados, pero no nos aplastan
(2 Cor 4, 8).

Alzo mi voz a Dios gritando,
alzo mi voz a Dios para que me oiga.

En mi angustia te busco, Señor mío;
de noche extendiendo las manos sin descanso,
y mi alma rehúsa el consuelo.
Cuando me acuerdo de Dios, gimo,
y meditando me siento desfallecer.

Sujetas los párpados de mis ojos,
y la agitación no me deja hablar.
Repaso los días antiguos,
recuerdo los años remotos;
de noche lo pienso en mis adentros,
y meditándolo me pregunto:

«¿Es que el Señor nos rechaza para siempre
y ya no volverá a favorecernos?
¿Se ha agotado ya su misericordia,
se ha terminado para siempre su promesa?
¿Es que Dios se ha olvidado de su bondad,
o la cólera cierra sus entrañas?»

Y me digo: «¡Qué pena la mía!
 ¡Se ha cambiado la diestra del Altísimo!»
 Recuerdo las proezas del Señor;
 sí, recuerdo tus antiguos portentos,
 medito todas tus obras
 y considero tus hazañas.

Dios mío, tus caminos son santos:
 ¿qué dios es grande como nuestro Dios?

Tú, oh, Dios, haciendo maravillas,
 mostraste tu poder a los pueblos;
 con tu brazo rescataste a tu pueblo,
 a los hijos de Jacob y de José.

Te vio el mar, oh, Dios,
 te vio el mar y tembló,
 las olas se estremecieron.

Las nubes descargaban sus aguas,
 retumbaban los nubarrones,
 tus saetas zigzagueaban.

Rodaba el estruendo de tu trueno,
 los relámpagos deslumbraban el orbe,
 la tierra retembló estremecida.

Tú te abriste camino por las aguas,
 un vado por las aguas caudalosas,
 y no quedaba rastro de tus huellas:

mientras guiabas a tu pueblo, como a un rebaño,
 por la mano de Moisés y de Aarón.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. En mi angustia te busco, Señor mío, y extendiendo
 las manos sin descanso.

Ant. 2. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.

Cántico

1 Sam 2, 1-10

Alegría de los humildes en Dios

Derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes; a los hambrientos los colma de bienes (Lc 1, 52-53).

Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios;
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque gozo con tu salvación.
No hay santo como el Señor,
no hay roca como nuestro Dios.

No multipliquéis discursos altivos,
no echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe;
él es quien pesa las acciones.

Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;
los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;
la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos queda baldía.

El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;
da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.

Él levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono de gloria;
pues del Señor son los pilares de la tierra,
y sobre ellos afianzó el orbe.

Él guarda los pasos de sus amigos,
mientras los malvados perecen en las tinieblas,
porque el hombre no triunfa por su fuerza.

El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo,
el Señor juzga hasta el confín de la tierra.
Él da fuerza a su Rey,
exalta el poder de su Ungido.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él.

Ant. 3. Dios ha hecho a Cristo para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.

Salmo 96

Gloria del Señor, rey de justicia

Este salmo canta la salvación del mundo y la conversión de todos los pueblos (S. Atanasio).

El Señor reina, la tierra goza,
se alegran las islas innumerables.
Tiniebla y nube lo rodean,
justicia y derecho sostienen su trono.

Delante de él avanza fuego,
abrasando en torno a los enemigos;
sus relámpagos deslumbran el orbe,
y, viéndolos, la tierra se estremece.

Los montes se derriten como cera
ante el dueño de toda la tierra;
los cielos pregonan su justicia,
y todos los pueblos contemplan su gloria.

Los que adoran estatuas se sonrojan,
los que ponen su orgullo en los ídolos;
ante él se postran todos los dioses.

Lo oye Sion, y se alegra,
se regocijan las ciudades de Judá
por tus sentencias, Señor;

porque tú eres, Señor,
altísimo sobre toda la tierra,
encumbrado sobre todos los dioses.

El Señor ama al que aborrece el mal,
protege la vida de sus fieles
y los libra de los malvados.

Amanece la luz para el justo,
y la alegría para los rectos de corazón.
Alegraos, justos, con el Señor,
celebrad su santo nombre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dios ha hecho a Cristo para nosotros sabiduría,
justicia, santificación y redención.

Lectura breve

Is 50, 5-7

EL Señor me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás: ofrecí la espalda a los que me apaleaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no me tapé el rostro ante ultrajes ni salivazos. El Señor me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado.

Responsorio breve

- ℣. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.
 ℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.
 ℣. De toda raza, lengua, pueblo y nación.
 ℟. Con tu sangre.
 ℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 ℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

Cántico evangélico

Ant. La sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
 porque ha visitado y redimido a su pueblo,
 suscitándonos una fuerza de salvación
 en la casa de David, su siervo,
 según lo había predicho desde antiguo
 por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
 y de la mano de todos los que nos odian;
 realizando la misericordia
 que tuvo con nuestros padres,
 recordando su santa alianza
 y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. La sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo.

Preces

Acudamos a Cristo, nuestro Salvador, que nos redimió con su muerte y resurrección, y supliquémosle, diciendo:

Señor, ten piedad de nosotros.

1. Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la pasión y entrar así en la gloria,
 — conduce a tu Iglesia a la Pascua eterna.
2. Tú que exaltado en la cruz quisiste ser atravesado por la lanza del soldado,
 — sana nuestras heridas.
3. Tú que convertiste el madero de la cruz en árbol de vida,
 — haz que los renacidos en el bautismo gocen de la abundancia de los frutos de este árbol.

4. Tú que clavado en la cruz perdonaste al ladrón
arrepentido,
— perdónanos también a nosotros, pecadores.

Padre nuestro.

Oración

OH, Dios que, para librarnos del poder del enemigo,
quisiste que tu Hijo soportase por nosotros
el suplicio de la cruz,
concédenos a tus siervos alcanzar
la gracia de la resurrección.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ÍNDICE

ORACIÓN DEL ATARDECER VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh, cruz, tú nos salvarás!

El Verbo en ti clavado, muriendo, nos rescató;
de ti, madero santo, nos viene la redención.

Extiende por el mundo tu reino de salvación.

¡Oh, cruz fecunda, fuente de vida y bendición!

Impere sobre el odio tu reino de caridad;
alcancen las naciones el gozo de la unidad.

Aumenta en nuestras almas tu reino de santidad;
el río de la gracia apague la iniquidad.

La gloria por los siglos a Cristo libertador,
su cruz nos lleva al cielo, la tierra de promisión.

Salmodia

Ant. 1. Dijeron los impíos: «Atropelemos al justo, que se opone a nuestras acciones».

Salmo 61*La paz en Dios*

Que el Dios de la esperanza
colme vuestra fe de paz (Rom
15, 13).

Solo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
solo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre
todos juntos, para derribarlo
como a una pared que cede
o a una tapia ruinosa?

Solo piensan en derribarme de mi altura,
y se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.

Descansa solo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
solo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme,
Dios es mi refugio.

Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.

Los hombres no son más que un soplo,
los nobles son apariencia:
todos juntos en la balanza subirían
más leves que un soplo.

No confiéis en la opresión,
no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas,
no les deis el corazón.

Dios ha dicho una cosa,
y dos cosas que he escuchado:

«Que Dios tiene el poder
y el Señor tiene la gracia;
que tú pagas a cada uno
según sus obras».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dijeron los impíos: «Atropelemos al justo, que se opone a nuestras acciones».

Ant. 2. Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Salmo 66

Que todos los pueblos alaben al Señor

Sabed que la salvación de
Dios se envía a los gentiles
(Hch 28, 28).

El Señor tenga piedad y nos bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

Oh, Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,
riges los pueblos con rectitud
y gobiernas las naciones de la tierra.

Oh, Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman
hasta los confines del orbe.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Ant. 3. Por Cristo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.

Cántico

Cf. Col 1, 12-20

*Himno a Cristo, primogénito de toda criatura
y primer resucitado de entre los muertos*

Damos gracias a Dios Padre,
que nos ha hecho capaces de compartir
la herencia del pueblo santo en la luz.

Él nos ha sacado del dominio de las tinieblas,
y nos ha trasladado al reino de su Hijo querido,
por cuya sangre hemos recibido la redención,
el perdón de los pecados.

Él es imagen de Dios invisible,
primogénito de toda criatura;
porque por medio de él
fueron creadas todas las cosas:
celestes y terrestres, visibles e invisibles,
Tronos, Dominaciones, Principados, Potestades;
todo fue creado por él y para él.

Él es anterior a todo, y todo se mantiene en él.
Él es también la cabeza del cuerpo: de la Iglesia.
Él es el principio, el primogénito de entre los muertos,
y así es el primero en todo.

Porque en él quiso Dios que residiera toda la plenitud.

Y por él quiso reconciliar consigo todos los seres:
los del cielo y los de la tierra,
haciendo la paz por la sangre de su cruz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Por Cristo, por su sangre, hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.

Lectura breve

Ef 4, 32-5, 2

SED buenos, comprensivos, perdonándoos unos a otros como Dios os perdonó en Cristo. Sed imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor, como Cristo os amó y se entregó por nosotros a Dios como oblación y víctima de suave olor.

Responsorio breve

℣. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

℣. Porque con tu cruz has redimido el mundo.

℟. Y te bendecimos.

℣. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Cántico evangélico

Ant. El Maestro dice: «Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos».

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,

se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
 porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
 su nombre es santo,
 y su misericordia llega a sus fieles
 de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
 dispersa a los soberbios de corazón,
 derriba del trono a los poderosos
 y enaltece a los humildes,
 a los hambrientos los colma de bienes
 y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
 acordándose de la misericordia
 —como lo había prometido a nuestros padres—
 en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El Maestro dice: «Mi momento está cerca; deseo celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos».

Preces

Adoremos al Salvador de los hombres, que, muriendo, destruyó nuestra muerte y, resucitando, restauró la vida, y digámosle humildemente:

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

1. Redentor nuestro, concédenos que, por la penitencia, nos unamos más plenamente a tu pasión,
 — para que consigamos la gloria de la resurrección.
2. Concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos,
 — para que podamos confortar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tú nos confortas.

3. Haz que tu fieles participen en tu pasión mediante los sufrimientos de su vida,
— para que se manifiesten en ellos los frutos de tu salvación.
4. Tú que te humillaste, haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz,
— enseña a tus fieles a ser obedientes y a tener paciencia.
5. Haz que los difuntos sean transformados a semejanza de tu cuerpo glorioso,
— y a nosotros danos un día parte en su felicidad.

Padre nuestro.

Oración

OH, Dios que, para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo soportase por nosotros el suplicio de la cruz, concédenos a tus siervos alcanzar la gracia de la resurrección. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga, nos guarde de todo mal y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

LECTURAS DE LA MISA

Primera lectura

Is 50, 4-9a

No escondí el rostro ante ultrajes

Lectura del libro de Isaías.

EL Señor Dios me ha dado una lengua de discípulo; para saber decir al abatido una palabra de aliento. Cada mañana me espabila el oído, para que escuche como los discípulos. El Señor Dios me abrió el oído; yo no resistí ni me eché atrás. Ofrecí la espalda a los que me golpeaban, las mejillas a los que mesaban mi barba; no escondí el rostro ante ultrajes y salivazos. El Señor Dios me ayuda, por eso no sentía los ultrajes; por eso endurecí el rostro como pedernal, sabiendo que no quedaría defraudado. Mi defensor está cerca, ¿quién pleiteará contra mí? Comparezcamos juntos, ¿quién me acusará? Que se acerque. Mirad, el Señor Dios me ayuda, ¿quién me condenará?

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.**Salmo responsorial***Sal 68, 8-10. 21-22. 31 y 33-34 (R.: 14c y b)***R.** Señor, que me escuche tu gran bondad el día de tu favor.

V. Por ti he aguantado afrentas, la vergüenza cubrió mi rostro. Soy un extraño para mis hermanos, un extranjero para los hijos de mi madre. Porque me devora el celo de tu templo, y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí. **R.**

V. La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco. Espero compasión, y no la hay; consoladores, y no los encuentro. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre. **R.**

✠. Alabaré el nombre de Dios con cantos, proclamaré su grandeza con acción de gracias. Miradlo, los humildes, y alegraos; buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón. Que el Señor escucha a sus pobres, no desprecia a sus cautivos. **R.**

Versículo antes del Evangelio (opción 1)

✠. Salve, Rey nuestro, solo tú te has compadecido de nuestros errores.

Versículo antes del Evangelio (opción 2)

✠. Salve, Rey nuestro, obediente al Padre; fuiste llevado a la crucifixión, como manso cordero a la matanza.

Evangelio

✠. El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

Mt 26, 14-25

El Hijo del hombre se va como está escrito; pero, ¡ay de aquel por quien es entregado!

✠. Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

R. Gloria a ti, Señor.

EN aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo. El primer día de los Ácidos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron: «¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?». Él contestó: «Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle: “El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”». Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua. Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo: «En verdad os

digo que uno de vosotros me va a entregar». Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro: «¿Soy yo acaso, Señor?». Él respondió: «El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!». Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar: «¿Soy yo acaso, Maestro?». Él respondió: «Tú lo has dicho».

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

ÍNDICE

Jueves 9 de abril A.D. 2020

5. JUEVES SANTO EN LA CENA DEL SEÑOR

Con la Misa que tiene lugar en las horas vespertinas del jueves de la Semana Santa, la Iglesia comienza el Triduo pascual y evoca aquella Cena en la cual el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, habiendo amado hasta el extremo a los suyos que estaban en el mundo, ofreció a Dios Padre su Cuerpo y su Sangre bajo las especies del pan y del vino y los entregó a los apóstoles para que los sumiesen, mandándoles que ellos y sus sucesores en el sacerdocio también lo ofreciesen (*Cæremoniale Episcoporum*, n. 297).

Toda la atención del espíritu debe centrarse en los misterios que se recuerdan en la Misa: es decir, la institución de la Eucaristía, la institución del Orden sacerdotal y el mandamiento del Señor sobre la caridad fraterna; son estos los puntos que conviene recordar a los fieles en la homilía, para que tan grandes misterios puedan penetrar más profundamente en su piedad y los vivan intensamente en sus costumbres y en su vida.

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Estoy agotado de gritar y de tanto aguardar
a mi Dios.

Salmo 68, 2-22. 30-37

Me devora el celo de tu templo

Le dieron a beber vino mez-
clado con hiel (Mt 27, 34).

I

Dios mío, sálvame,
que me llega el agua al cuello:
me estoy hundiendo en un cieno profundo
y no puedo hacer pie;
he entrado en la hondura del agua,
me arrastra la corriente.

Estoy agotado de gritar,
tengo ronca la garganta;
se me nublan los ojos
de tanto aguardar a mi Dios.

Más que los pelos de mi cabeza
son los que me odian sin razón;
más duros que mis huesos,
los que me atacan injustamente.
¿Es que voy a devolver
lo que no he robado?

Dios mío, tú conoces mi ignorancia,
 no se te ocultan mis delitos.
 Que por mi causa no queden defraudados
 los que esperan en ti, Señor de los ejércitos.

Que por mi causa no se avergüencen
 los que te buscan, Dios de Israel.
 Por ti he aguantado afrentas,
 la vergüenza cubrió mi rostro.

Soy un extraño para mis hermanos,
 un extranjero para los hijos de mi madre;
 porque me devora el celo de tu templo,
 y las afrentas con que te afrentan caen sobre mí.

Cuando me aflijo con ayunos,
 se burlan de mí;
 cuando me visto de saco,
 se ríen de mí;
 sentados a la puerta cuchichean,
 mientras beben vino me sacan coplas.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Estoy agotado de gritar y de tanto aguardar
 a mi Dios.

Ant. 2. En mi comida me echaron hiel, para mi sed
 me dieron vinagre.

II

Pero mi oración se dirige a ti,
 Dios mío, el día de tu favor;
 que me escuche tu gran bondad,
 que tu fidelidad me ayude:

arráncame del cieno, que no me hunda;
 líbrame de los que me aborrecen,
 y de las aguas sin fondo.

Que no me arrastre la corriente,
que no me trague el torbellino,
que no se cierre la poza sobre mí.

Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia;
por tu gran compasión, vuélvete hacia mí;
no escondas tu rostro a tu siervo:
estoy en peligro, respóndeme en seguida.

Acércate a mí, rescátame,
líbrame de mis enemigos:
estás viendo mi afrenta,
mi vergüenza y mi deshonra;
a tu vista están los que me acosan.

La afrenta me destroza el corazón, y desfallezco.
Espero compasión, y no la hay;
consoladores, y no los encuentro.
En mi comida me echaron hiel,
para mi sed me dieron vinagre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. En mi comida me echaron hiel, para mi sed me dieron vinagre.

Ant. 3. Buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

III

Yo soy un pobre malherido;
Dios mío, tu salvación me levante.
Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias;
le agradará a Dios más que un toro,
más que un novillo con cuernos y pezuñas.

Miradlo, los humildes, y alegraos,
 buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
 Que el Señor escucha a sus pobres,
 no desprecia a sus cautivos.
 Alábenlo el cielo y la tierra,
 las aguas y cuanto bulle en ellas.

El Señor salvará a Sion,
 reconstruirá las ciudades de Judá,
 y las habitarán en posesión.
 La estirpe de sus siervos la heredará,
 los que aman su nombre vivirán en ella.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.

Versículo

✠. Cuando yo sea elevado sobre la tierra.

✠. Atraeré a todos hacia mí.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

4, 14-5, 10

Jesucristo, sumo sacerdote

Hermanos: Mantengamos la confesión de la fe, ya que tenemos un sumo sacerdote grande, que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo exactamente como nosotros, menos en el pecado. Por eso, acerquémonos con seguridad al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia que nos auxilie oportunamente. Porque todo sumo sacerdote, escogido entre los hombres, está puesto para representar a los hombres en el culto a Dios: para ofrecer dones y sacrificios por los pecados. Él puede comprender

a los ignorantes y extraviados, ya que él mismo está envuelto en debilidades. A causa de ellas, tiene que ofrecer sacrificios por sus propios pecados, como por los del pueblo. Nadie puede arrogarse este honor: Dios es quien llama, como en el caso de Aarón. Tampoco Cristo se confirió a sí mismo la dignidad de sumo sacerdote, sino aquel que le dijo: «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy», o, como dice otro pasaje de la Escritura: «Tú eres sacerdote eterno, según el rito de Melquisedec». Cristo, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna, proclamado por Dios sumo sacerdote, según el rito de Melquisedec.

Responsorio

Heb 5, 8. 9. 7

℣. Cristo, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer; y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

℟. Cristo, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer; y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

℣. En los días de su vida mortal, a gritos, presentó oraciones a Dios, y en su angustia fue escuchado.

℟. Y se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna.

Segunda lectura

De la homilía de Melitón de Sardes, obispo, sobre la Pascua.

(Núms. 65-71: SCh 123, 94-100)

El Cordero immaculado nos sacó de la muerte a la vida

Muchas predicciones nos dejaron los profetas en torno al misterio de Pascua, que es Cristo; *a él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.* Él vino desde los cielos a la tierra a causa de los sufrimientos humanos; se revistió de la naturaleza humana en el vientre virginal y apareció como hombre; hizo tuyas las pasiones y sufrimientos humanos con su cuerpo, sujeto al dolor, y destruyó las pasiones de la carne, de modo que quien por su espíritu no podía morir acabó con la muerte homicida. Se vio arrastrado como un cordero y degollado como una oveja, y así nos redimió de idolatrar al mundo, como en otro tiempo libró a los israelitas de Egipto, y nos salvó de la esclavitud diabólica, como en otro tiempo a Israel de la mano del Faraón; y marcó nuestras almas con su propio Espíritu, y los miembros de nuestro cuerpo con su sangre. Este es el que cubrió a la muerte de confusión y dejó sumido al demonio en el llanto, como Moisés al Faraón. Este es el que derrotó a la iniquidad y a la injusticia, como Moisés castigó a Egipto con la esterilidad. Este es el que nos sacó de la servidumbre a la libertad, de las tinieblas a la luz, de la muerte a la vida, de la tiranía al recinto eterno, e hizo de nosotros un sacerdocio nuevo y un pueblo elegido y eterno. Él es la Pascua de nuestra salvación. Este es el que tuvo que sufrir mucho y en muchas ocasiones: el mismo que fue asesinado en Abel y atado de pies y manos en Isaac, el mismo que peregrinó en Jacob y fue vendido en José, expuesto en Moisés y sacrificado en el cordero, perseguido en David y deshonrado en los profetas. Este es el que se encarnó en la Virgen, fue colgado del madero y fue sepultado en tierra, y el

que, resucitado de entre los muertos, subió al cielo. Este es el cordero que enmudecía y que fue inmolado; el mismo que nació de María, la hermosa cordera; el mismo que fue arrebatado del rebaño, empujado a la muerte, inmolado al atardecer y sepultado por la noche; aquel que no fue quebrantado en el leño, ni se descompuso en la tierra; el mismo que resucitó de entre los muertos e hizo que el hombre surgiera desde lo más hondo del sepulcro.

Responsorio

Rom 3, 23-25a; Jn 1, 29

✠. Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien Dios constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre.

℟. Todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención de Cristo Jesús, a quien Dios constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre.

✠. Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.

℟. A quien Dios constituyó sacrificio de propiciación mediante la fe en su sangre.

Oración

Oremos.

NUESTRA salvación, Señor, es quererte y amarte; danos la abundancia de tus dones y, así como por la muerte de tu Hijo esperamos alcanzar lo que nuestra fe nos promete, por su gloriosa resurrección concédenos obtener lo que nuestro corazón desea.

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ÍNDICE

ORACIÓN DE LA MAÑANA

LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

I

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

II

Jesús de María,
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

¿Cómo estáis de esta suerte,
decid, Cordero casto,
pues, naciendo tan limpio,
de sangre estáis manchado?
La piel divina os quitan
las sacrílegas manos,
no digo de los hombres,
pues fueron mis pecados.

Bien sé, Pastor divino,
que estáis subido en alto,
para llamar con silbos
tan perdido ganado.
Ya os oigo, Pastor mío,
ya voy a vuestro pasto,
pues como vos os dais
ningún pastor se ha dado.

¡Ay de los que se visten
de sedas y brocados,
estando vos desnudo,
solo de sangre armado!
¡Ay de aquellos que manchan
con violencia sus manos,
los que llenan su boca
con injurias y agravios!

Nadie tendrá disculpa
diciendo que cerrado
halló jamás el cielo,
si el cielo va buscando.
Pues vos, con tantas puertas
en pies, mano y costado,
estáis de puro abierto
casi descuartizado.

¡Ay si los clavos vuestros
llegaran a mí tanto
que clavarán al vuestro
mi corazón ingrato!
¡Ay si vuestra corona,
al menos por un rato,
pasara a mi cabeza
y os diera algún descanso! Amén.

Salmodia

Ant. 1. Mira, Señor, fíjate que estoy en peligro, respóndeme en seguida.

Salmo 79

Ven, Señor, a visitar tu viña

Ven, Señor Jesús (Ap 22, 20).

Pastor de Israel, escucha,
tú que guías a José como a un rebaño;
tú que te sientas sobre querubines, resplandece
ante Efraín, Benjamín y Manasés;
despierta tu poder y ven a salvarnos.

Oh, Dios, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

Señor, Dios de los ejércitos,
¿hasta cuándo estarás airado
mientras tu pueblo te suplica?

Les diste a comer llanto,
a beber lágrimas a tragos;
nos entregaste a las contiendas de nuestros vecinos,
nuestros enemigos se burlan de nosotros.

Dios de los ejércitos, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

Sacaste una vid de Egipto,
expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste;
le preparaste el terreno, y echó raíces
hasta llenar el país;

su sombra cubría las montañas,
 y sus pámpanos, los cedros altísimos;
 extendió sus sarmientos hasta el mar,
 y sus brotes hasta el Gran Río.

¿Por qué has derribado su cerca
 para que la saqueen los viandantes,
 la pisoteen los jabalíes
 y se la coman las alimañas?

Dios de los ejércitos, vuélvete:
 mira desde el cielo, fíjate,
 ven a visitar tu viña,
 la cepa que tu diestra plantó,
 y que tú hiciste vigorosa.

La han talado y le han prendido fuego;
 con un bramido hazlos perecer.
 Que tu mano proteja a tu escogido,
 al hombre que tú fortaleciste.
 No nos alejaremos de ti:
 danos vida, para que invoquemos tu nombre.

Señor, Dios de los ejércitos, restáuranos,
 que brille tu rostro y nos salve.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Mira, Señor, fíjate que estoy en peligro, respóndeme en seguida.

Ant. 2. Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré.

Cántico

Is 12, 1-6

Acción de gracias del pueblo salvado

El que tenga sed, que venga
a mí, y que beba (Jn 7, 37).

Te doy gracias, Señor,
porque estabas airado contra mí,
pero ha cesado tu ira
y me has consolado.

Él es mi Dios y Salvador:
confiaré y no temeré,
porque mi fuerza y mi poder es el Señor,
él fue mi salvación.
Y sacaréis aguas con gozo
de las fuentes de la salvación.

Aquel día diréis:
«Dad gracias al Señor,
invocad su nombre,
contad a los pueblos sus hazañas,
proclamad que su nombre es excelso.

Tañed para el Señor, que hizo proezas,
anunciadlas a toda la tierra;
gritad jubilosos, habitantes de Sion:
“Qué grande es en medio de ti
el Santo de Israel”».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Él es mi Dios y Salvador: confiaré y no temeré.

Ant. 3. El Señor nos alimentó con flor de harina, nos sació con miel silvestre.

Salmo 80

Solemne renovación de la alianza

Que ninguno de vosotros tenga un corazón malo e incrédulo (Heb 3, 12).

Aclamad a Dios, nuestra fuerza;
dad vítores al Dios de Jacob:

acompañad, tocad los panderos,
las cítaras templadas y las arpas;
tocad la trompeta por la luna nueva,
por la luna llena, que es nuestra fiesta.

Porque es una ley de Israel,
un precepto del Dios de Jacob,
una norma establecida para José
al salir de Egipto.

Oigo un lenguaje desconocido:
«Retiré sus hombros de la carga,
y sus manos dejaron la espuerta.

Clamaste en la aflicción, y te libré,
te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.

Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡ojalá me escuchases, Israel!

No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
yo soy el Señor, Dios tuyo,
que te saqué del país de Egipto;
abre la boca que te la llene».

Pero mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:
los entregué a su corazón obstinado,
para que anduviesen según sus antojos.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!:
en un momento humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios;

los que aborrecen al Señor te adularían,
y su suerte quedaría fijada;
te alimentaría con flor de harina,
te saciaría con miel silvestre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El Señor nos alimentó con flor de harina, nos
sació con miel silvestre.

Lectura breve

Heb 2, 9b-10

VEMOS a Jesús coronado de gloria y honor por su pasión y muerte. Así, por la gracia de Dios, ha padecido la muerte para bien de todos. Dios, para quien y por quien existe todo, juzgó conveniente, para llevar a una multitud de hijos a la gloria, perfeccionar y consagrar con sufrimientos al guía de su salvación.

Responsorio breve

✠. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

✠. De toda raza, lengua, pueblo y nación.

℟. Con tu sangre.

✠. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

℟. Nos has comprado, Señor, con tu sangre.

Cántico evangélico

Ant. He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros, antes de padecer.

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
 porque ha visitado y redimido a su pueblo,
 suscitándonos una fuerza de salvación
 en la casa de David, su siervo,
 según lo había predicho desde antiguo
 por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
 y de la mano de todos los que nos odian;
 realizando la misericordia
 que tuvo con nuestros padres,
 recordando su santa alianza
 y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros, antes de padecer.

Preces

Oremos a Cristo, Sacerdote eterno, a quien el Padre ungió con el Espíritu Santo para que proclamara la redención a los cautivos, y digámosle:

Señor, ten piedad.

1. Tú que subiste a Jerusalén para sufrir la pasión y entrar así en la gloria,
— conduce a tu Iglesia a la Pascua eterna.
2. Tú que exaltado en la cruz quisiste ser atravesado por la lanza del soldado,
— sana nuestras heridas.
3. Tú que convertiste el madero de la cruz en árbol de vida,
— haz que los renacidos en el bautismo gocen de la abundancia de los frutos de este árbol.
4. Tú que clavado en la cruz perdonaste al ladrón arrepentido,
— perdónanos también a nosotros, pecadores.

Padre nuestro.

Oración

NUESTRA salvación, Señor, es quererte y amarte;
 danos la abundancia de tus dones y,
 así como por la muerte de tu Hijo
 esperamos alcanzar lo que nuestra fe nos promete,
 por su gloriosa resurrección concédenos obtener
 lo que nuestro corazón desea.
 Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
 que vive y reina contigo
 en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
 por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
 nos guarde de todo mal
 y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ÍNDICE

ORACIÓN DEL ATARDECER VÍSPERAS

Los que participan en la Misa vespertina en la Cena del Señor no rezan hoy las Vísperas.

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Memorial de la muerte del Señor,
pan vivo que a los hombres das la vida!
Da a mi alma vivir solo de ti,
y tu dulce sabor gustarlo siempre.

Pelícano piadoso, Jesucristo,
lava mis manchas con tu sangre pura;
pues una sola gota es suficiente
para salvar al mundo del pecado.

¡Jesús, a quien ahora veo oculto!
Te pido que se cumpla lo que ansío:
que, mirándote al rostro cara a cara,
sea dichoso viéndote en tu gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. El primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra, nos ha convertido en un reino para Dios, su Padre.

Salmo 71

Poder real del Mesías

Abriendo sus cofres, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra (Mt 2, 11).

I

Dios mío, confía tu juicio al rey,
tu justicia al hijo de reyes,
para que rija a tu pueblo con justicia,
a tus humildes con rectitud.

Que los montes traigan paz,
y los collados justicia;
que él defienda a los humildes del pueblo,
socorra a los hijos del pobre
y quebrante al explotador.

Que dure tanto como el sol,
como la luna, de edad en edad;
que baje como lluvia sobre el césped,
como llovizna que empapa la tierra.

Que en sus días florezcan la justicia
y la paz hasta que falte la luna;
que dominen de mar a mar,
del Gran Río al confín de la tierra.

Que en su presencia se inclinen sus rivales;
que sus enemigos muerdan el polvo;
que los reyes de Tarsis y de las islas
le paguen tributo.

Que los reyes de Saba y de Arabia
le ofrezcan sus dones;
que se postren ante él todos los reyes,
y que todos los pueblos le sirvan.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El primogénito de entre los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra, nos ha convertido en un reino para Dios, su Padre.

Ant. 2. El Señor librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector. †

II

Él librará al pobre que clamaba,
al afligido que no tenía protector;
† él se apiadará del pobre y del indigente,
y salvará la vida de los pobres;
él rescatará sus vidas de la violencia,
su sangre será preciosa a sus ojos.

Que viva y que le traigan el oro de Saba;
que recen por él continuamente
y lo bendigan todo el día.

Que haya trigo abundante en los campos,
y susurre en lo alto de los montes;
que den fruto como el Líbano,
y broten las espigas como hierba del campo.

Que su nombre sea eterno,
y su fama dure como el sol;
que él sea la bendición de todos los pueblos,
y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra.

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
el único que hace maravillas;
bendito por siempre su nombre glorioso;
que su gloria llene la tierra.
¡Amén, amén!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El Señor librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector.

Ant. 3. Los santos vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron.

Cántico *Ap 11, 17-18; 12, 10b-12a*
El juicio de Dios

Gracias te damos, Señor Dios omnipotente,
 el que eres y el que eras,
 porque has asumido el gran poder
 y comenzaste a reinar.

Se encolerizaron las gentes,
 llegó tu cólera,
 y el tiempo de que sean juzgados los muertos,
 y de dar el galardón a tus siervos, los profetas,
 y a los santos y a los que temen tu nombre,
 y a los pequeños y a los grandes,
 y de arruinar a los que arruinaron la tierra.

Ahora se estableció la salud y el poderío,
 y el reinado de nuestro Dios,
 y la potestad de su Cristo;
 porque fue precipitado
 el acusador de nuestros hermanos,
 el que los acusaba ante nuestro Dios día y noche.

Ellos le vencieron en virtud de la sangre del Cordero
 y por la palabra del testimonio que dieron,
 y no amaron tanto su vida que temieran la muerte.
 Por esto, estad alegres, cielos,
 y los que moráis en sus tiendas.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Los santos vencieron en virtud de la sangre del Cordero y por la palabra del testimonio que dieron.

Lectura breve

Heb 13, 12-15

JESÚS, para consagrar al pueblo con su propia sangre, murió fuera de las murallas. Salgamos, pues, a encontrarlo fuera del campamento, cargados con su oprobio; que aquí no tenemos ciudad permanente, sino que andamos en busca de la futura. Por su medio, ofrezcamos continuamente a Dios un sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que profesan su nombre.

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte.

Cántico evangélico

Ant. Durante la Cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos.

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
 acordándose de la misericordia
 —como lo había prometido a nuestros padres—
 en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Durante la Cena, Jesús cogió pan, pronunció la bendición, lo partió y lo dio a sus discípulos.

Preces

Adoremos a nuestro Salvador, que en la última Cena, la noche misma en que iba a ser entregado, confió a su Iglesia la celebración perenne del memorial de su muerte y resurrección; oremos, diciendo:

Santifica, Señor, al pueblo que redimiste con tu sangre.

1. Redentor nuestro, concédenos que, por la penitencia, nos unamos más plenamente a tu pasión,
 — para que consigamos la gloria de la resurrección.
2. Concédenos la protección de tu Madre, consuelo de los afligidos,
 — para que podamos confortar a los que están atribulados, mediante el consuelo con que tú nos confortas.
3. Haz que tus fieles participen en tu pasión mediante los sufrimientos de su vida,
 — para que se manifiesten en ellos los frutos de tu salvación.
4. Tú que te humillaste, haciéndote obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz,
 — enseña a tus fieles a ser obedientes y a tener paciencia.
5. Haz que los difuntos sean transformados a semejanza de tu cuerpo glorioso,
 — y a nosotros danos un día parte en su felicidad.

Padre nuestro.

Oración

OH, Dios,
que para gloria de tu nombre
y salvación del género humano
quisiste constituir a Cristo sumo y eterno Sacerdote,
te suplicamos
que el pueblo, adquirido para ti con su sangre,
consiga, por la participación en este memorial,
la fuerza de su cruz y Resurrección.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión

V. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

ÍNDICE

LECTURAS DE LA MISA VESPERTINA EN LA CENA DEL SEÑOR

Primera lectura

Éx 12, 1-8. 11-14

Prescripciones sobre la cena pascual

Lectura del libro del Éxodo.

EN aquellos días, dijo el Señor a Moisés y a Aarón en tierra de Egipto: «Este mes será para vosotros el principal de los meses; será para vosotros el primer mes del año. Decid a toda la asamblea de los hijos de Israel: “El diez de este mes cada uno procurará un animal para su familia, uno por casa. Si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa, hasta completar el número de personas; y cada uno comerá su parte hasta terminarlo. Será un animal sin defecto, macho, de un año; lo escogeréis entre los corderos o los cabritos. Lo guardaréis hasta el día catorce del mes y toda la asamblea de los hijos de Israel lo matará al atardecer”. Tomaréis la sangre y rociaréis las dos jambas y el dintel de la casa donde lo comáis. Esa noche comeréis la carne, asada a fuego, y comeréis panes sin fermentar y hierbas amargas. Y lo comeréis así: la cintura ceñida, las sandalias en los pies, un bastón en la mano; y os lo comeréis a toda prisa, porque es la Pascua, el Paso del Señor. Yo pasaré esta noche por la tierra de Egipto y heriré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los ganados, y me tomaré justicia de todos los dioses de Egipto. Yo, el Señor. La sangre será vuestra señal en las casas donde habitáis. Cuando yo vea la sangre, pasaré de largo ante vosotros, y no habrá entre vosotros plaga exterminadora, cuando yo hiera a la tierra de Egipto. Este será un día memorable para vosotros; en él celebraréis fiesta en honor del Señor. De generación en generación, como ley perpetua lo festejaréis.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Sal 115, 12-13. 15-16. 17-18 (R.: cf. 1 Cor 10, 16)

℟. El cáliz de la bendición es comunión de la sangre de Cristo.

℣. ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho? Alzaré la copa de la salvación, invocando el nombre del Señor. ℟.

℣. Mucho le cuesta al Señor la muerte de sus fieles. Señor, yo soy tu siervo, hijo de tu esclava: rompiste mis cadenas. ℟.

℣. Te ofreceré un sacrificio de alabanza, invocando el nombre del Señor. Cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo. ℟.

Segunda lectura

1 Cor 11, 23-26

Cada vez que coméis y bebéis, proclamáis la muerte del Señor

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios.

HERMANOS: Yo he recibido una tradición, que procede del Señor y que a mi vez os he transmitido: que el Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la Acción de Gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez que lo bebáis, en memoria mía». Por eso, cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva.

Palabra de Dios.

℟. Te alabamos, Señor.

Versículo antes del Evangelio

Jn 13, 34

✠. Os doy un mandamiento nuevo —dice el Señor—: que os améis unos a otros, como yo os he amado.

Evangelio

✠. El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

Jn 13, 1-15

Los amó hasta el extremo

✠. Lectura del santo Evangelio según san Juan.

℟. Gloria a ti, Señor.

ANTES de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo. Estaban cenando; ya el diablo había suscitado en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, la intención de entregarlo; y Jesús, sabiendo que el Padre había puesto todo en sus manos, que venía de Dios y a Dios volvía, se levanta de la cena, se quita el manto y, tomando una toalla, se la ciñe; luego echa agua en la jofaina y se pone a lavarles los pies a los discípulos, secándoselos con la toalla que se había ceñido. Llegó a Simón Pedro, y este le dice: «Señor, ¿lavarme los pies tú a mí?». Jesús le replicó: «Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora, pero lo comprenderás más tarde». Pedro le dice: «No me lavarás los pies jamás». Jesús le contestó: «Si no te lavo, no tienes parte conmigo». Simón Pedro le dice: «Señor, no solo los pies, sino también las manos y la cabeza». Jesús le dice: «Uno que se ha bañado no necesita lavarse más que los pies, porque todo él está limpio. También vosotros estáis limpios, aunque no todos». Porque sabía quién lo iba a entregar, por eso dijo: «No todos estáis limpios». Cuando acabó de lavarles los pies, tomó el manto, se lo puso otra vez y

les dijo: «¿Comprendéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis “el Maestro” y “el Señor”, y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros: os he dado ejemplo para que lo que yo he hecho con vosotros, vosotros también lo hagáis».

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

ÍNDICE

Viernes 10 de abril A.D. 2020

6. VIERNES SANTO EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

En este día, en que «ha sido inmolada nuestra Víctima Pascual: Cristo (1 *Cor* 5, 7), lo que por largo tiempo había sido prometido en misteriosa prefiguración se ha cumplido con plena eficacia: el cordero verdadero sustituye a la oveja que lo anunciaba, y con el único sacrificio se termina la diversidad de las víctimas antiguas» (cf. san León Magno).

En efecto, «esta obra de la Redención humana y de la perfecta glorificación de Dios, preparada antes por las maravillas que Dios obró en el pueblo de la Antigua Alianza, Cristo, el Señor, la realizó principalmente por el Misterio Pascual de su bienaventurada Pasión, Resurrección de entre los muertos y gloriosa Ascensión. Por este misterio, muriendo, destruyó nuestra muerte, y resucitando, restauró nuestra vida. Pues del costado de Cristo dormido en la cruz nació el sacramento admirable de la Iglesia entera» (SC, 5).

La Iglesia, meditando sobre la Pasión de su Señor y Esposo y adorando la Cruz, conmemora su propio nacimiento y su misión de extender a toda la humanidad sus fecundos efectos, que hoy celebra, dando gracias por tan inefable don, e intercede por la salvación de todo el mundo (CO, 312).

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

℣. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
 dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
 Mirad de par en par el paraíso
 abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
 que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
 al que en la cruz devuelve la esperanza
 de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Se alían los reyes de la tierra, los príncipes
 conspiran contra el Señor y contra su Mesías.

Salmo 2

¿Por qué se amotinan las naciones,
 y los pueblos planean un fracaso?

Se alían los reyes de la tierra,
 los príncipes conspiran
 contra el Señor y contra su Mesías:
 «Rompamos sus coyundas,
 sacudamos su yugo».

El que habita en el cielo sonríe,
 el Señor se burla de ellos.
 Luego les habla con ira,
 los espanta con su cólera:
 «Yo mismo he establecido a mi rey
 en Sion, mi monte santo».

Voy a proclamar el decreto del Señor;
 él me ha dicho:
 «Tú eres mi Hijo: yo te he engendrado hoy.
 Pídemelo: te daré en herencia las naciones,
 en posesión, los confines de la tierra:
 los gobernarás con cetro de hierro,
 los quebrarás como jarro de loza».

Y ahora, reyes, sed sensatos;
 escarmentad, los que regís la tierra:

servid al Señor con temor,
 rendidle homenaje temblando;
 no sea que se irrite, y vayáis a la ruina,
 porque se inflama de pronto su ira.
 ¡Dichosos los que se refugian en él!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Se alían los reyes de la tierra, los príncipes
 conspiran contra el Señor y contra su Mesías.

Ant. 2. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica.

Salmo 21, 2-23 [24-32]

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?;
 a pesar de mis gritos, mi oración no te alcanza.

Dios mío, de día te grito, y no respondes;
 de noche, y no me haces caso;
 aunque tú habitas en el santuario,
 esperanza de Israel.

En ti confiaban nuestros padres;
 confiaban, y los ponías a salvo;
 a ti gritaban, y quedaban libres;
 en ti confiaban, y no los defraudaste.

Pero yo soy un gusano, no un hombre,
 vergüenza de la gente, desprecio del pueblo;
 al verme, se burlan de mí,
 hacen visajes, menean la cabeza:
 «Acudió al Señor, que lo ponga a salvo;
 que lo libre, si tanto lo quiere».

Tú eres quien me sacó del vientre,
 me tenías confiado en los pechos de mi madre;
 desde el seno pasé a tus manos,
 desde el vientre materno tú eres mi Dios.
 No te quedes lejos, que el peligro está cerca
 y nadie me socorre.

Me acorrala un tropel de novillos,
 me cercan toros de Basán;
 abren contra mí las fauces
 leones que descuartizan y rugen.

Estoy como agua derramada,
 tengo los huesos descoyuntados;
 mi corazón, como cera,
 se derrite en mis entrañas;

mi garganta está seca como una teja,
 la lengua se me pega al paladar;
 me aprietas contra el polvo de la muerte.

Me acorrala una jauría de mastines,
 me cerca una banda de malhechores;
 me taladran las manos y los pies,
 puedo contar mis huesos.

Ellos me miran triunfantes,
 se reparten mi ropa,
 echan a suerte mi túnica.

Pero tú, Señor, no te quedes lejos;
 fuerza mía, ven corriendo a ayudarme.
 Líbrame a mí de la espada,
 y a mi única vida, de la garra del mastín;
 sálvame de las fauces del león;
 a este pobre, de los cuernos del búfalo.

Contaré tu fama a mis hermanos,
 en medio de la asamblea te alabaré.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Puede decirse también el salmo entero, añadiendo los versículos
 24-32.

[Fieles del Señor, alabadlo;
linaje de Jacob, glorificadlo;
temedlo, linaje de Israel.

Porque no ha sentido desprecio ni repugnancia
hacia el pobre desgraciado;
no le ha escondido su rostro:
cuando pidió auxilio, le escuchó.

Él es mi alabanza en la gran asamblea,
cumpliré mis votos delante de sus fieles.
Los desvalidos comerán hasta saciarse,
alabarán al Señor los que lo buscan:
viva su corazón por siempre.

Lo recordarán y volverán al Señor
hasta de los confines del orbe;
en su presencia se postrarán
las familias de los pueblos.

Porque del Señor es el reino,
él gobierna a los pueblos.
Ante él se postrarán las cenizas de la tumba,
ante él se inclinarán los que bajan al polvo.

Me hará vivir para él, mi descendencia le servirá,
hablarán del Señor a la generación futura,
contarán su justicia al pueblo que ha de nacer:
todo lo que hizo el Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.]

Ant. Se reparten mi ropa, echan a suerte mi túnica.

Ant. 3. Me tienden lazos los que atentan contra mí.

Salmo 37

Señor, no me corrijas con ira,
no me castigues con cólera;
tus flechas se me han clavado,
tu mano pesa sobre mí;

no hay parte ilesa en mi carne
a causa de tu furor,
no tienen descanso mis huesos
a causa de mis pecados;

mis culpas sobrepasan mi cabeza,
son un peso superior a mis fuerzas;
mis llagas están podridas y supuran
por causa de mi insensatez;
voy encorvado y encogido,
todo el día camino sombrío.

Tengo las espaldas ardiendo,
no hay parte ilesa en mi carne;
estoy agotado, deshecho del todo;
rujo con más fuerza que un león.

Señor mío, todas mis ansias están en tu presencia,
no se te ocultan mis gemidos;
siento palpitar mi corazón,
me abandonan las fuerzas,
y me falta hasta la luz de los ojos.

Mis amigos y compañeros se alejan de mí,
mis parientes se quedan a distancia;
me tienden lazos los que atentan contra mí,
los que desean mi daño me amenazan de muerte,
todo el día murmuran traiciones.

Pero yo, como un sordo, no oigo;
como un mudo, no abro la boca;
soy como uno que no oye
y no puede replicar.

En ti, Señor, espero,
y tú me escucharás, Señor, Dios mío;
esto pido: que no se alegren por mi causa,
que, cuando resbale mi pie, no canten triunfo.

Porque yo estoy a punto de caer,
y mi pena no se aparta de mí:
yo confieso mi culpa,
me aflige mi pecado.

Mis enemigos mortales son poderosos,
son muchos los que me aborrecen sin razón,
los que me pagan males por bienes,
los que me atacan cuando procuro el bien.

No me abandones, Señor;
Dios mío, no te quedes lejos;
ven aprisa a socorrerme,
Señor mío, mi salvación.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Me tienden lazos los que atentan contra mí.

Versículo

℣. Se levantan contra mí testigos falsos.

℟. Que respiran violencia.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

9, 11-28

Cristo, sumo sacerdote, con su propia sangre, ha entrado en el santuario una vez para siempre

Hermanos: Cristo ha venido como sumo sacerdote de los bienes definitivos. Su tabernáculo es más grande y más perfecto: no hecho por manos de hombre, es decir, no de este mundo creado. No usa sangre de machos cabríos ni de becerros, sino la suya propia; y así ha entrado

en el santuario una vez para siempre, consiguiendo la liberación eterna. Si la sangre de machos cabríos y de toros y el rociar con las cenizas de una becerra tienen el poder de consagrar a los profanos, devolviéndoles la pureza externa, cuánto más la sangre de Cristo, que, en virtud del Espíritu eterno, se ha ofrecido a Dios como sacrificio sin mancha, podrá purificar nuestra conciencia de las obras muertas, llevándonos al culto del Dios vivo. Por esa razón, es mediador de una alianza nueva: en ella ha habido una muerte que ha redimido de los pecados cometidos durante la primera alianza; y así los llamados pueden recibir la promesa de la herencia eterna. Mirad, para disponer de una herencia, es preciso que conste de la muerte del testador; pues un testamento adquiere validez en caso de defunción; mientras vive el testador, todavía no tiene vigencia. De ahí que tampoco faltase sangre en la inauguración de la primera alianza. Cuando Moisés acabó de leer al pueblo todas las prescripciones contenidas en la ley, cogió la sangre de los becerros y las cabras, además de agua, lana escarlata e hisopo, y roció primero el libro mismo y después al pueblo entero, diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que hace Dios con vosotros». Con la sangre roció, además, el tabernáculo y todos los utensilios litúrgicos. Según la ley, prácticamente todo se purifica con sangre, y sin derramamiento de sangre no hay perdón. Bueno, estos esbozos de las realidades celestes tenían que purificarse por fuerza con tales ritos, pero las realidades mismas celestes necesitan sacrificios de más valor que estos. Pues Cristo ha entrado no en un santuario construido por hombres —imagen del auténtico—, sino en el mismo cielo, para ponerse ante Dios, intercediendo por nosotros. Tampoco se ofrece a sí mismo muchas veces —como el sumo sacerdote, que entraba en el santuario todos los años y ofrecía sangre ajena; si hubiese sido así, tendría que haber padecido muchas veces, desde el principio del mundo—. De hecho, él se ha manifestado una sola vez, al final de la

historia, para destruir el pecado con el sacrificio de sí mismo. Por cuanto el destino de los hombres es morir una sola vez. Y después de la muerte, el juicio. De la misma manera, Cristo se ha ofrecido una sola vez para quitar los pecados de todos. La segunda vez aparecerá, sin ninguna relación al pecado, a los que lo esperan, para salvarlos.

Responsorio

Cf. Is 53, 7. 12

℣. Como cordero llevado al matadero y maltratado, no abría la boca; lo arrancaron de la tierra de los vivos, para dar vida a su pueblo.

℟. Como cordero llevado al matadero y maltratado, no abría la boca; lo arrancaron de la tierra de los vivos, para dar vida a su pueblo.

℣. Expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores.

℟. Para dar vida a su pueblo.

Segunda lectura

De las catequesis de san Juan Crisóstomo, obispo.

(Catequesis 3, 13-19: Sch 50. 174-177)

El valor de la sangre de Cristo

¿Quieres saber el valor de la sangre de Cristo? Remon-témonos a las figuras que la profetizaron y recorramos las antiguas Escrituras. *Inmolad* —dice Moisés— *un cordero de un año; tomad su sangre y rociad las dos jambas y el dintel de la casa.* «¿Qué dices, Moisés? La sangre de un cordero irracional, ¿puede salvar a los hombres dotados de razón?» «Sin duda —responde Moisés—: no porque se trate de sangre, sino porque en esta sangre se contiene una profecía de la sangre del Señor». Si hoy, pues, el enemigo, en lugar de ver las puertas rociadas con sangre simbólica, ve brillar en los labios de los fieles puertas de los templos de

Cristo, la sangre del verdadero Cordero huirá todavía más lejos. ¿Deseas descubrir aún por otro medio el valor de esta sangre? Mira de dónde brotó y cuál sea su fuente. Empezó a brotar de la misma cruz y su fuente fue el costado del Señor. Pues muerto ya el Señor, dice el Evangelio, uno de los soldados se acercó con la lanza y le traspasó el costado, y al punto salió agua y sangre: agua, como símbolo del bautismo; sangre, como figura de la eucaristía. El soldado le traspasó el costado, abrió una brecha en el muro del templo santo, y yo encuentro el tesoro escondido y me alegro con la riqueza hallada. Esto fue lo que ocurrió con el cordero: los judíos sacrificaron el cordero, y yo recibo el fruto del sacrificio. *Del costado salió sangre y agua.* No quiero, amado oyente, que pases con indiferencia ante tan gran misterio, pues me falta explicarte aún otra interpretación mística. He dicho que esta agua y esta sangre eran símbolos del bautismo y de la eucaristía. Pues bien, con estos dos sacramentos se edifica la Iglesia: con el agua de la regeneración y con la renovación del Espíritu Santo, es decir, con el bautismo y la eucaristía, que han brotado ambos del costado. Del costado de Jesús se formó, pues, la Iglesia, como del costado de Adán fue formada Eva. Por esta misma razón, afirma san Pablo: *Somos miembros de su cuerpo, formados de sus huesos*, aludiendo con ello al costado de Cristo. Pues del mismo modo que Dios hizo a la mujer del costado de Adán, de igual manera Jesucristo nos dio el agua y la sangre salida de su costado, para edificar la Iglesia. Y de la misma manera que entonces Dios tomó la costilla de Adán, mientras este dormía, así también nos dio el agua y la sangre después que Cristo hubo muerto. Mirad de qué manera Cristo se ha unido a su esposa, considerad con qué alimento la nutre. Con un mismo alimento hemos nacido y nos alimentamos. De la misma manera que la mujer se siente impulsada por su misma naturaleza a alimentar

con su propia sangre y con su leche a aquel a quien ha dado a luz, así también Cristo alimenta siempre con su sangre a aquellos a quienes él mismo ha hecho renacer.

Responsorio

1 Pe 1, 18-19; Ef 2, 18; 1 Jn 1, 7

℣. Os rescataron no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin mancha. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu.

℟. Os rescataron no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin mancha. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu.

℣. La sangre del Hijo de Dios, Jesús, nos limpia los pecados.

℟. Así, unos y otros, podemos acercarnos al Padre con un mismo Espíritu.

Oración

Oremos.

DIRIGE tu mirada, Señor,
sobre esta familia tuya
por la que nuestro Señor Jesucristo
no dudó en entregarse a los verdugos
y padecer el tormento de la cruz.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ORACIÓN DE LA MAÑANA

LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

✠. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.
¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?

Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
Mirad de par en par el paraíso
abierto por la fuerza de un Cordero.

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

Salmo 50

Misericordia, Dios mío, por tu bondad,
por tu inmensa compasión borra mi culpa;
lava del todo mi delito,
limpia mi pecado.

Pues yo reconozco mi culpa,
tengo siempre presente mi pecado:
contra ti, contra ti solo pequé,
cometí la maldad que aborreces.

En la sentencia tendrás razón,
 en el juicio resultarás inocente.
 Mira, en la culpa nací,
 pecador me concibió mi madre.

Te gusta un corazón sincero,
 y en mi interior me inculcas sabiduría.
 Rocíame con el hisopo: quedaré limpio;
 lávame: quedaré más blanco que la nieve.

Hazme oír el gozo y la alegría,
 que se alegren los huesos quebrantados.
 Aparta de mi pecado tu vista,
 borra en mí toda culpa.

Oh, Dios, crea en mí un corazón puro,
 renuévame por dentro con espíritu firme;
 no me arrojes lejos de tu rostro,
 no me quites tu santo espíritu.

Devuélveme la alegría de tu salvación,
 afiánzame con espíritu generoso:
 enseñaré a los malvados tus caminos,
 los pecadores volverán a ti.

Líbrame de la sangre, oh, Dios,
 Dios, Salvador mío,
 y cantará mi lengua tu justicia.
 Señor, me abrirás los labios,
 y mi boca proclamará tu alabanza.

Los sacrificios no te satisfacen:
 si te ofreciera un holocausto, no lo querrías.
 Mi sacrificio es un espíritu quebrantado;
 un corazón quebrantado y humillado,
 tú no lo desprecias.

Señor, por tu bondad, favorece a Sion,
 reconstruye las murallas de Jerusalén:
 entonces aceptarás los sacrificios rituales,
 ofrendas y holocaustos,
 sobre tu altar se inmolarán novillos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dios no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.

Ant. 2. Jesucristo nos amó y nos ha librado de nuestros pecados por su sangre.

Cántico

Hab 3, 2-4. 13a. 15-19

Señor, he oído tu fama,
me ha impresionado tu obra.
En medio de los años, realízala;
en medio de los años, manifiéstala;
en el terremoto, acuérdate de la misericordia.

El Señor viene de Temán;
el Santo, del monte Farán:
su resplandor eclipsa el cielo,
la tierra se llena de su alabanza;
su brillo es como el día,
su mano destella velando su poder.

Sales a salvar a tu pueblo,
a salvar a tu ungido;
pisas el mar con tus caballos,
revolviendo las aguas del océano.

Lo escuché y temblaron mis entrañas,
al oírlo se estremecieron mis labios;
me entró un escalofrío por los huesos,
vacilaban mis piernas al andar;
gimo ante el día de angustia
que sobreviene al pueblo que nos oprime.

Aunque la higuera no echa yemas
y las viñas no tienen fruto,
aunque el olivo olvida su aceituna
y los campos no dan cosechas,
aunque se acaban las ovejas del redil

y no quedan vacas en el establo,
yo exultaré con el Señor,
me gloriaré en Dios, mi salvador.

El Señor soberano es mi fuerza,
él me da piernas de gacela
y me hace caminar por las alturas.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Jesucristo nos amó y nos ha librado de nuestros pecados por su sangre.

Ant. 3. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Salmo 147

Glorifica al Señor, Jerusalén;
alaba a tu Dios, Sion:
que ha reforzado los cerrojos de tus puertas,
y ha bendecido a tus hijos dentro de ti;
ha puesto paz en tus fronteras,
te sacia con flor de harina.

Él envía su mensaje a la tierra,
y su palabra corre veloz;
manda la nieve como lana,
esparce la escarcha como ceniza;

hace caer el hielo como migajas
y con el frío congela las aguas;
envía una orden, y se derriten;
sopla su aliento, y corren.

Anuncia su palabra a Jacob,
sus decretos y mandatos a Israel;
con ninguna nación obró así,
ni les dio a conocer sus mandatos.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección alabamos y glorificamos; por el madero ha venido la alegría al mundo entero.

Lectura breve

Is 52, 13-15

MIRAD, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él, porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y contemplar algo inaudito.

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Cántico evangélico

Ant. Encima de su cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Jesús el Nazareno, el rey de los judíos».

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
suscitándonos una fuerza de salvación
en la casa de David, su siervo,
según lo había predicho desde antiguo
por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
y de la mano de todos los que nos odian;
realizando la misericordia
que tuvo con nuestros padres,
recordando su santa alianza
y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Encima de su cabeza colocaron un letrero con
 la acusación: «Jesús el Nazareno, el rey de los judíos».

Preces

Adoremos a nuestro Redentor, que por nosotros y por
 todos los hombres quiso morir y ser sepultado para
 resucitar de entre los muertos, y supliquémosle,
 diciendo:

Señor, ten piedad de nosotros.

1. Señor y Maestro nuestro, que por nosotros te sometiste incluso a la muerte,
 — enséñanos a someternos siempre a la voluntad del Padre.
2. Tú que, siendo nuestra vida, quisiste morir en la cruz para destruir la muerte y todo su poder,
 — haz que contigo sepamos morir también al pecado y resucitemos contigo a una vida nueva.

3. Rey nuestro, que como un gusano fuiste el desprecio del pueblo y la vergüenza de la gente,
— haz que tu Iglesia no se acobarde ante la humillación, sino que, como tú, proclame en toda circunstancia el honor del Padre.
4. Salvador de todos los hombres, que diste tu vida por los hermanos,
— enséñanos a amarnos mutuamente con un amor semejante al tuyo.
5. Tú que al ser elevado en la cruz atrajiste hacia ti a todos los hombres,
— reúne en tu reino a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo.

Padre nuestro.

Oración

DIRIGE tu mirada, Señor,
sobre esta familia tuya
por la que nuestro Señor Jesucristo
no dudó en entregarse a los verdugos
y padecer el tormento de la cruz.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Conclusión

✠. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ORACIÓN DEL ATARDECER

VÍSPERAS

Los que participan en la acción litúrgica de la Pasión del Señor no rezan hoy las Vísperas.

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh, cruz, tú nos salvarás!

El Verbo en ti clavado, muriendo, nos rescató;
de ti, madero santo, nos viene la redención.

Extiende por el mundo tu reino de salvación.

¡Oh, cruz fecunda, fuente de vida y bendición!

Impere sobre el odio tu reino de caridad;
alcancen las naciones el gozo de la unidad.

Aumenta en nuestras almas tu reino de santidad;
el río de la gracia apague la iniquidad.

La gloria por los siglos a Cristo libertador,
su cruz nos lleva al cielo, la tierra de promisión.

Salmodia

Ant. 1. Mirad, pueblos todos, y ved si hay dolor como el mío.

Salmo 115

Tenía fe, aun cuando dije:

«¡Qué desgraciado soy!»

Yo decía en mi apuro:

«Los hombres son unos mentirosos».

¿Cómo pagaré al Señor

todo el bien que me ha hecho?

Alzaré la copa de la salvación,

invocando su nombre.

Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor

la muerte de sus fieles.

Señor, yo soy tu siervo,

siervo tuyo, hijo de tu esclava:

rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,

invocando tu nombre, Señor.

Cumpliré al Señor mis votos

en presencia de todo el pueblo,

en el atrio de la casa del Señor,

en medio de ti, Jerusalén.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,

por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Mirad, pueblos todos, y ved si hay dolor como el mío.

Ant. 2. Mi aliento desfallece, mi corazón dentro de mí está yerto.

Salmo 142, 1-11

Señor, escucha mi oración;
 tú, que eres fiel, atiende mi súplica;
 tú, que eres justo, escúchame.
 No llares a juicio a tu siervo,
 pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.

El enemigo me persigue a muerte,
 empuja mi vida al sepulcro,
 me confina a las tinieblas
 como a los muertos ya olvidados.
 Mi aliento desfallece,
 mi corazón dentro de mí está yerto.

Recuerdo los tiempos antiguos,
 medito todas tus acciones,
 considero las obras de tus manos
 y extendiendo mis brazos hacia ti:
 tengo sed de ti como tierra reseca.

Escúchame en seguida, Señor,
 que me falta el aliento.
 No me escondas tu rostro,
 igual que a los que bajan a la fosa.

En la mañana hazme escuchar tu gracia,
 ya que confío en ti.
 Indícame el camino que he de seguir,
 pues levanto mi alma a ti.

Líbrame del enemigo, Señor,
 que me refugio en ti.
 Enséñame a cumplir tu voluntad,
 ya que tú eres mi Dios.
 Tu espíritu, que es bueno,
 me guíe por tierra llana.

Por tu nombre, Señor, consérvame vivo;
por tu clemencia, sácame de la angustia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Mi aliento desfallece, mi corazón dentro de mí está yerto.

Ant. 3. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Cántico

Flp 2, 6-11

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo: «Está cumplido». E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Lectura breve

1 Pe 2, 21b-24

CRISTO padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus huellas. Él no cometió pecado ni encontraron engaño en su boca; cuando lo insultaban, no devolvía el insulto; en su pasión no profería amenazas; al contrario, se ponía en manos del que juzga justamente. Cargado con nuestros pecados subió al leño, para que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Sus heridas nos han curado.

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz.

Cántico evangélico

Ant. Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo.

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados
con Dios por la muerte de su Hijo.

Preces

Hoy es laudable usar como preces de Vísperas la oración universal que se propone para este día en la celebración de la Pasión del Señor. Pero, si se prefiere, también pueden usarse las preces que se proponen a continuación, o bien anunciar simplemente las diversas intenciones de la oración universal del Misal, antes mencionada, y hacer un momento de oración en silencio después de cada una de ellas.

Al conmemorar la muerte de nuestro Señor Jesucristo,
de la que brotó la vida del mundo, oremos a Dios
Padre, diciendo:

Por la muerte de tu Hijo, escúchanos, Señor.

1. — Mantén, Señor, la unidad de la Iglesia.
2. — Protege al papa **N**.
3. — Santifica por tu Espíritu a los obispos, presbíteros, diáconos y a todo tu pueblo santo.
4. — Acrecienta la fe y la sabiduría de los catecúmenos.
5. — Congrega a los cristianos en la unidad.
6. — Haz que Israel llegue a conseguir en plenitud la redención.
7. — Ilumina con tu gracia a los que no creen en Cristo.
8. — Haz que quienes no creen en Dios lleguen a descubrir tu amor a través de las obras de la creación.

9. — Guía los pensamientos y decisiones de los gobernantes.
10. — Concede tu consuelo a los atribulados.
11. — Da tu perdón pleno a los difuntos.

Padre nuestro.

Oración

DIRIGE tu mirada, Señor,
sobre esta familia tuya
por la que nuestro Señor Jesucristo
no dudó en entregarse a los verdugos
y padecer el tormento de la cruz.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ÍNDICE

LECTURAS DE LA CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR

Primera lectura

Is 52, 13 — 53, 12

Él fue traspasado por nuestras rebeliones

(Tercer cántico del Siervo del Señor)

Lectura del libro de Isaías.

MIRAD, mi siervo tendrá éxito, subirá y crecerá mucho. Como muchos se espantaron de él porque desfigurado no parecía hombre, ni tenía aspecto humano, así asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito. ¿Quién creyó nuestro anuncio?; ¿a quién se reveló el brazo del Señor? Creció en su presencia como brote, como raíz en tierra árida, sin figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado. Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes. Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría la boca: como cordero llevado al matadero, como oveja ante el esquilador, enmudecía y no abría la boca. Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron, ¿quién se preocupará de su stirpe? Lo arrancaron de la tierra de los vivos, por los pecados de mi pueblo lo hirieron. Le dieron sepultura con los malvados y una tumba con los malhechores, aunque no había cometido crímenes ni hubo engaño en su boca. El Señor quiso triturarlo con el sufrimiento, y entregar su vida como expiación: verá

su descendencia, prolongará sus años, lo que el Señor quiere prosperará por su mano. Por los trabajos de su alma verá la luz, el justo se saciará de conocimiento. Mi siervo justificará a muchos, porque cargó con los crímenes de ellos. Le daré una multitud como parte, y tendrá como despojo una muchedumbre. Porque expuso su vida a la muerte y fue contado entre los pecadores, él tomó el pecado de muchos e intercedió por los pecadores.

Palabra de Dios.

℟. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Sal 30, 2 y 6. 12-13. 15-16. 17 y 25 (R.: Lc 23, 46)

℟. Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu.

℣. A ti, Señor, me acojo: no quede yo nunca defraudado; tú, que eres justo, ponme a salvo. A tus manos encomiendo mi espíritu: tú, el Dios leal, me librarás. ℟.

℣. Soy la burla de todos mis enemigos, la irrisión de mis vecinos, el espanto de mis conocidos: me ven por la calle y escapan de mí. Me han olvidado como a un muerto, me han desechado como a un cacharro inútil. ℟.

℣. Pero yo confío en ti, Señor; te digo: «Tú eres mi Dios». En tus manos están mis azares: líbrame de mis enemigos que me persiguen. ℟.

℣. Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, sálvame por tu misericordia. Sed fuertes y valientes de corazón los que esperáis en el Señor. ℟.

Segunda lectura

Heb 4, 14-16; 5, 7-9

Aprendió a obedecer; y se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación

Lectura de la carta a los Hebreos.

HERMANOS: Ya que tenemos un sumo sacerdote grande que ha atravesado el cielo, Jesús, Hijo de Dios, mantengamos firme la confesión de fe. No tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras debilidades, sino que ha sido probado en todo, como nosotros, menos en el pecado. Por eso, comparezcamos confiados ante el trono de la gracia, para alcanzar misericordia y encontrar gracia para un auxilio oportuno. Cristo, en efecto, en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, siendo escuchado por su piedad filial. Y, aun siendo Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se convirtió, para todos los que lo obedecen, en autor de salvación eterna.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.**Versículo antes del Evangelio**

Cf. Flp 2, 8-9

V. Cristo se ha hecho por nosotros obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre.

Evangelio

Jn 18, 1 — 19, 42

Pasión de nuestro Señor Jesucristo

Pasión de nuestro Señor Jesucristo según san Juan.

¿A quién buscáis? A Jesús, el Nazareno

C. **E**N aquel tiempo, salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, y entraron allí él y sus discípulos. Judas, el que lo iba a entregar, conocía también el sitio, porque

Jesús se reunía a menudo allí con sus discípulos. Judas entonces, tomando una cohorte y unos guardias de los sumos sacerdotes y de los fariseos, entró allí con faroles, antorchas y armas. Jesús, sabiendo todo lo que venía sobre él, se adelantó y les dijo:

+ «¿A quién buscáis?».

C. Le contestaron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Les dijo Jesús:

+ «Yo soy».

C. Estaba también con ellos Judas, el que lo iba a entregar. Al decirles: «Yo soy», retrocedieron y cayeron a tierra. Les preguntó otra vez:

+ «¿A quién buscáis?».

C. Ellos dijeron:

S. «A Jesús, el Nazareno».

C. Jesús contestó:

+ «Os he dicho que soy yo. Si me buscáis a mí, dejad marchar a estos».

C. Y así se cumplió lo que había dicho: «No he perdido a ninguno de los que me diste».

Entonces Simón Pedro, que llevaba una espada, la sacó e hirió al criado del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha. Este criado se llamaba Malco. Dijo entonces Jesús a Pedro:

+ «Mete la espada en la vaina. El cáliz que me ha dado mi Padre, ¿no lo voy a beber?».

Llevaron a Jesús primero ante Anás

C. La cohorte, el tribuno y los guardias de los judíos prendieron a Jesús, lo ataron y lo llevaron primero a Anás, porque era suegro de Caifás, sumo sacerdote

aquel año; Caifás era el que había dado a los judíos este consejo: «Conviene que muera un solo hombre por el pueblo».

Simón Pedro y otro discípulo seguían a Jesús. Este discípulo era conocido del sumo sacerdote y entró con Jesús en el palacio del sumo sacerdote, mientras Pedro se quedó fuera a la puerta. Salió el otro discípulo, el conocido del sumo sacerdote, habló a la portera e hizo entrar a Pedro. La criada portera dijo entonces a Pedro:

S. «¿No eres tú también de los discípulos de ese hombre?».

C. Él dijo:

S. «No lo soy».

C. Los criados y los guardias habían encendido un brasero, porque hacía frío, y se calentaban. También Pedro estaba con ellos de pie, calentándose.

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de sus discípulos y de su doctrina.

Jesús le contestó:

+ «Yo he hablado abiertamente al mundo; yo he enseñado continuamente en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y no he dicho nada a escondidas. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a los que me han oído de qué les he hablado. Ellos saben lo que yo he dicho».

C. Apenas dijo esto, uno de los guardias que estaba allí le dio una bofetada a Jesús, diciendo:

S. «¿Así contestas al sumo sacerdote?».

C. Jesús respondió:

+ «Si he faltado al hablar, muestra en qué he faltado; pero si he hablado como se debe, ¿por qué me pegas?».

C. Entonces Anás lo envió atado a Caifás, sumo sacerdote.

¿No eres tú también de sus discípulos? No lo soy

C. Simón Pedro estaba de pie, calentándose, y le dijeron:

S. «¿No eres tú también de sus discípulos?».

C. Él lo negó, diciendo:

S. «No lo soy».

C. Uno de los criados del sumo sacerdote, pariente de aquel a quien Pedro le cortó la oreja, le dijo:

S. «¿No te he visto yo en el huerto con él?».

C. Pedro volvió a negar, y enseguida cantó un gallo.

Mi reino no es de este mundo

C. Llevaron a Jesús de casa de Caifás al pretorio. Era el amanecer, y ellos no entraron en el pretorio para no incurrir en impureza y poder así comer la Pascua. Salió Pilato afuera, adonde estaban ellos, y dijo:

S. «¿Qué acusación presentáis contra este hombre?».

C. Le contestaron:

S. «Si este no fuera un malhechor, no te lo entregaríamos».

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y juzgadlo según vuestra ley».

C. Los judíos le dijeron:

S. «No estamos autorizados para dar muerte a nadie».

C. Y así se cumplió lo que había dicho Jesús, indicando de qué muerte iba a morir.

Entró otra vez Pilato en el pretorio, llamó a Jesús y le dijo:

S. «¿Eres tú el rey de los judíos?».

C. Jesús le contestó:

✚ «¿Dices eso por tu cuenta o te lo han dicho otros de mí?».

C. Pilato replicó:

S. «¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los sumos sacerdotes te han entregado a mí; ¿qué has hecho?».

C. Jesús le contestó:

+ «Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, mi guardia habría luchado para que no cayera en manos de los judíos. Pero mi reino no es de aquí».

C. Pilato le dijo:

S. «Entonces, ¿tú eres rey?».

C. Jesús le contestó:

+ «Tú lo dices: soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad escucha mi voz».

C. Pilato le dijo:

S. «Y, ¿qué es la verdad?».

C. Dicho esto, salió otra vez adonde estaban los judíos y les dijo:

S. «Yo no encuentro en él ninguna culpa. Es costumbre entre vosotros que por Pascua ponga a uno en libertad. ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos?».

C. Volvieron a gritar:

S. «A ese no, a Barrabás».

C. El tal Barrabás era un bandido.

¡Salve, rey de los judíos!

C. Entonces Pilato tomó a Jesús y lo mandó azotar. Y los soldados trenzaron una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza y le echaron por encima un manto color púrpura; y, acercándose a él, le decían:

S. «¡Salve, rey de los judíos!».

C. Y le daban bofetadas.

Pilato salió otra vez afuera y les dijo:

S. «Mirad, os lo saco afuera para que sepáis que no encuentro en él ninguna culpa».

C. Y salió Jesús afuera, llevando la corona de espinas y el manto color púrpura. Pilato les dijo:

S. «He aquí al hombre».

C. Cuando lo vieron los sumos sacerdotes y los guardias, gritaron:

S. «¡Crucifícalo, crucifícalo!».

C. Pilato les dijo:

S. «Lleváoslo vosotros y crucificadlo, porque yo no encuentro culpa en él».

C. Los judíos le contestaron:

S. «Nosotros tenemos una ley, y según esa ley tiene que morir, porque se ha hecho Hijo de Dios».

C. Cuando Pilato oyó estas palabras, se asustó aún más. Entró otra vez en el pretorio y dijo a Jesús:

S. «¿De dónde eres tú?».

C. Pero Jesús no le dio respuesta.

Y Pilato le dijo:

S. «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo autoridad para soltarte y autoridad para crucificarte?».

C. Jesús le contestó:

✚ «No tendrías ninguna autoridad sobre mí si no te la hubieran dado de lo alto. Por eso el que me ha entregado a ti tiene un pecado mayor».

¡Fuera, fuera; crucifícalo!

C. Desde este momento Pilato trataba de soltarlo, pero los judíos gritaban:

S. «Si sueltas a ese, no eres amigo del César. Todo el que se hace rey está contra el César».

C. Pilato entonces, al oír estas palabras, sacó afuera a Jesús y se sentó en el tribunal, en el sitio que llaman «el Enlosado» (en hebreo “Gábbata”). Era el día de la Preparación de la Pascua, hacia el mediodía.

Y dijo Pilato a los judíos:

S. «He aquí a vuestro rey».

C. Ellos gritaron:

S. «¡Fuera, fuera; crucifícalo!».

C. Pilato les dijo:

S. «¿A vuestro rey voy a crucificar?».

C. Contestaron los sumos sacerdotes:

S. «No tenemos más rey que al César».

C. Entonces se lo entregó para que lo crucificaran.

Lo crucificaron; y con él a otros dos

C. Tomaron a Jesús, y, cargando él mismo con la cruz, salió al sitio llamado «de la Calavera» (que en hebreo se dice “Gólgota”), donde lo crucificaron; y con él a otros dos, uno a cada lado, y en medio, Jesús. Y Pilato escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos».

Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

Entonces los sumos sacerdotes de los judíos dijeron a Pilato:

S. «No escribas “El rey de los judíos”, sino: “Este ha dicho: soy el rey de los judíos”».

C. Pilato les contestó:

S. «Lo escrito, escrito está».

Se repartieron mis ropas

C. Los soldados, cuando crucificaron a Jesús, cogieron su ropa, haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y apartaron la túnica. Era una túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo. Y se dijeron:

S. «No la rasguemos, sino echémosla a suerte, a ver a quién le toca».

C. Así se cumplió la Escritura: «Se repartieron mis ropas y echaron a suerte mi túnica». Esto hicieron los soldados.

Ahí tienes a tu hijo. Ahí tienes a tu madre

C. Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María, la de Cleofás, y María, la Magdalena. Jesús, al ver a su madre y junto a ella al discípulo al que amaba, dijo a su madre:

+ «Mujer, ahí tienes a tu hijo».

C. Luego, dijo al discípulo:

+ «Ahí tienes a tu madre».

C. Y desde aquella hora, el discípulo la recibió como algo propio.

Está cumplido

C. Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba cumplido, para que se cumpliera la Escritura, dijo:

+ «Tengo sed».

C. Había allí un jarro lleno de vinagre. Y, sujetando una esponja empapada en vinagre a una caña de hisopo, se la acercaron a la boca. Jesús, cuando tomó el vinagre, dijo:

+ «Está cumplido».

C. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu.

Todos se arrodillan, y se hace una pausa.

Al punto salió sangre y agua

C. Los judíos entonces, como era el día de la Preparación, para que no se quedaran los cuerpos en la cruz el sábado, porque aquel sábado era un día grande, pidieron a Pilato que les quebraran las piernas y que los quitaran. Fueron los soldados, le quebraron las piernas al primero y luego al otro que habían crucificado con él; pero al llegar a Jesús, viendo que ya había muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le traspasó el costado, y al punto salió sangre y agua. El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Esto ocurrió para que se cumpliera la Escritura: «No le quebrarán un hueso»; y en otro lugar la Escritura dice: «Mirarán al que traspasaron».

Envolvieron el cuerpo de Jesús en los lienzos con los aromas

C. Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús aunque oculto por miedo a los judíos, pidió a Pilato que le dejara llevarse el cuerpo de Jesús. Y Pilato lo autorizó. Él fue entonces y se llevó el cuerpo. Llegó también Nicodemo, el que había ido a verlo de noche, y trajo unas cien libras de una mixtura de mirra y áloe.

Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en los lienzos con los aromas, según se acostumbra a enterrar entre los judíos. Había un huerto en el sitio donde lo crucificaron, y en el huerto, un sepulcro nuevo donde nadie había sido enterrado todavía. Y como para los judíos era el día de la Preparación, y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús.

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

Sábado 11 de abril A.D. 2020

7. SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR

Durante el Sábado Santo la Iglesia permanece junto al sepulcro del Señor, meditando su pasión y muerte, su descenso a los infiernos, y esperando su resurrección en oración y ayuno. La Iglesia se abstiene del sacrificio de la Misa, quedando por ello desnudo el altar hasta que, después de la solemne Vigilia o expectación nocturna de la resurrección, se inauguren los gozos de la Pascua, cuya exuberancia inundará los cincuenta días pascuales.

OFICIO DE LECTURA

Invocación inicial

℣. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!

Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Cantemos la nobleza de esta guerra,
el triunfo de la sangre y del madero;
y un Redentor, que en trance de Cordero,
sacrificado en cruz, salvó la tierra.

Dolido mi Señor por el fracaso
de Adán, que mordió muerte en la manzana,
otro árbol señaló, de flor humana,
que reparase el daño paso a paso.

Y así dijo el Señor: «¡Vuelva la Vida,
y que el Amor redima la condena!»
La gracia está en el fondo de la pena,
y la salud naciendo de la herida.

¡Oh, plenitud del tiempo consumado!
Del seno de Dios Padre en que vivía,
ved la Palabra entrando por María
en el misterio mismo del pecado.

¿Quién vio en más estrechez gloria más plena,
y a Dios como el menor de los humanos?
Llorando en el pesebre, pies y manos
le faja una doncella nazarena.

En plenitud de vida y de sendero,
 dio el paso hacia la muerte porque él quiso.
 Mirad de par en par el paraíso
 abierto por la fuerza de un Cordero.

Al Dios de los designios de la historia,
 que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
 al que en la cruz devuelve la esperanza
 de toda salvación, honor y gloria. Amén.

Salmodia

Ant. 1. Dormiré y descansaré en paz.

Salmo 4

Escúchame cuando te invoco, Dios, defensor mío;
 tú que en el aprieto me diste anchura,
 ten piedad de mí y escucha mi oración.

Y vosotros, ¿hasta cuándo ultrajaréis mi honor,
 amaréis la falsedad y buscaréis el engaño?
 Sabedlo: el Señor hizo milagros en mi favor,
 y el Señor me escuchará cuando lo invoque.

Temblad y no pequéis,
 reflexionad en el silencio de vuestro lecho;
 ofreced sacrificios legítimos
 y confiad en el Señor.

Hay muchos que dicen: «¿Quién nos hará ver la dicha,
 si la luz de tu rostro ha huido de nosotros?».

Pero tú, Señor, has puesto en mi corazón más alegría
 que si abundara en trigo y en vino.
 En paz me acuesto y en seguida me duermo,
 porque tú solo, Señor, me haces vivir tranquilo.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Dormiré y descansaré en paz.

Ant. 2. Mi carne descansa serena.

Salmo 15

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien».
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es el lote de mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Mi carne descansa serena.

Ant. 3. Que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria.

Salmo 23

Del Señor es la tierra y cuanto la llena,
el orbe y todos sus habitantes:
él la fundó sobre los mares,
él la afianzó sobre los ríos.

— ¿Quién puede subir al monte del Señor?
¿Quién puede estar en el recinto sacro?

— El hombre de manos inocentes
y puro corazón,
que no confía en los ídolos
ni jura contra el prójimo en falso.
Ese recibirá la bendición del Señor,
le hará justicia el Dios de salvación.

— Este es el grupo que busca al Señor,
que viene a tu presencia, Dios de Jacob.

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria.

— ¿Quién es ese Rey de la gloria?
— El Señor, héroe valeroso;
el Señor, héroe de la guerra.

¡Portones!, alzad los dinteles,
que se alcen las antiguas compuertas:
va a entrar el Rey de la gloria.

— ¿Quién es ese Rey de la gloria?
— Él Señor, Dios de los ejércitos.
Él es el Rey de la gloria.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Que se alcen las antiguas compuertas: va a entrar el Rey de la gloria.

Versículo

℣. Defiende mi causa y rescátame.

℞. Con tu promesa dame vida.

Primera lectura

De la carta a los Hebreos.

4, 1-13

Empeñémonos en entrar en el descanso del Señor

Hermanos: Temamos, no sea que, estando aún en vigor la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros crea que ha perdido la oportunidad. También nosotros hemos recibido la buena noticia, igual que los que salieron de Egipto por obra de Moisés; pero el mensaje que oyeron de nada les sirvió, porque no se adhirieron por la fe a los que lo habían escuchado. En efecto, entramos en el descanso los creyentes, de acuerdo con lo dicho: «He jurado en mi cólera que no entrarán en mi descanso», y eso que sus obras estaban terminadas desde la creación del mundo. Acerca del día séptimo se dijo: «Y descansó Dios el día séptimo de todo el trabajo que había hecho». En nuestro pasaje añade: «No entrarán en mi descanso». Ya que, según esto, quedan algunos por entrar en él, y los primeros que recibieron la buena noticia no entraron por su rebeldía, Dios señala otro día, «hoy», al decir, mucho tiempo después, por boca de David, lo antes citado: «Si escucháis hoy su voz, no endurezcáis el corazón». Claro que, si Josué les hubiera dado el descanso, no habría hablado Dios de otro día después de aquello; por consiguiente, un tiempo de descanso queda todavía para el pueblo de Dios, pues el que entra en su descanso descansa, él también, de sus tareas, como Dios de las suyas. Empeñémonos, por tanto, en entrar en aquel descanso, para que nadie caiga, siguiendo aquel ejemplo de rebeldía. Además, la Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos

e intenciones del corazón. No hay criatura que escape a su mirada. Todo está patente y descubierto a los ojos de aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Responsorio

Cf. Mt 27, 66. 60. 62

✠. Una vez sepultado el Señor, sellaron el sepulcro, rodaron una piedra grande a la entrada del sepulcro, y pusieron soldados para asegurar la vigilancia del mismo.

℟. Una vez sepultado el Señor, sellaron el sepulcro, rodaron una piedra grande a la entrada del sepulcro, y pusieron soldados para asegurar la vigilancia del mismo.

✠. Los sumos sacerdotes acudieron a Pilato, y le pidieron que diese orden de vigilar el sepulcro.

℟. Y pusieron soldados para asegurar la vigilancia del mismo.

Segunda lectura

De una homilía antigua sobre el grande y santo Sábado.
(PG 43, 439. 451. 462-463)

El descenso del Señor al abismo

¿Qué es lo que hoy sucede? Un gran silencio envuelve la tierra; un gran silencio y una gran soledad. Un gran silencio, porque el Rey duerme. La tierra está temerosa y sobrecogida, porque Dios se ha dormido en la carne y ha despertado a los que dormían desde antiguo. Dios ha muerto en la carne y ha puesto en conmoción al abismo. Va a buscar a nuestro primer padre como si este fuera la oveja perdida. Quiere visitar a *los que viven en tinieblas y en sombra de muerte*. Él, que es al mismo tiempo Dios e Hijo de Dios, va a librar de sus prisiones y de sus dolores a Adán y a Eva. El Señor, teniendo en sus manos las armas vencedoras de la cruz, se acerca a ellos. Al verlo, nuestro primer padre Adán, asombrado

por tan gran acontecimiento, exclama y dice a todos: «Mi Señor esté con todos». Y Cristo, respondiendo, dice a Adán: «Y con tu espíritu». Y, tomándolo por la mano, lo levanta, diciéndole: «*Despierta, tú que duermes, levántate de entre los muertos, y Cristo será tu luz.*

Yo soy tu Dios, que por ti y por todos los que han de nacer de ti me he hecho tu hijo; y ahora te digo que tengo el poder de anunciar a los que están encadenados: “Salid”, y a los que se encuentran en las tinieblas: “Iluminaos”, y a los que duermen: “Levantaos”. A ti te mando: *Despierta, tú que duermes*, pues no te creé para que permanezcas cautivo en el abismo; *levántate de entre los muertos*, pues yo soy la vida de los muertos. Levántate, obra de mis manos; levántate, imagen mía, creado a mi semejanza. Levántate, salgamos de aquí, porque tú en mí, y yo en ti, formamos una sola e indivisible persona. Por ti, yo, tu Dios, me he hecho tu hijo; por ti, yo, tu Señor, he revestido tu condición servil; por ti, yo, que estoy sobre los cielos, he venido a la tierra y he bajado al abismo; por ti, me he hecho hombre, *semejante a un inválido que tiene su cama entre los muertos*; por ti, que fuiste expulsado del huerto, he sido entregado a los judíos en el huerto, y en el huerto he sido crucificado. Contempla los salivazos de mi cara, que he soportado para devolverte tu primer aliento de vida; contempla los golpes de mis mejillas, que he soportado para reformar, de acuerdo con mi imagen, tu imagen deformada; contempla los azotes en mis espaldas, que he aceptado para aliviarte del peso de los pecados, que habían sido cargados sobre tu espalda; contempla los clavos que me han sujetado fuertemente al madero, pues los he aceptado por ti, que maliciosamente extendiste una mano al árbol prohibido. Dormí en la cruz, y la lanza atravesó mi costado, por ti, que en el paraíso dormiste, y de tu costado diste origen a Eva. Mi costado ha curado el dolor del tuyo. Mi sueño te saca del sueño del abismo. Mi lanza

eliminó aquella espada que te amenazaba en el paraíso. Levántate, salgamos de aquí. El enemigo te sacó del paraíso; yo te coloco no ya en el paraíso, sino en el trono celeste. Te prohibí que comieras del árbol de la vida, que no era sino imagen del verdadero árbol; yo soy el verdadero árbol, yo, que soy la vida y que estoy unido a ti. Coloqué un querubín que fielmente te vigilara; ahora te concedo que el querubín, reconociendo tu dignidad, te sirva. El trono de los querubines está a punto, los portadores atentos y preparados, el tálamo construido, los alimentos prestos; se han embellecido los eternos tabernáculos y moradas, han sido abiertos los tesoros de todos los bienes, y el reino de los cielos está preparado desde toda la eternidad».

Responsorio

V. Se alejó nuestro pastor, fuente de agua viva, a cuya muerte el sol se oscureció; ya que fue apresado aquel mismo que retenía cautivo al primer hombre. Hoy nuestro Salvador destruyó las puertas y las cerraduras del imperio de la muerte.

R. Se alejó nuestro pastor, fuente de agua viva, a cuya muerte el sol se oscureció; ya que fue apresado aquel mismo que retenía cautivo al primer hombre. Hoy nuestro Salvador destruyó las puertas y las cerraduras del imperio de la muerte.

V. Destruyó ciertamente la cárcel del abismo y arruinó el poder del enemigo.

R. Hoy nuestro Salvador destruyó las puertas y las cerraduras del imperio de la muerte.

Oración

Oremos.

SEÑOR todopoderoso,
cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos
y salió victorioso del sepulcro,
te pedimos que concedas a todos tus fieles,
sepultados con Cristo por el bautismo,
resucitar también con él a la vida eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ÍNDICE

ORACIÓN DE LA MAÑANA

LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

✠. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

I

¡Oh, cruz fiel, árbol único en nobleza!
Jamás el bosque dio mejor tributo
en hoja, en flor y en fruto.

¡Dulces clavos! ¡Dulce árbol donde la Vida empieza
con un peso tan dulce en su corteza!

Vinagre y sed la boca, apenas gime;
y, al golpe de los clavos y la lanza,
un mar de sangre fluye, inunda, avanza
por tierra, mar y cielo, y los redime.

Ablándate, madero, tronco abrupto
de duro corazón y fibra inerte;
doblégate a este peso y esta muerte
que cuelga de tus ramas como un fruto.

Tú, solo entre los árboles, crecido
para tender a Cristo en tu regazo;
tú, el arca que nos salva; tú, el abrazo
de Dios con los verdugos del Ungido.

Al Dios de los designios de la historia,
que es Padre, Hijo y Espíritu, alabanza;
al que en la cruz devuelve la esperanza
de toda salvación, honor y gloria. Amén.

II

Jesús de María,
Cordero santo,
pues miro vuestra sangre,
mirad mi llanto.

¿Cómo estáis de esta suerte,
decid, Cordero casto,
pues, naciendo tan limpio,
de sangre estáis manchado?
La piel divina os quitan
las sacrílegas manos,
no digo de los hombres,
pues fueron mis pecados.

Bien sé, Pastor divino,
que estáis subido en alto,
para llamar con silbos
tan perdido ganado.
Ya os oigo, Pastor mío,
ya voy a vuestro pasto,
pues como vos os dais
ningún pastor se ha dado.

¡Ay de los que se visten
de sedas y brocados,
estando vos desnudo,
solo de sangre armado!
¡Ay de aquellos que manchan
con violencia sus manos,
los que llenan su boca
con injurias y agravios!

Nadie tendrá disculpa
diciendo que cerrado
halló jamás el cielo,
si el cielo va buscando.
Pues vos, con tantas puertas
en pies, mano y costado,
estáis de puro abierto
casi descuartizado.

¡Ay si los clavos vuestros
 llegaran a mí tanto
 que clavarán al vuestro
 mi corazón ingrato!
 ¡Ay si vuestra corona,
 al menos por un rato,
 pasara a mi cabeza
 y os diera algún descanso! Amén.

Salmodia

Ant. 1. Harán llanto como llanto por el hijo único,
 porque siendo inocente fue muerto el Señor.

Salmo 63

Escucha, oh, Dios, la voz de mi lamento,
 protege mi vida del terrible enemigo;
 escóndeme de la conjura de los perversos
 y del motín de los malhechores:

afilan sus lenguas como espadas
 y disparan como flechas palabras venenosas,
 para herir a escondidas al inocente,
 para herirlo por sorpresa y sin riesgo.

Se animan al delito,
 calculan cómo esconder trampas,
 y dicen: «¿Quién lo descubrirá?»
 Inventan maldades y ocultan sus invenciones,
 porque su mente y su corazón no tienen fondo.

Pero Dios los acribilla a flechazos,
 por sorpresa los cubre de heridas;
 su misma lengua los lleva a la ruina,
 y los que lo ven menean la cabeza.

Todo el mundo se atemoriza,
 proclama la obra de Dios
 y medita sus acciones.

El justo se alegra con el Señor,
se refugia en él,
y se felicitan los rectos de corazón.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Harán llanto como llanto por el hijo único,
porque siendo inocente fue muerto el Señor.

Ant. 2. Líbrame, Señor, de las puertas del abismo.

Cántico *Is 38, 10-14. 16b-20*

Yo pensé: «En medio de mis días
tengo que marchar hacia las puertas del abismo;
me privan del resto de mis años».

Yo pensé: «Ya no veré más al Señor
en la tierra de los vivos,
ya no miraré a los hombres
entre los habitantes del mundo.

Levantán y enrollan mi vida
como una tienda de pastores.
Como un tejedor, devanaba yo mi vida,
y me cortan la trama».

Día y noche me estás acabando,
sollozo hasta el amanecer.
Me quiebras los huesos como un león,
día y noche me estás acabando.

Estoy piando como una golondrina,
gimo como una paloma.
Mis ojos mirando al cielo se consumen:
¡Señor, que me oprimen, sal fiador por mí!

Me has curado, me has hecho revivir,
la amargura se me volvió paz
cuando detuviste mi alma ante la tumba vacía
y volviste la espalda a todos mis pecados.

El abismo no te da gracias,
ni la muerte te alaba,
ni esperan en tu fidelidad
los que bajan a la fosa.

Los vivos, los vivos son quienes te alaban:
como yo ahora.
El padre enseña a sus hijos tu fidelidad.

Sálvame, Señor, y tocaremos nuestras arpas
todos nuestros días en la casa del Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Líbrame, Señor, de las puertas del abismo.

Ant. 3. Estaba muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo.

Salmo 150

Alabad al Señor en su templo,
alabadlo en su fuerte firmamento.

Alabadlo por sus obras magníficas,
alabadlo por su inmensa grandeza.

Alabadlo tocando trompetas,
alabadlo con arpas y cítaras,

alabadlo con tambores y danzas,
alabadlo con trompas y flautas,

alabadlo con platillos sonoros,
alabadlo con platillos vibrantes.

Todo ser que alienta alabe al Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Estaba muerto, pero ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo.

Lectura breve

Os 5, 15c-6, 2

A Sí dice el Señor: «En su aflicción madrugarán para buscarme y dirán: “Vamos a volver al Señor: él, que nos despedazó, nos sanará; él, que nos hirió, nos vendará. En dos días nos sanará; al tercero nos resucitará; y viviremos delante de él”».

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre».

Cántico evangélico

Ant. Salvador del mundo, sálvanos; tú que con tu cruz y tu sangre nos redimiste, socórrenos, Dios nuestro.

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
 porque ha visitado y redimido a su pueblo,
 suscitándonos una fuerza de salvación
 en la casa de David, su siervo,
 según lo había predicho desde antiguo
 por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
 y de la mano de todos los que nos odian;
 realizando la misericordia
 que tuvo con nuestros padres,
 recordando su santa alianza
 y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Salvador del mundo, sálvanos; tú que con
 tu cruz y tu sangre nos redimiste, socórrenos, Dios
 nuestro.

Preces

Adoremos a nuestro Redentor, que por nosotros y por
 todos los hombres quiso morir y ser sepultado para
 resucitar de entre los muertos, y supliquémosle,
 diciendo:

Señor, ten piedad de nosotros.

1. Oh, Señor, que junto a tu cruz y a tu sepulcro tuviste
 a tu Madre dolorosa que participó en tu aflicción,
 — haz que tu pueblo sepa también participar en tu
 pasión.
2. Señor Jesús, que como grano de trigo caíste en la
 tierra para morir y dar con ello fruto abundante,
 — haz que también nosotros sepamos morir al pecado
 y vivir para Dios.

3. Oh, Pastor de la Iglesia, que quisiste ocultarte en el sepulcro para dar la vida a los hombres,
— haz que nosotros sepamos también vivir escondidos contigo en Dios.
4. Nuevo Adán, que quisiste bajar al reino de la muerte para librar a los justos que, desde el origen del mundo, estaban sepultados allí,
— haz que todos los hombres, muertos al pecado, escuchen tu voz y vivan.
5. Cristo, Hijo del Dios vivo, que has querido que por el bautismo fuéramos sepultados contigo en la muerte,
— haz que, siguiéndote a ti, caminemos también nosotros en una vida nueva.

Padre nuestro.

Oración

SEÑOR todopoderoso,
cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos y salió victorioso del sepulcro,
te pedimos que concedas a todos tus fieles, sepultados con Cristo por el bautismo, resucitar también con él a la vida eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

✠. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

ORACIÓN DEL ATARDECER VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Himno

¡Victoria!, tú reinarás.

¡Oh, cruz, tú nos salvarás!

El Verbo en ti clavado, muriendo, nos rescató;
de ti, madero santo, nos viene la redención.

Extiende por el mundo tu reino de salvación.

¡Oh, cruz fecunda, fuente de vida y bendición!

Impere sobre el odio tu reino de caridad;
alcancen las naciones el gozo de la unidad.

Aumenta en nuestras almas tu reino de santidad;
el río de la gracia apague la iniquidad.

La gloria por los siglos a Cristo libertador,
su cruz nos lleva al cielo, la tierra de promisión.

Salmodia

Ant. 1. Oh, muerte, yo seré tu muerte; yo seré, oh, abismo, tu agujón.

Salmo 115

Tenía fe, aun cuando dije:
«¡Qué desgraciado soy!»
Yo decía en mi apuro:
«Los hombres son unos mentirosos».

¿Cómo pagaré al Señor
todo el bien que me ha hecho?
Alzaré la copa de la salvación,
invocando su nombre.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo.

Mucho le cuesta al Señor
la muerte de sus fieles.
Señor, yo soy tu siervo,
siervo tuyo, hijo de tu esclava:
rompiste mis cadenas.

Te ofreceré un sacrificio de alabanza,
invocando tu nombre, Señor.
Cumpliré al Señor mis votos
en presencia de todo el pueblo,
en el atrio de la casa del Señor,
en medio de ti, Jerusalén.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Oh, muerte, yo seré tu muerte; yo seré, oh, abismo, tu agujón.

Ant. 2. Como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra.

Salmo 142, 1-11

Señor, escucha mi oración;
 tú, que eres fiel, atiende mi súplica;
 tú, que eres justo, escúchame.
 No llores a juicio a tu siervo,
 pues ningún hombre vivo es inocente frente a ti.

El enemigo me persigue a muerte,
 empuja mi vida al sepulcro,
 me confina a las tinieblas
 como a los muertos ya olvidados.
 Mi aliento desfallece,
 mi corazón dentro de mí está yerto.

Recuerdo los tiempos antiguos,
 medito todas tus acciones,
 considero las obras de tus manos
 y extendiendo mis brazos hacia ti:
 tengo sed de ti como tierra reseca.

Escúchame en seguida, Señor,
 que me falta el aliento.
 No me escondas tu rostro,
 igual que a los que bajan a la fosa.

En la mañana hazme escuchar tu gracia,
 ya que confío en ti.
 Indícame el camino que he de seguir,
 pues levanto mi alma a ti.

Líbrame del enemigo, Señor,
 que me refugio en ti.
 Enséñame a cumplir tu voluntad,
 ya que tú eres mi Dios.
 Tu espíritu, que es bueno,
 me guíe por tierra llana.

Por tu nombre, Señor, consérvame vivo;
por tu clemencia, sácame de la angustia.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Como Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre en el seno de la tierra.

Ant. 3. «Destruid este templo —dice el Señor—, y en tres días lo levantaré». Él hablaba del templo de su cuerpo.

Cántico

Flp 2, 6-11

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios;
al contrario, se despojó de su rango
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo,
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. «Destruid este templo —dice el Señor—, y en tres días lo levantaré». Él hablaba del templo de su cuerpo.

Lectura breve

1 Pe 1, 18-21

YA sabéis con qué os rescataron de ese proceder inútil recibido de vuestros padres: no con bienes efímeros, con oro o plata, sino a precio de la sangre de Cristo, el Cordero sin defecto ni mancha, previsto antes de la creación del mundo y manifestado al final de los tiempos por vuestro bien. Por Cristo vosotros creéis en Dios, que lo resucitó de entre los muertos y le dio gloria, y así habéis puesto en Dios vuestra fe y vuestra esperanza.

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Cristo, por nosotros, se sometió incluso a la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo levantó sobre todo y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre».

Cántico evangélico

Ant. Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él; y pronto lo glorificará.

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
 acordándose de la misericordia
 —como lo había prometido a nuestros padres—
 en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él; y pronto lo glorificará.

Preces

Adoremos a nuestro Redentor, que por nosotros y por todos los hombres quiso morir y ser sepultado para resucitar de entre los muertos, y supliquémosle, diciendo:

Señor, ten piedad de nosotros.

1. Señor Jesús, de tu corazón traspasado por la lanza salió sangre y agua, signo de cómo la Iglesia nacía de tu costado;
 — por tu muerte, por tu sepultura y por tu resurrección, vivifica, pues, a tu Iglesia.
2. Tú que te acordaste incluso de los apóstoles que habían olvidado la promesa de tu resurrección,
 — no olvides tampoco a los que por no creer en tu triunfo viven sin esperanza.
3. Cordero de Dios, víctima pascual inmolada por todos los hombres,
 — atrae desde tu cruz a todos los pueblos de la tierra.
4. Dios del universo, que contienes en ti todas las cosas y aceptaste, sin embargo, ser contenido en un sepulcro,
 — libra a toda la humanidad de la muerte y concédele una inmortalidad gloriosa.

5. Cristo, Hijo de Dios vivo, que, colgado en la cruz, prometiste el paraíso al ladrón arrepentido,
— mira con amor a los difuntos, semejantes a ti por la muerte y la sepultura, y hazlos también semejantes a ti por su resurrección.

Padre nuestro.

Oración

S EÑOR todopoderoso,
cuyo Unigénito descendió al lugar de los muertos
y salió victorioso del sepulcro,
te pedimos que concedas a todos tus fieles,
sepultados con Cristo por el bautismo,
resucitar también con él a la vida eterna.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

℟. Amén.

Domingo 12 de abril A.D. 2020

8. DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Este es el día en que actuó el Señor, la solemnidad de las solemnidades y nuestra Pascua: la Resurrección de nuestro Salvador Jesucristo según la carne (elogio del *Martirologio Romano*).

Los cincuenta días que van desde el Domingo de Resurrección hasta el Domingo de Pentecostés han de ser celebrados con alegría y exultación como si se tratase de un solo y único día festivo, más aún, como «un gran domingo» (S. Atanasio). (*De las Normas universales sobre el Año litúrgico y sobre el calendario*, n. 22)

Consérvense o restáurensen en la medida en que sea posible, la tradición de celebrar las Vísperas bautismales del día de Pascua (*Carta circular sobre las fiestas pascuales*, n. 98).

Con las Vísperas se concluye el Triduo pascual.

OFICIO DE LECTURA

Los que no han asistido a la Vigilia lean, por lo menos, cuatro lecturas, con sus cánticos y oraciones. Conviene usar las que aquí se ponen.

El Oficio de lectura comienza directamente por las lecturas.

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

℟. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

Primera lectura

Éx 14, 15 — 15, 1

Los hijos de Israel entraron en medio del mar, por lo seco

Lectura del libro del Éxodo.

En aquellos días, el Señor dijo a Moisés: «¿Por qué sigues clamando a mí? Di a los hijos de Israel que se pongan en marcha. Y tú, alza tu cayado, extiende tu mano sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar, por lo seco. Yo haré que los egipcios se obstinen y entren detrás de vosotros, y me cubriré de gloria a costa del faraón y de todo su ejército, de sus carros y de sus jinetes. Así sabrán los egipcios que yo soy el Señor, cuando me haya cubierto de gloria a costa del faraón, de sus carros y de sus jinetes». Se puso en marcha el ángel del Señor, que iba al frente del ejército de Israel, y pasó a retaguardia. También la columna de nube, que iba delante de ellos, se desplazó y se colocó detrás, poniéndose entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel. La nube era tenebrosa y transcurrió toda la noche sin que los ejércitos pudieran aproximarse el uno al otro. Moisés extendió su mano sobre el mar y el Señor hizo retirarse el mar con un fuerte viento del este que sopló toda la noche; el mar se secó y se dividieron las

aguas. Los hijos de Israel entraron en medio del mar, en lo seco, y las aguas les hacían de muralla a derecha e izquierda. Los egipcios los persiguieron y entraron tras ellos, en medio del mar: todos los caballos del faraón, sus carros y sus jinetes. Era ya la vigilia matutina cuando el Señor miró desde la columna de fuego y humo hacia el ejército de los egipcios y sembró el pánico en el ejército egipcio. Trabajó las ruedas de sus carros, haciéndolos avanzar pesadamente. Los egipcios dijeron: «Huyamos ante Israel, porque el Señor lucha por él contra Egipto». Luego dijo el Señor a Moisés: «Extiende tu mano sobre el mar, y vuelvan las aguas sobre los egipcios, sus carros y sus jinetes». Moisés extendió su mano sobre el mar; y al despuntar el día el mar recobró su estado natural, de modo que los egipcios, en su huida, toparon con las aguas. Así precipitó el Señor a los egipcios en medio del mar. Las aguas volvieron y cubrieron los carros, los jinetes y todo el ejército del faraón, que había entrado en el mar. Ni uno solo se salvó. Mas los hijos de Israel pasaron en seco por medio del mar, mientras las aguas hacían de muralla a derecha e izquierda. Aquel día salvó el Señor a Israel del poder de Egipto, e Israel vio a los egipcios muertos, en la orilla del mar. Vio, pues, Israel la mano potente que el Señor había desplegado contra los egipcios, y temió el pueblo al Señor, y creyó en el Señor y en Moisés, su siervo. Entonces Moisés y los hijos de Israel entonaron este canto al Señor:

Ant. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria.

Cántico Éx 15, 1b-2. 3-4. 5-6. 17-18

Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria,
 caballos y carros ha arrojado en el mar.
 Mi fuerza y mi poder es el Señor,
 Él fue mi salvación.
 Él es mi Dios: yo lo alabaré;
 el Dios de mis padres: yo lo ensaltaré.

El Señor es un guerrero,
 su nombre es “El Señor”.
 Los carros del faraón los lanzó al mar,
 ahogó en el mar Rojo a sus mejores capitanes.

Las olas los cubrieron,
 bajaron hasta el fondo como piedras.
 Tu diestra, Señor, es magnífica en poder,
 tu diestra, Señor, tritura al enemigo.

Lo introduces y lo plantas en el monte de tu heredad,
 lugar del que hiciste tu trono, Señor;
 santuario, Señor, que fundaron tus manos.
 El Señor reina por siempre jamás.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Cantaré al Señor, gloriosa es su victoria.

Oración

Oremos.

OH, Dios, que has iluminado los prodigios
 de los tiempos antiguos
 con la luz del Nuevo Testamento,
 el mar Rojo fue imagen de la fuente bautismal,
 y el pueblo, liberado de la esclavitud,
 imagen de la familia cristiana;
 concede a todas las gentes,
 elevadas por su fe a la dignidad de pueblo elegido,
 regenerarse por la participación de tu Espíritu.
 Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

Segunda lectura

Ez 36, 16-17a. 18-28

Derramaré sobre vosotros un agua pura, y os daré un corazón nuevo

Lectura de la profecía de Ezequiel.

Me vino esta palabra del Señor: «Hijo de hombre, la casa de Israel profanó con su conducta y sus acciones la tierra en que habitaba. Me enfurecí contra ellos, por la sangre que habían derramado en el país, y por haberlo profanado con sus ídolos. Los dispersé por las naciones, y anduvieron dispersos por diversos países. Los he juzgado según su conducta y sus acciones. Al llegar a las diversas naciones, profanaron mi santo nombre, ya que de ellos se decía: “Estos son el pueblo del Señor y han debido abandonar su tierra”. Así que tuve que defender mi santo nombre, profanado por la casa de Israel entre las naciones adonde había ido. Por eso, dí a la casa de Israel: “Esto dice el Señor Dios: No hago esto por vosotros, casa de Israel, sino por mi santo nombre, profanado por vosotros en las naciones a las que fuisteis. Manifestaré la santidad de mi gran nombre, profanado entre los gentiles, porque vosotros lo habéis profanado en medio de ellos. Reconocerán las naciones que yo soy el Señor —oráculo del Señor Dios—, cuando por medio de vosotros les haga ver mi santidad. Os recogeré de entre las naciones, os reuniré de todos los países y os llevaré a vuestra tierra. Derramaré sobre vosotros un agua pura que os purificará: de todas vuestras inmundicias e idolatrías os he de purificar; y os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo; arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Os infundiré mi espíritu, y haré que caminéis según mis preceptos, y que guardéis y cumpláis mis mandatos. Y habitaréis en la tierra que dí a vuestros padres. Vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios»».

Ant. Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

Salmo 41, 3. 5cdef; 42, 3. 4

Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?

Cómo entraba en el recinto santo,
cómo avanzaba hacia la casa de Dios
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

Envía tu luz y tu verdad:
que ellas me guíen
y me conduzcan hasta tu monte santo,
hasta tu morada.

Me acercaré al altar de Dios,
al Dios de mi alegría,
y te daré gracias al son de la cítara,
Dios, Dios mío.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío.

Oración

Oremos.

OH, Dios, poder inmutable y luz sin ocaso,
mira con bondad
el sacramento admirable de la Iglesia entera
y, en cumplimiento de tus eternos designios,
lleva a feliz término la obra de la salvación humana;
y que todo el mundo experimente y vea
cómo lo abatido se levanta,
lo viejo se renueva

y todo vuelve a su integridad original,
 por el mismo Jesucristo,
 de quien todo procede.
 Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Tercera lectura

Rom 6, 3-11

Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Romanos.

Hermanos: Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Pues si hemos sido incorporados a él en una muerte como la suya, lo seremos también en una resurrección como la suya; sabiendo que nuestro hombre viejo fue crucificado con Cristo, para que fuera destruido el cuerpo de pecado, y, de este modo, nosotros dejáramos de servir al pecado; porque quien muere ha quedado libre del pecado. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Ant. Aleluya, aleluya, aleluya.

Salmo 117, 1-2. 16-17. 22-23

Dad gracias al Señor porque es bueno,
 porque es eterna su misericordia.
 Diga la casa de Israel:
 eterna es su misericordia.

«La diestra del Señor es poderosa,
 la diestra del Señor es excelsa».
 No he de morir, viviré
 para contar las hazañas del Señor.

La piedra que desecharon los arquitectos
 es ahora la piedra angular.
 Es el Señor quien lo ha hecho,
 ha sido un milagro patente.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Aleluya, aleluya, aleluya.

Cuarta lectura

Mt 28, 1-10

Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea

Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

Pasado el sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: “Ha resucitado

de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis”. Mirad, os lo he anunciado». Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea allí me verán».

Himno Te Deum

Te Deum laudámus: * te Dóminum confitémur.
 Te ætérnum Patrem, * omnis terra venerátur.
 Tibi omnes ángeli, * tibi cæli et univérsæ potestátes:
 tibi chérubim et séraphim * incessábili voce proclámant:
 Sanctus, * Sanctus, * Sanctus * Dóminus Deus Sábaoth.
 Pleni sunt cæli et terra * maiestátis gloriæ tuæ.

Te gloriósus * Apostolórum chorus,
 te prophetárum * laudábilis número,
 te mártýrum candidátus * laudat exércitus.
 Te per orbem terrárum * sancta confitétur Ecclésia,
 Patrem * imménsæ maiestátis;
 venerándum tuum verum * et únicum Fílium;
 Sanctum quoque * Paráclitum Spíritum.

Tu rex gloriæ, * Christe.
 Tu Patris * sempitérnus es Fílius.

Tu, ad liberándum susceptúrus hóminem, *
 non horruísti Vírginis úterum.

Tu, devícto mortis acúleo, *
 aperuísti credéntibus regna cælórum.

Tu ad délixteram Dei sedes, * in gloria Patris.
 Iudex créderis * esse ventúrus.

Te ergo quaésumus, tuis fámulis súbveni, *
 quos pretióso ságuine redemísti.

Aeterna fac cum sanctis tuis * in gloria numerári.

Lo que sigue puede omitirse:

Salvum fac pópulum tuum, Dómine, *
et bénedic hereditáti tuæ.

Et rege eos, * et extólle illos usque in ætérnum.

Per síngulos dies * benedícimus te;
et laudámus nomen tuum in saéculum, *
et in saéculum saéculi.

Dignáre, Dómine, die isto * sine peccáto nos custodíre.

Miserére nostri, Dómine, * miserére nostri.

Fiat misericórdia tua, Dómine, super nos, *
quemádmódum sperávimus in te.

In te, Dómine, sperávi: * non confúndar in ætérnum.

O bien, la siguiente versión castellana:

A ti, oh, Dios, te alabamos,
a ti, Señor, te reconocemos.

A ti, eterno Padre,
te venera toda la creación.

Los ángeles todos, los cielos
y todas las potestades te honran.

Los querubines y serafines
te cantan sin cesar:

Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del universo.

Los cielos y la tierra
están llenos de la majestad de tu gloria.

A ti te ensalza
el glorioso coro de los apóstoles,
la multitud admirable de los profetas,
el blanco ejército de los mártires.

A ti la Iglesia santa,
extendida por toda la tierra,
te proclama:

Padre de inmensa majestad,
Hijo único y verdadero, digno de adoración,
Espíritu Santo, Defensor.

Tú eres el Rey de la gloria, Cristo.

Tú eres el Hijo único del Padre.

Tú, para liberar al hombre,
aceptaste la condición humana
sin desdeñar el seno de la Virgen.

Tú, rotas las cadenas de la muerte,
abriste a los creyentes el reino del cielo.

Tú te sientas a la derecha de Dios
en la gloria del Padre.

Creemos que un día
has de venir como juez.

Te rogamos, pues,
que vengas en ayuda de tus siervos,
a quienes redimiste con tu preciosa sangre.

Haz que en la gloria eterna
nos asociemos a tus santos.

Lo que sigue puede omitirse:

Salva a tu pueblo, Señor,
y bendice tu heredad.

Sé su pastor
y ensálzalo eternamente.

Día tras día te bendecimos
y alabamos tu nombre para siempre,
por eternidad de eternidades.

Dígnate, Señor, en este día
guardarnos del pecado.

Ten piedad de nosotros, Señor,
ten piedad de nosotros.

Que tu misericordia, Señor,
venga sobre nosotros,
como lo esperamos de ti.

En ti, Señor, confié,
no me veré defraudado para siempre.

Oración

Oremos.

OH, Dios,
que en este día, vencida la muerte,
nos has abierto las puertas de la eternidad
por medio de tu Unigénito,
concede, a quienes celebramos
la solemnidad de la resurrección del Señor,
que, renovados por tu Espíritu,
resucitemos a la luz de la vida.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

℟. Amén.

Conclusión

℣. Bendigamos al Señor.

℟. Demos gracias a Dios.

ORACIÓN DE LA MAÑANA

LAUDES

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

✠. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

Himno

Ofrezcan los cristianos
ofrendas de alabanza
a gloria de la Víctima
propicia de la Pascua.

Cordero sin pecado
que a las ovejas salva,
a Dios y a los culpables
unió con nueva alianza.

Lucharon vida y muerte
en singular batalla,
y, muerto el que es la Vida,
triunfante se levanta.

«¿Qué has visto de camino,
María, en la mañana?»
«A mi Señor glorioso,
la tumba abandonada,

los ángeles testigos,
sudarios y mortaja.
¡Resucitó de veras
mi amor y mi esperanza!

Venid a Galilea,
allí el Señor aguarda;
allí veréis los suyos
la gloria de la Pascua».

Primicia de los muertos,
sabemos por tu gracia
que estás resucitado;
la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate
de la miseria humana
y da a tus fieles parte
en tu victoria santa. Amén. Aleluya.

Salmodia

Ant. 1. Cristo ha resucitado y con su claridad ilumina
al pueblo rescatado con su sangre. Aleluya.

Salmo 62, 2-9

Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré como de enjundia y de manteca,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Cristo ha resucitado y con su claridad ilumina al pueblo rescatado con su sangre. Aleluya.

Ant. 2. Ha resucitado del sepulcro nuestro Redentor; cantemos un himno al Señor, nuestro Dios. Aleluya.

Cántico

Dan 3, 57-88. 56

Criaturas todas del Señor, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Ángeles del Señor, bendecid al Señor;
cielos, bendecid al Señor.

Aguas del espacio, bendecid al Señor;
ejércitos del Señor, bendecid al Señor.

Sol y luna, bendecid al Señor;
astros del cielo, bendecid al Señor.

Lluvia y rocío, bendecid al Señor;
vientos todos, bendecid al Señor.

Fuego y calor, bendecid al Señor;
fríos y heladas, bendecid al Señor.

Rocíos y nevadas, bendecid al Señor;
témpanos y hielos, bendecid al Señor.

Escarchas y nieves, bendecid al Señor;
noche y día, bendecid al Señor.

Luz y tinieblas, bendecid al Señor;
rayos y nubes, bendecid al Señor.

Bendiga la tierra al Señor,
ensálcelo con himnos por los siglos.

Montes y cumbres, bendecid al Señor;
cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

Manantiales, bendecid al Señor;
mares y ríos, bendecid al Señor.

Cetáceos y peces, bendecid al Señor;
aves del cielo, bendecid al Señor.

Fieras y ganados, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Hijos de los hombres, bendecid al Señor;
bendiga Israel al Señor.

Sacerdotes del Señor, bendecid al Señor;
siervos del Señor, bendecid al Señor.

Almas y espíritus justos, bendecid al Señor;
santos y humildes de corazón, bendecid al Señor.

Ananías, Azarías y Misael, bendecid al Señor,
ensalzadlo con himnos por los siglos.

Bendigamos al Padre y al Hijo con el Espíritu Santo,
ensalcémoslo con himnos por los siglos.

Bendito el Señor en la bóveda del cielo,
alabado y glorioso y ensalzado por los siglos.

Al final de este cántico no se dice Gloria al Padre.

Ant. Ha resucitado del sepulcro nuestro Redentor;
cantemos un himno al Señor, nuestro Dios. Aleluya.

Ant. 3. Aleluya. Ha resucitado el Señor, tal como lo
había anunciado. Aleluya.

Salmo 149

Alegría de los santos

Los hijos de la Iglesia, nuevo
pueblo de Dios, se alegran en su
Rey, Cristo, el Señor (Hesiquio).

Cantad al Señor un cántico nuevo,
resuene su alabanza en la asamblea de los fieles;
que se alegre Israel por su Creador,
los hijos de Sion por su Rey.

Alabad su nombre con danzas,
cantadle con tambores y cítaras;
porque el Señor ama a su pueblo
y adorna con la victoria a los humildes.

Que los fieles festejen su gloria
y canten jubilosos en filas:
con vítores a Dios en la boca
y espadas de dos filos en las manos:

para tomar venganza de los pueblos
y aplicar el castigo a las naciones,
sujetando a los reyes con argollas,
a los nobles con esposas de hierro.

Ejecutar la sentencia dictada
es un honor para todos sus fieles.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Aleluya. Ha resucitado el Señor, tal como lo
había anunciado. Aleluya.

Lectura breve

Hch 10, 40-43

DIOS resucitó a Jesús al tercer día y nos lo hizo ver, no a todo el pueblo, sino a los testigos que él había designado: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha nombrado juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime: que los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados.

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo. Aleluya.

Cántico evangélico

Ant. Muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Aleluya.

Benedictus

Lc 1, 68-79

El Mesías y su Precursor

Bendito sea el Señor, Dios de Israel,
 porque ha visitado y redimido a su pueblo,
 suscitándonos una fuerza de salvación
 en la casa de David, su siervo,
 según lo había predicho desde antiguo
 por boca de sus santos profetas.

Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos
 y de la mano de todos los que nos odian;
 realizando la misericordia
 que tuvo con nuestros padres,
 recordando su santa alianza
 y el juramento que juró a nuestro padre Abrahán.

Para concedernos que, libres de temor,
 arrancados de la mano de los enemigos,
 le sirvamos con santidad y justicia,
 en su presencia, todos nuestros días.

Y a ti, niño, te llamarán profeta del Altísimo,
 porque irás delante del Señor
 a preparar sus caminos,
 anunciando a su pueblo la salvación,
 el perdón de sus pecados.

Por la entrañable misericordia de nuestro Dios,
 nos visitará el sol que nace de lo alto,
 para iluminar a los que viven en tinieblas
 y en sombra de muerte,
 para guiar nuestros pasos
 por el camino de la paz.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Aleluya.

Preces

Oremos a Cristo, autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, y que por su poder nos resucitará también a nosotros, y digámosle:

Cristo, vida nuestra, sálvanos.

1. Cristo, luz esplendorosa que brillas en las tinieblas, rey de la vida y salvador de los que han muerto,
— concédenos vivir hoy en tu alabanza.
2. Señor Jesús, que anduviste los caminos de la pasión y de la cruz,
— concédenos que, unidos a ti en el dolor y en la muerte, resucitemos también contigo.
3. Hijo del Padre, maestro y hermano nuestro, tú que has hecho de nosotros un pueblo de reyes y sacerdotes,
— enséñanos a ofrecer con alegría nuestro sacrificio de alabanza.
4. Rey de la gloria, esperamos anhelantes el día de tu manifestación gloriosa,
— para poder contemplar tu rostro y ser semejantes a ti.

Padre nuestro.

Oración

OH, Dios,
que en este día, vencida la muerte,
nos has abierto las puertas de la eternidad
por medio de tu Unigénito,
concede, a quienes celebramos
la solemnidad de la resurrección del Señor,
que, renovados por tu Espíritu,
resucitemos a la luz de la vida.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión

V. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

ÍNDICE

ORACIÓN DEL ATARDECER VÍSPERAS

Invocación inicial

✠. Dios mío, ven en mi auxilio.

✠. Señor, date prisa en socorrerme.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

Himno

Nuestra Pascua inmolada, aleluya,
es Cristo el Señor, aleluya, aleluya.

Pascua sagrada, ¡oh, fiesta de la luz!,
despierta, tú que duermes,
y el Señor te alumbrará.

Pascua sagrada, ¡oh, fiesta universal!,
el mundo renovado
canta un himno a su Señor.

Pascua sagrada, ¡victoria de la cruz!
La muerte, derrotada,
ha perdido su aguijón.

Pascua sagrada, ¡oh, noche bautismal!
Del seno de las aguas
renacemos al Señor.

Pascua sagrada, ¡eterna novedad!
Dejad al hombre viejo,
revestíos del Señor.

Pascua sagrada. La sala del festín
se llena de invitados
que celebran al Señor.

Pascua sagrada. ¡Cantemos al Señor!
Vivamos la alegría
dada a luz en el dolor.

Salmodia

Ant. 1. María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. Aleluya.

Salmo 109, 1-5. 7

Oráculo del Señor a mi Señor:

«Siéntate a mi derecha,
y haré de tus enemigos
estrado de tus pies».

Desde Sion extenderá el Señor
el poder de tu cetro:
somete en la batalla a tus enemigos.

«Eres príncipe desde el día de tu nacimiento,
entre esplendores sagrados;
yo mismo te engendré, como rocío,
antes de la aurora».

El Señor lo ha jurado y no se arrepiente:

«Tú eres sacerdote eterno,
según el rito de Melquisedec».

El Señor a tu derecha, el día de su ira,
quebrantará a los reyes.

En su camino beberá del torrente,
por eso levantará la cabeza.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. María Magdalena y la otra María fueron a ver el sepulcro. Aleluya.

Ant. 2. Venid a ver el sitio donde yacía el Señor.
Aleluya.

Salmo 113 A

Cuando Israel salió de Egipto,
los hijos de Jacob de un pueblo balbuciente,
Judá fue su santuario,
Israel fue su dominio.

El mar, al verlos, huyó,
el Jordán se echó atrás;
los montes saltaron como carneros;
las colinas, como corderos.

¿Qué te pasa, mar, que huyes,
y a ti, Jordán, que te echas atrás?
¿Y a vosotros, montes, que saltáis como carneros;
colinas, que saltáis como corderos?

En presencia del Señor se estremece la tierra,
en presencia del Dios de Jacob;
que transforma las peñas en estanques,
el pedernal en manantiales de agua.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Venid a ver el sitio donde yacía el Señor. Ale-
luya.

Ant. 3. Jesús dijo: «No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me veréis». Aleluya.

El cántico siguiente se dice con Aleluya, tal como está aquí, solamente cuando el Oficio es cantado. Cuando el Oficio se dice sin canto es suficiente decir Aleluya solo al principio y al final de cada estrofa.

Cántico

Cf. Ap 19, 1-2. 5-7

Aleluya.

La salvación y la gloria y el poder son de nuestro Dios,
(R. Aleluya).

porque sus juicios son verdaderos y justos.

R. Aleluya, (aleluya).

Aleluya.

Alabad al Señor, sus siervos todos,

(R. Aleluya).

los que le teméis, pequeños y grandes.

R. Aleluya, (aleluya).

Aleluya.

Porque reina el Señor, nuestro Dios, dueño de todo,

(R. Aleluya).

alegrémonos y gocemos y démosle gracias.

R. Aleluya, (aleluya).

Aleluya.

Llegó la boda del Cordero,

(R. Aleluya).

su esposa se ha embellecido.

R. Aleluya, (aleluya).

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Jesús dijo: «No tengáis miedo: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me veréis». Aleluya.

Lectura breve

Heb 10, 12-14

CRISTO ofreció por los pecados, para siempre jamás, un solo sacrificio; está sentado a la derecha de Dios y espera el tiempo que falta hasta que sus enemigos sean puestos como estrado de sus pies. Con una sola ofrenda ha perfeccionado para siempre a los que van siendo consagrados.

En lugar del responsorio breve, se dice:

Ant. Este es el día en que actuó el Señor, sea nuestra alegría y nuestro gozo. Aleluya.

Cántico evangélico

Ant. Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Aleluya.

Magnificat

Lc 1, 46-55

Alegría del alma en el Señor

Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
 acordándose de la misericordia
 —como lo había prometido a nuestros padres—
 en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
 Como era en el principio, ahora y siempre,
 por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas, y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Aleluya.

Preces

Oremos a Cristo, el Señor, que murió y resucitó, y ahora intercede por nosotros, y digámosle:
Cristo, Rey victorioso, escucha nuestra oración.

1. Cristo, luz y salvación de todos los pueblos,
 — derrama el fuego del Espíritu Santo sobre los que has querido que fueran testigos de tu resurrección en el mundo.
2. Que el pueblo de Israel te reconozca como el Mesías de su esperanza
 — y la tierra toda se llene del conocimiento de tu gloria.
3. Consérvanos, Señor, en la comunión de tu Iglesia
 — y haz que esta Iglesia progrese cada día hacia la plenitud que tú le preparas.
4. Tú que has vencido la muerte, nuestro enemigo,
 destruye en nosotros el poder del mal, tu enemigo,
 — para que vivamos siempre para ti, vencedor inmortal.
5. Cristo Salvador, tú que te sometiste incluso a la muerte y has sido levantado a la derecha del Padre,
 — recibe en tu reino glorioso a nuestros hermanos difuntos.

Padre nuestro.

Oración

OH, Dios,
que en este día, vencida la muerte,
nos has abierto las puertas de la eternidad
por medio de tu Unigénito,
concede, a quienes celebramos
la solemnidad de la resurrección del Señor,
que, renovados por tu Espíritu,
resucitemos a la luz de la vida.
Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo,
que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios
por los siglos de los siglos.

R. Amén.

Conclusión

V. El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

ÍNDICE

LECTURAS DE LA MISA DEL DÍA

Primera lectura

Hch 10, 34a. 37-43

Hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles.

EN aquellos días, Pedro tomó la palabra y dijo: «Vosotros conocéis lo que sucedió en toda Judea, comenzando por Galilea, después del bautismo que predicó Juan. Me refiero a Jesús de Nazaret, ungido por Dios con la fuerza del Espíritu Santo, que pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén. A este lo mataron, colgándolo de un madero. Pero Dios lo resucitó al tercer día y le concedió la gracia de manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos designados por Dios: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de su resurrección de entre los muertos. Nos encargó predicar al pueblo, dando solemne testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. De él dan testimonio todos los profetas: que todos los que creen en él reciben, por su nombre, el perdón de los pecados».

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Salmo responsorial

Sal 117, 1-2. 16-17. 22-23 (R : 24)

R. Este es el día que hizo el Señor: sea nuestra alegría y nuestro gozo.

O bien:

R. Aleluya.

V. Dad gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia. Diga la casa de Israel: eterna es su misericordia. *R.*

✠. «La diestra del Señor es poderosa, la diestra del Señor es excelsa». No he de morir, viviré para contar las hazañas del Señor. *R.*

✠. La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular. Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente. *R.*

Segunda lectura (opción 1)

Col 3, 1-4

Buscad los bienes de allá arriba, donde está Cristo

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Colosenses.

HERMANOS: Si habéis resucitado con Cristo, buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra. Porque habéis muerto; y vuestra vida está con Cristo escondida en Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos, juntamente con él.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Segunda lectura (opción 2)

1 Cor 5, 6b-8

Barred la levadura vieja para ser una masa nueva

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios.

HERMANOS: ¿No sabéis que un poco de levadura fermenta toda la masa? Barred la levadura vieja para ser una masa nueva, ya que sois panes ácidos. Porque ha sido inmolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así, pues, celebremos la Pascua, no con levadura vieja (levadura de corrupción y de maldad), sino con los panes ácidos de la sinceridad y la verdad.

Palabra de Dios.

R. Te alabamos, Señor.

Secuencia

Hoy es obligatorio decir la Secuencia. Los días dentro de la Octava es potestativo.

Ofrezcan los cristianos ofrendas de alabanza a gloria de la Víctima propicia de la Pascua. Cordero sin pecado que a las ovejas salva, a Dios y a los culpables unió con nueva alianza. Lucharon vida y muerte en singular batalla, y, muerto el que es la Vida, triunfante se levanta. «¿Qué has visto de camino, María, en la mañana?» «A mi Señor glorioso, la tumba abandonada, los ángeles testigos, sudarios y mortaja. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Venid a Galilea, allí el Señor aguarda; allí veréis los suyos la gloria de la Pascua». Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia que estás resucitado; la muerte en ti no manda. Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da a tus fieles parte en tu victoria santa.

Aleluya

Cf. 1 Cor 5, 7b-8a

℟. Aleluya, aleluya, aleluya.

℣. Ha sido inolada nuestra víctima pascual: Cristo. Así, pues, celebremos la Pascua en el Señor. ℟.

En lugar del Evangelio propuesto a continuación puede leerse el de la [Vigilia pascual](#) (Mt 28, 1-10).

En las Misas vespertinas puede leerse el Evangelio del [pasaje de Emaús](#) (Lc 24, 13-35).

Evangelio

℣. El Señor esté con vosotros.

℟. Y con tu espíritu.

(Opción 1)

Jn 20, 1-9

Él había de resucitar de entre los muertos

℣. Lectura del santo Evangelio según san Juan.

℟. Gloria a ti, Señor.

EL primer día de la semana, María la Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quitada del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaban Simón Pedro y el otro discípulo, a quien Jesús amaba, y les dijo: «Se han llevado del sepulcro al Señor y no sabemos dónde lo han puesto». Salieron Pedro y el otro discípulo camino del sepulcro. Los dos corrían juntos, pero el otro discípulo corría más que Pedro; se adelantó y llegó primero al sepulcro; e, inclinándose, vio los lienzos tendidos; pero no entró. Llegó también Simón Pedro detrás de él y entró en el sepulcro: vio los lienzos tendidos y el sudario con que le habían cubierto la cabeza, no con los lienzos, sino enrollado en un sitio aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro; vio y creyó. Pues hasta entonces no habían entendido la Escritura: que él había de resucitar de entre los muertos.

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

(Opción 2)

Mt 28, 1-10

Ha resucitado y va por delante de vosotros a Galilea

✠. Lectura del santo Evangelio según san Mateo.

℟. Gloria a ti, Señor.

PASADO el sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima. Su aspecto era de relámpago y su vestido blanco como la nieve; los centinelas temblaron de miedo y quedaron como muertos. El ángel habló a las mujeres: «Vosotras no temáis, ya sé que buscáis a Jesús el crucificado. No está aquí: ¡ha resucitado!, como había dicho. Venid a ver el sitio donde yacía e id aprisa a decir a sus discípulos: “Ha resucitado de entre los muertos y va por delante de vosotros a Galilea. Allí lo veréis”. Mirad, os lo he anunciado». Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán».

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

(Opcional para las Misas vespertinas)

Lc 24, 13-35

Quédate con nosotros, porque atardece

℣. Lectura del santo Evangelio según san Lucas.

℟. Gloria a ti, Señor.

AQUEL mismo día (el primero de la semana), dos de los discípulos de Jesús iban caminando a una aldea llamada Emaús, distante de Jerusalén unos sesenta estadios; iban conversando entre ellos de todo lo que había sucedido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: «¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». Entonces él les dijo: «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías padeciera esto y entrara así en su gloria?». Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que se refería a él en todas las Escrituras. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló

que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?». Y, levantándose en aquel momento, se volvieron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los Once con sus compañeros, que estaban diciendo: «Era verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón». Y ellos contaron lo que les había pasado por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Palabra del Señor.

℟. Gloria a ti, Señor Jesús.

ÍNDICE

II

CELEBRACIONES PARA LA SEMANA SANTA EN LAS COMUNIDADES Y FAMILIAS

Domingo 5 de abril A.D. 2020

1. DOMINGO DE RAMOS EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Invocación inicial

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

Monición inicial

El guía:

En estas circunstancias excepcionales que vivimos, nos disponemos a acompañar al Señor en su entrada triunfal en Jerusalén. El camino que vamos a recorrer durante esta Semana Santa nos conducirá de la muerte a la vida, de la Pasión a la Pascua. Un camino que haremos unidos especialmente a nuestros hermanos que sufren las consecuencias de la pandemia que nos afecta, para que todos avivemos la esperanza que nos viene de la próxima Pascua.

Por este motivo, recordando con fe y devoción la entrada salvadora de Jesús en Jerusalén, escuchemos la Palabra del Señor para que, participando de su cruz por la gracia merezcamos un día tener parte en su resurrección y vida.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Mt 21, 1-11

Bendito el que viene en nombre del Señor

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

CUANDO se acercaban a Jerusalén y llegaron a Betfagé, en el monte de los Olivos, Jesús envió a dos discípulos diciéndoles:

«Id a la aldea de enfrente, encontraréis enseguida una borrica atada con su pollino, los desatáis y me los traéis. Si alguien os dice algo, contestadle que el Señor los necesita y los devolverá pronto».

Esto ocurrió para que se cumpliese lo dicho por medio del profeta:

«Decid a la hija de Sion:

“Mira a tu rey, que viene a ti,
humilde, montado en una borrica,
en un pollino, hijo de acémila”».

Fueron los discípulos e hicieron lo que les había mandado Jesús: trajeron la borrica y el pollino, echaron encima sus mantos, y Jesús se montó. La multitud alfombró el camino con sus mantos; algunos cortaban ramas de árboles y alfombraban la calzada.

Y la gente que iba delante y detrás gritaba:

«¡“Hosanna” al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡“Hosanna” en las alturas!».

Al entrar en Jerusalén, toda la ciudad se sobresaltó preguntando:

«¿Quién es este?».

La multitud contestaba:

«Es el profeta Jesús, de Nazaret de Galilea».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Recordamos en silencio el texto que hemos proclamado.

Repetimos interiormente:

¡Bendito el que viene, como rey, en nombre del Señor!
¡Hosanna al Hijo de David!

Hacemos presente a todos aquellos hermanos nuestros con los que otros años compartíamos esta celebración en nuestras comunidades.

El guía:

También en este momento nosotros aclamamos al Señor:

℟. ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna en el cielo!

Salmo 46

- ℣. Pueblos todos, batid palmas,
aclamad a Dios con gritos de júbilo;
porque el Señor altísimo es terrible,
emperador de toda la tierra. ℟.
- ℣. Él nos somete los pueblos
y nos sojuzga las naciones;
él nos escogió por heredad suya:
gloria de Jacob, su amado. ℟.
- ℣. Dios asciende entre aclamaciones;
el Señor, al son de trompetas:
tocad para Dios, tocad;
tocad para nuestro Rey, tocad. ℟.
- ℣. Porque Dios es el rey del mundo:
tocad con maestría. ℟.
- ℣. Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta en su trono sagrado. ℟.

✠. Los príncipes de los gentiles se reúnen
 con el pueblo del Dios de Abrahán;
 porque de Dios son los grandes de la tierra,
 y él es excelso. ✠.

Oración universal

El guía:

Pidamos ahora a Dios Padre, que por nosotros entregó a su Hijo Jesús a la muerte y lo levantó sobre todo, como Mediador nuestro.

El lector:

— Por la Iglesia, que se prepara para celebrar los misterios de la Pasión, muerte y resurrección de Cristo; que, unida a Él, como a su esposo, se vea renovada en la caridad y proponga siempre a los hombres la salvación que viene de la cruz gloriosa de Cristo. Roguemos al Señor.

— Por las víctimas y afectados por el coronavirus; por los científicos, por el personal sanitario, por los cuerpos y fuerzas de seguridad y por todos aquellos que, desde su puesto de trabajo, posibilitan el funcionamiento de los servicios elementales para el bien común; y por todos aquellos voluntarios que, con generosidad, ejercen la caridad como el primero de los bienes, especialmente con los más necesitados. Roguemos al Señor.

— Para que el Señor siga fijando sus ojos en muchos niños y jóvenes de nuestras parroquias que, siguiendo la llamada al sacerdocio, continúen transmitiendo su mensaje de salvación y misericordia a los hombres de nuestro tiempo. Roguemos al Señor.

— Por nosotros, que nos disponemos a vivir estos días santos unidos a la cruz de Cristo, para que abramos nuestro corazón a su gracia y a su misericordia, y

por la celebración de su Misterio Pascual, renueve en nosotros el don de la vida nueva de hijos de Dios. Roguemos al Señor.

Se puede incluir alguna intención particular.

Oración dominical

El guía:

Concluamos nuestra oración como el Señor Jesús nos enseñó, llamando Padre a quien nos creó y nos salvó:

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

Oración final

El guía:

DIOS todopoderoso y eterno,
que hiciste que nuestro Salvador se encarnase
y soportara la cruz
para que imitemos su ejemplo de humildad,
concédenos, propicio,
aprender las enseñanzas de la pasión
y participar de la resurrección gloriosa.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

El guía dice, mientras todos hacen la señal de la cruz:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos:

Amén.

Lunes 6 de abril A.D. 2020

2. LUNES SANTO

Invocación inicial

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

El guía:

Dispongámonos a escuchar la Palabra de Dios acompañando a nuestros hermanos que están sufriendo las consecuencias de esta pandemia.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Jn 12, 1-11

Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

SEIS días antes de la Pascua, fue Jesús a Betania, donde vivía Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. Allí le ofrecieron una cena; Marta servía, y Lázaro era uno de los que estaban con él a la mesa. María tomó una libra de perfume de nardo, auténtico y costoso, le ungió a Jesús los pies y se los enjugó con su cabellera. Y la casa se llenó de la fragancia del perfume. Judas Iscariote, uno de sus discípulos, el que lo iba a entregar, dice:

«¿Por qué no se ha vendido este perfume por trescientos denarios para dárselos a los pobres?».

Esto lo dijo no porque le importasen los pobres, sino porque era un ladrón; y como tenía la bolsa, se llevaba de lo que iban echando.

Jesús dijo:

«Déjala; lo tenía guardado para el día de mi sepultura; porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis».

Una muchedumbre de judíos se enteró de que estaba allí y fueron no solo por Jesús, sino también para ver a Lázaro, al que había resucitado de entre los muertos. Los sumos sacerdotes decidieron matar también a Lázaro, porque muchos judíos, por su causa, se les iban y creían en Jesús.

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Se hace un momento de silencio reflexivo. Piensa por un momento en la escena del Evangelio y descubre con qué personaje te identificas, qué te sugiere la palabra de Jesús «porque a los pobres los tenéis siempre con vosotros» y pregúntate cómo cuidas a los que peor lo pasan en estos momentos.

Oración dominical

El guía:

Fieles a la recomendación del Salvador y siguiendo su divina enseñanza, nos atrevemos a decir:

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

Oración final

El guía:

CONCÉDENOS, Dios todopoderoso,
que, quienes desfallecemos
a causa de nuestra debilidad,
encontremos aliento en la pasión de tu Hijo Unigénito.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Todos:

Amén.

El guía dice, mientras todos hacen la señal de la cruz:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos:

Amén.

ÍNDICE

Martes 7 de abril A.D. 2020

3. MARTES SANTO

Invocación inicial

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

El guía:

Dispongámonos a escuchar la Palabra de Dios acompañando a nuestros hermanos que están sufriendo las consecuencias de esta pandemia.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Jn 13, 21-33. 36-38

Uno de vosotros me va a entregar... No cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

EN aquel tiempo, estando Jesús a la mesa con sus discípulos, se turbó en su espíritu y dio testimonio diciendo:

«En verdad, en verdad os digo: uno de vosotros me va a entregar».

Los discípulos se miraron unos a otros perplejos, por no saber de quién lo decía.

Uno de ellos, el que Jesús amaba, estaba reclinado a la mesa en el seno de Jesús. Simón Pedro le hizo señas para que averiguase por quién lo decía.

Entonces él, apoyándose en el pecho de Jesús, le preguntó:

«Señor, ¿quién es?».

Le contestó Jesús:

«Aquel a quien yo le dé este trozo de pan untado».

Y, untando el pan, se lo dio a Judas, hijo de Simón el Iscariote.

Detrás del pan, entró en él Satanás. Entonces Jesús le dijo:

«Lo que vas a hacer, hazlo pronto».

Ninguno de los comensales entendió a qué se refería.

Como Judas guardaba la bolsa, algunos suponían que Jesús le encargaba comprar lo necesario para la fiesta o dar algo a los pobres.

Judas, después de tomar el pan, salió inmediatamente.

Era de noche.

Cuando salió, dijo Jesús:

«Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, también

Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará.

Hijitos, me queda poco de estar con vosotros. Me

buscaréis, pero lo que dije a los judíos os lo digo ahora a vosotros:

“Donde yo voy no podéis venir vosotros”».

Simón Pedro le dijo:

«Señor, ¿adónde vas?».

Jesús le respondió:

«Adonde yo voy no me puedes seguir ahora, me seguirás más tarde».

Pedro replicó:

«Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daré mi vida por ti».

Jesús le contestó:

«¿Conque darás tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo: no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Se hace un momento de silencio reflexivo. Piensa por un momento en la escena del Evangelio y descubre con qué personaje te identificas, qué te sugieren las palabras de Pedro, confiado en sus solas fuerzas «Daré mi vida por ti», y la respuesta de Jesús, que le avisa de su debilidad «¿Conque darás tu vida por mí?». Esta situación que vivimos nos pone ante nuestras limitaciones y nos llama a poner nuestra confianza en Dios.

Oración dominical

El guía:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios, digamos con fiadamente la oración que Cristo nos enseñó:

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

Oración final

El guía:

DIOS todopoderoso y eterno,
concédenos participar de tal modo
en las celebraciones de la pasión del Señor,
que merezcamos tu perdón.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

El guía dice, mientras todos hacen la señal de la cruz:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos:

Amén.

Miércoles 8 de abril A.D. 2020

4. MIÉRCOLES SANTO

Invocación inicial

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

El guía:

Con la actitud que reflejan estas palabras de san Pablo «Al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo (...) porque él se ha hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz, (...) por eso es Señor, para gloria de Dios Padre», nos disponemos a escuchar la Palabra de Dios.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Mt 26, 14-25

El Hijo del hombre se va como está escrito; pero, ¡ay de aquel por quien es entregado!

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Mateo.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

EN aquel tiempo, uno de los Doce, llamado Judas Iscariote, fue a los sumos sacerdotes y les propuso: «¿Qué estáis dispuestos a darme si os lo entrego?». Ellos se ajustaron con él en treinta monedas de plata. Y desde entonces andaba buscando ocasión propicia para entregarlo.

El primer día de los Ácimos se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

«¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?».

Él contestó:

«Id a la ciudad, a casa de quien vosotros sabéis, y decidle: “El Maestro dice: mi hora está cerca; voy a celebrar la Pascua en tu casa con mis discípulos”».

Los discípulos cumplieron las instrucciones de Jesús y prepararon la Pascua.

Al atardecer se puso a la mesa con los Doce. Mientras comían dijo:

«En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar».

Ellos, muy entristecidos, se pusieron a preguntarle uno tras otro:

«¿Soy yo acaso, Señor?».

Él respondió:

«El que ha metido conmigo la mano en la fuente, ese me va a entregar. El Hijo del hombre se va como está escrito de él; pero, ¡ay de aquel por quien el Hijo del hombre es entregado!, ¡más le valdría a ese hombre no haber nacido!».

Entonces preguntó Judas, el que lo iba a entregar:

«¿Soy yo acaso, Maestro?».

Él respondió:

«Tú lo has dicho».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Se hace un momento de silencio reflexivo. Ante la escena del Evangelio que hemos proclamado, recuerda aquellas veces en las que traicionamos al Señor, intentando justificarnos: «¿Soy yo acaso, Señor?». Pidamos que esta situación que vivimos nos ayude a encontrarnos de nuevo con Él.

Oración dominical

El guía:

El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado; digamos con fe y esperanza:

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

Oración final

El guía:

OH, Dios que, para librarnos del poder del enemigo, quisiste que tu Hijo soportase por nosotros el suplicio de la cruz, concédenos a tus siervos alcanzar la gracia de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

El guía dice, mientras todos hacen la señal de la cruz:

El Señor nos bendiga,
nos guarde de todo mal
y nos lleve a la vida eterna.

Todos:

Amén.

Jueves 9 de abril A.D. 2020

5. JUEVES SANTO EN LA CENA DEL SEÑOR

Hora Santa

Esta oración se puede hacer entorno a un icono de Cristo, con alguna vela encendida para crear un ambiente de oración. Si alguna familia considera que es demasiado extensa haga la oración, elíjase una parte.

Ambientación:

Me dispongo a estar contigo, Señor.

Si se considera oportuno, se puede escuchar el canto de “Cerca de ti, Señor”.

El guía:

Hoy queremos acompañarte, Señor, como familia, en estos momentos que preceden a la entrega de tu vida por nuestra salvación. En estos tiempos de incertidumbre y zozobra queremos acoger y profundizar en los tres grandes regalos con que nos obsequias: la Eucaristía, el sacerdocio y el amor fraterno.

Disponnos a la oración en esta nuestra Iglesia doméstica. En este momento nos sentimos unidos a toda la Iglesia y a esta humanidad doliente, que vive con preocupación este momento singular de nuestra historia. Danos la gracia de disponer nuestra mente y nuestro corazón para estar contigo, dejando de lado otras distracciones.

Escucha de la Palabra de Dios

A continuación, se proclama el siguiente texto pausadamente:

EVANGELIO

Lc 22, 39-46

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Lucas.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

EN aquel tiempo, Jesús salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo:

«Orad, para no caer en tentación».

Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo:

«Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya».

Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba.

En medio de su angustia, oraba con más intensidad.

Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre.

Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza, y les dijo:

«¿Por qué dormís? Levantaos y orad, para no caer en tentación».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

El guía:

Reavivamos en nuestra mente esta escena evangélica.

Se deja un momento de silencio. Luego, el guía continúa:

Jesús, ante el momento definitivo de su vida, se rodea de los suyos y estos lo dejan solo, se duermen. ¡Cuántas veces nosotros te dejamos solo, Señor! Nuestras ocupaciones, gustos, aficiones nos ocupan muchos momentos de nuestro día. Encontramos tiempo para todo, menos para ti. La causa, Señor, es que en nuestra vida hay otras prioridades. Pero de repente, un pequeño virus, trastoca nuestros proyectos y nos llena de temor.

Hoy queremos acompañarte en oración antes de afrontar tu misión decisiva: entregar la vida por nuestra salvación.

Queremos que tú ilumines nuestra existencia y tantas situaciones y personas que necesitan, en este tiempo de modo especial, sentirse queridas por ti, a través de la acogida y de la cercanía que tus discípulos les brindemos.

Nos disponemos a este encuentro orando con estas súplicas.

Puede leer las súplicas un lector y responden todos. Conviene hacerlo despacio, dejando un breve silencio entre una y otra.

El lector:

Cuando todos te abandonan, cuando Judas te traiciona, cuando el Sanedrín prepara tu condena.

Todos:

Nosotros queremos estar contigo.

El lector:

Cuando los discípulos duermen.

Todos:

Nosotros queremos velar contigo.

El lector:

Cuando los soldados te prenden.

Todos:

Nosotros queremos defenderte.

El lector:

Cuando Pedro te niega tres veces.

Todos:

Nosotros queremos confesarte.

La siguiente oración pueden rezarla todos juntos o uno en voz alta despacio, dando tiempo a interiorizarla a los demás.

Señor Jesús,
en esta hora de silencio y de paz,
al adentrarnos en la noche de tu entrega,
en que las sombras de la inquietud se acercan,
queremos estar contigo
que nos amas hasta el extremo.

Tú has puesto para nosotros lo que tú eres;
nosotros ponemos ante ti lo que somos,
para adorarte en espíritu y en verdad.

En la intimidad profunda de esta noche santa,
en que tus palabras son tu testamento,
tu voluntad última, tu oración,
haz de nosotros amigos fieles,
discípulos verdaderos,
enamorado de tu amor.

Es noche de Alianza Nueva,
de banquete del Reino;
noche sacerdotal
en que del todo te consagras;
tiempo de orar y velar,
noche de gracia en que nos salvas.

Acepta, Señor, nuestra compañía en esta hora;
siembra en nosotros tu Evangelio
y haznos capaces de vivir contigo
y desde ti todas las cosas,
amando, como tú, hasta el extremo.

Ponemos ante ti el dolor y la soledad
de tantos hijos e hijas tuyos,
golpeados por el coronavirus
en este tiempo y danos la gracia
de sentir que tú estás con nosotros
y entregas tu vida por nosotros tus hijos.

PRIMER MOMENTO

*Esto es mi Cuerpo entregado
Oramos por el don de la Eucaristía*

El guía:

Hoy no hemos podido celebrar la Misa de la Cena del Señor, nos hemos unido a ella a través de los medios de comunicación.

En aquel memorial de la Pascua, sintetizaste toda tu vida en un pedazo de pan y un poco de vino, signo de tu vida entregada por amor: «Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el extremo».

Cada día en la Eucaristía te ofreces como alimento para nuestro peregrinar hacia la casa del Padre y para construir un mundo fraterno, humano y humanizador. Un alimento que nos alienta a caminar en santidad conscientes de que Dios lo pide todo, y lo que ofrece es la verdadera vida, la felicidad para la cual fuimos creados. Él nos quiere santos y no espera que nos conformemos con una existencia mediocre, aguada o licuada (GE 1).

¡Cuántas veces la Eucaristía no es el centro de nuestra vida! ¡Cuántas veces es profanada de palabra y de obra! ¡Cuántos olvidos de tu presencia en el Sagrario donde siempre nos esperas! ¡Cuántas veces convertimos en un rito vacío que no nos lleva a dar la vida en servicio a los hermanos, como haces tú con nosotros!

Hoy, Señor, queremos adorarte y darte gracias por quedarte con nosotros hecho pan de vida y vino de alegría para nuestro caminar, en este momento difícil para nuestro mundo. Queremos reparar, de algún modo, tantas ofensas y pedirte que no dejes de amarnos. Por eso, oramos juntos diciendo: Te damos gracias, Señor.

A continuación, lee un lector y responden todos.

El lector:

Por el Misterio Pascual de tu muerte y resurrección.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por el pan y el vino de la Eucaristía.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por haberte quedado con nosotros.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por haberte abajado y haber asumido nuestras debilidades.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por tu amor hasta la muerte.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por tu presencia permanente.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por la fuerza de tu resurrección.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El lector:

Por el aliento de tu Espíritu.

Todos:

Te damos gracias, Señor.

El guía:

Señor Jesús, tenemos mucho que agradecerte. Vivimos hoy como comunidad, como Iglesia, gracias a la Eucaristía actualizada por tus sacerdotes y prolongada en la práctica del amor fraterno, tan importante en este momento que nos ha tocado vivir. Enséñanos a valorar tu presencia en nuestros sagrarios, oasis para recuperar la esperanza. Haznos crecer en deseos de conocerte y permanecer junto a ti, para que nuestra norma de conducta sea siempre vivir en tu seguimiento, creciendo en santidad, dando frutos de bondad, de alegría, de perdón, de unidad y de fraternidad. Cuidando, como tú nos enseñaste, los pequeños detalles en la vida cotidiana y que hoy pueden ser la fuerza de esta humanidad golpeada por el coronavirus (cf. GE 143).

Permanecemos aquí, Señor, dejando que tu amor caliente nuestro frío corazón con tu vida hecha Pan de Eucaristía.

Un cristiano, como el sarmiento, solo puede tener vida si permanece unido a la vid. Solo tendremos vida si nos alimentamos de la savia nueva de Cristo, Pan de vida.

Se deja un momento de silencio.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Jn 6, 33-34. 36-39

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

EN aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos: «El pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo».

Entonces le dijeron:

«Señor, danos siempre de este pan».

Jesús les contestó: «Como os he dicho, me habéis visto y no creéis. Todo lo que me da el Padre vendrá a mí, y al que venga a mí no lo echaré afuera, porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Esta es la voluntad del que me ha enviado: que no pierda nada de lo que me dio, sino que lo resucite en el último día».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

El guía:

Vivimos en un mundo absorbido por la utilidad y el pragmatismo. Solo nos preocupa el pan material, los bienes, el para qué sirve o cuánto gano con esto. Tener más, para gastar más y disfrutar más.

Jesús, en cambio, nos habla de un pan diferente que alimenta una vida nueva, una vida para siempre. Un pan que es su vida entregada por nosotros, para nuestra salvación.

Hoy también te decimos: «Señor, danos de este pan». Mejor, ayúdanos a descubrir que ese pan es la Eucaristía para que así recupere el lugar central que debe tener en nuestra vida. Que la valoremos y no vivamos regateando tiempo, despreocupados de entender lo que hacemos y por qué se hace.

Señor, que la Eucaristía sea el centro y culmen de nuestra vida, pero no lo único. Que ella nos lleve a comprender la necesidad de formarnos en la fe, para dar razón de lo que creemos y celebramos y testimoniarlo en el servicio a los hermanos. Que ella sea luz para que podamos comprender los tiempos de incertidumbre, de miedo y dolor como este que nos toca vivir. Que en ella encontremos fuerza para abrigarnos a la esperanza. Señor, a ti, hecho pan de Vida, te presentamos en este momento nuestros sentimientos y vivencias y las de nuestros hermanos; el dolor y la esperanza de este mundo que sufre y necesita de tu fuerza, de tu Pan de Vida.

Sigue un momento de silencio en el que cada uno presentamos al Señor, Eucaristía, nuestros sentimientos ante este momento que vivimos.

SEGUNDO MOMENTO

*Haced esto en memoria mía
Oramos por el don del sacerdocio*

El guía:

En este segundo momento oramos por los sacerdotes. «Haced esto en memoria mía», dijo el Señor a los suyos, en el transcurso de aquella cena pascual. Desde aquel instante los ministros de la Iglesia cumplen ese mandato en servicio de la comunidad presidiendo la Eucaristía, centro de la vida de la Iglesia y de todo cristiano.

El santo Cura de Ars se admiraba ante la grandeza del sacerdocio y llegó a decir que si no tuviésemos el sacramento del Orden sacerdotal, no tendríamos a nuestro Señor. ¿Quién le ha puesto ahí, en ese tabernáculo? El sacerdote. ¿Quién la alimenta para darle fuerza para hacer su peregrinación de la vida? El sacerdote. ¿Quién la preparará a presentarse ante Dios, lavando esta alma, por última vez, en la sangre de Jesucristo? El sacerdote. ¿Y si esta alma va a morir por el pecado, quién la resucitará?, ¿quién le devolverá la calma y la paz? Otra vez el sacerdote.

No os podéis acordar de una buena obra de Dios, sin encontrar al lado de este recuerdo a un sacerdote.

En estos días de alerta y confinamiento en nuestros hogares, muchos de nuestros sacerdotes, en los templos vacíos, oran por nosotros y nos presentan al Señor. Se desviven y arriesgan su vida en los hospitales al lado de los enfermos, cercanos a quien pierde un ser querido, alentando a tantos voluntarios que buscan aliviar el dolor de los que carecen de lo imprescindible para la vida. Ellos, tantas veces incomprendidos, son sembradores de esperanza con su disponibilidad para atender las necesidades espirituales de los que se lo piden y lo necesitan. El sacerdote es sembrador de esperanza estando al servicio de todos. Él, en estos momentos, al igual que Jesucristo, no puede retirarse, ni esconderse ante la cruz, sino que debe manifestar a la sociedad que la Iglesia también sale con ellos favoreciendo la vida. Especialmente mediante los sacramentos, a través de la Unción de enfermos, de la Penitencia, así como de la Eucaristía, aún celebrada en la soledad. A causa de sus miserias, entregan en silencio su vida, por la salud del mundo (cf. Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal Familia y defensa de la Vida, Jornada por la Vida de 25 de marzo de 2020).

En este momento, asombrémonos ante el don del sacerdocio y demos gracias a Dios orando por ellos diciendo todos juntos a cada súplica:

℟. Gracias, Señor, por tus sacerdotes.

El lector:

Te damos gracias, Señor, porque en la tarde del Jueves Santo instituiste el Sacramento del Orden para seguir presente en tu Iglesia como Pastor, Maestro y Pontífice de tu pueblo. ℟.

El lector:

Te damos gracias, Señor, porque en tus sacerdotes sigues presente en medio de nosotros predicando el amor de Dios, sus designios de salvación, y enseñando el camino del cielo y de la felicidad cada vez que predicán y nos exhortan. ℟.

El lector:

Te damos gracias, Señor, porque en tus sacerdotes sigues guiando a tu pueblo a través de la historia cada vez que nos reúnen como miembros de tu Iglesia, cada vez que nos libran de los falsos pastores y cada vez que nos alientan en los males que amenazan nuestra vida. ℟.

El lector:

Perdona, Señor, sus faltas y ayúdanos a comprender que llevan el tesoro de su vocación en un corazón de barro, y, que lo que son, es gracias a tu bondad y misericordia, y suscita en nuestras familias y comunidades vocaciones abundantes a buenos y santos sacerdotes. ℟.

El guía:

Ahora escuchemos la oración de Jesús por sus sacerdotes y, siguiendo su invitación a orar también nosotros, oremos al Padre por ellos. De modo especial hoy recordamos a aquellos que entregaron su vida sirviendo a

sus hermanos en esta crisis del coronavirus y a cuantos la exponen para llevar los auxilios de la salvación y la esperanza que nace de tu amor por nosotros.

Se deja un breve silencio y luego uno proclama el texto del Evangelio, la oración de Jesús por sus sacerdotes, de modo pausado.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Jn 17, 1a. 11b. 14-15. 20-21

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

EN aquel tiempo, Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo:

«Padre santo, guárdalos en tu nombre, a los que me has dado, para que sean uno, como nosotros. Yo les he dado tu palabra, y el mundo los ha odiado porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los retires del mundo, sino que los guardes del maligno.

No solo por ellos ruego, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me has enviado».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

El guía:

Jesús ora por los suyos a quienes ha llamado y les enviará a llevar su Buena Noticia por todo el mundo, siendo puentes de la salvación y de la gracia de Dios

para los hombres. En esta noche, al igual que Jesús, oremos por nuestros sacerdotes. Ellos, que tantas veces reciben nuestras críticas despiadadas, necesitan mucho más de nuestra oración para permanecer fieles en su debilidad, para no desalentarse ante las tentaciones del mundo, para promover la comunión y ser sembradores de esperanza cuando el temor nos invade. Señor, que estén encarnados en el mundo, pero que no se conviertan en mundanos.

Se deja un breve silencio para orar.

El guía:

El mundo necesita testigos de tu presencia, Señor, porque en la vida de muchos hombres, la fe en ti se ha apagado, el vacío y el miedo atenazan nuestras vidas. Nuestros sacerdotes a menudo se sienten impotentes ante la indiferencia que crece en tantos que se dicen cristianos y viven como paganos, preocupados únicamente por sus intereses y de aumentar su bienestar y su hacienda. En ocasiones ellos son tentados por el desaliento al no ver el fruto deseado y pueden caer en el lamento, el individualismo y la autorreferencialidad. Danos tu gracia para acompañarlos y que ellos se dejen acompañar, para caminar juntos y en la misma dirección con esperanza y alegría.

Suscita entre nosotros hombres generosos, capaces de olvidarse de sí mismos para poner sus vidas al servicio de los demás, sobre todo de aquellos que más lo necesitan, y que se entreguen con alegría al anuncio gozoso de tu Evangelio. Envía, Señor, sacerdotes santos a tu Iglesia. Sacerdotes que entreguen su vida por amor a sus fieles. Sacerdotes que los lleven hacia ti y sean puentes de comunión, no muros que separan, aíslan y dividen.

Después de un breve silencio de interiorización, el guía dice:

Meditamos y oramos un momento:

Damos gracias a Dios por nuestros Pastores, pedimos para que sean testigos de comunión en medio de la comunidad. Los presentamos ante el Señor con sus vidas y pedimos que no caigan en la mundanidad espiritual.

Nos sentimos también nosotros partícipes del sacerdocio de Cristo y llamados a construir, trabajando por el Reino de Dios, la unidad en nuestro mundo y llamados a ser portadores de esperanza desde la cercanía a quien se siente solo y desalentado.

Se deja un tiempo de silencio y oración.

Oración por los sacerdotes

Luego, el guía hace suya esta oración e invita a los miembros de la familia a orar por lo sacerdotes.

El lector:

Al santo padre el papa Francisco.

Todos:

Dale, Señor, tu corazón de Buen Pastor.

El lector:

A los sucesores de los Apóstoles.

Todos:

Dales, Señor, solicitud paternal por sus sacerdotes.

El lector:

Al obispo de nuestra diócesis, puesto por el Espíritu Santo.

Todos:

Compromételo con sus fieles, Señor.

El lector:

A los párrocos.

Todos:

Enséñales a servir y a no desear ser servidos, Señor.

El lector:

A los confesores y directores espirituales.

Todos:

Hazlos, Señor, instrumentos dóciles de tu Espíritu.

El lector:

A los que anuncian tu palabra.

Todos:

Que comuniquen espíritu y vida, Señor.

El lector:

A los asistentes del apostolado seglar,

Todos:

Que lo impulsen con su testimonio, Señor.

El lector:

A los que trabajan por la juventud.

Todos:

Que la comprometan contigo, Señor.

El lector:

A los que trabajan entre los pobres.

Todos:

Haz que te vean y te sirvan en ellos, Señor.

El lector:

A los que atienden a los enfermos.

Todos:

Que les enseñen el valor del sufrimiento, Señor.

El lector:

A los sacerdotes pobres.

Todos:

Socórrelos, Señor.

El lector:

A los sacerdotes enfermos.

Todos:

Sámalos, Señor.

El lector:

A los sacerdotes ancianos.

Todos:

Dales alegre esperanza, Señor.

El lector:

A los tristes y afligidos.

Todos:

Consuélalos, Señor.

El lector:

A los sacerdotes turbados.

Todos:

Dales tu paz, Señor.

El lector:

A los que están en crisis.

Todos:

Muéstrales tu camino, Señor.

El lector:

A los calumniados y perseguidos.

Todos:

Defiende su causa, Señor.

El lector:

A los sacerdotes tibios.

Todos:

Inflámales en el fuego de tu amor, Señor.

El lector:

A los desalentados.

Todos:

Reanímalos, Señor.

El lector:

A los que entregaron su vida sirviendo a los enfermos de esta pandemia.

Todos:

Acógelos en tu descanso, Señor.

El lector:

A los que aspiran al sacerdocio.

Todos:

Dales la perseverancia, Señor.

El lector:

A todos los sacerdotes.

Todos:

Dales fidelidad a ti y a tu Iglesia, Señor.

El lector:

A todos los sacerdotes.

Todos:

Dales obediencia y amor al papa, Señor.

El lector:

A todos los sacerdotes.

Todos:

Que vivan en comunión con su obispo, Señor.

El lector:

Que todos los sacerdotes.

Todos:

Sean uno como tú y el Padre, Señor.

El lector:

Que todos los sacerdotes.

Todos:

Promuevan la justicia con que tú eres justo.

El lector:

Que todos los sacerdotes.

Todos:

Sean vínculo de comunión con sus hermanos en el sacerdocio, Señor.

El lector:

Que todos los sacerdotes, llenos de ti.

Todos:

Vivan con alegría en el celibato, Señor.

El lector:

A todos los sacerdotes.

Todos:

Dales la plenitud de tu Espíritu y transfórmalos en ti, Señor.

TERCER MOMENTO

*Esto os mando, que os améis
Oramos por la fraternidad*

El guía:

La Eucaristía y el sacerdocio son dos grandes dones del Señor en esta víspera de la pasión y muerte de Jesús. Pero él, que pasó por el mundo haciendo el bien y se hizo pan partido para la vida del mundo, nos quiere servidores y que nos amemos como hermanos. Celebrar la Eucaristía implica vivir la comunión fraterna con los hermanos, de modo especial con los más necesitados, y entregarse a su servicio. El amor fraterno se alimenta de la vida entregada del Señor y le hace presente en el mundo al tiempo que descubre en cada hermano a su Señor. Supliquémos al Señor, en esta tarde, para que redescubramos con más fuerza la fraternidad que nos une.

Escucha de la Palabra de Dios

EVANGELIO

Jn 15, 9-17

El lector:

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del santo Evangelio según san Juan.

Todos:

Gloria a ti, Señor.

El lector:

EN aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Como el Padre me ha amado, así os he amado yo; permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; lo mismo que yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Os he hablado de esto para que mi alegría esté en vosotros, y vuestra alegría llegue a plenitud.

Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando. Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca. De modo que lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo dé. Esto os mando: que os améis unos a otros».

Palabra del Señor.

Todos:

Gloria a ti, Señor Jesús.

El guía:

Tu mensaje, Señor, resulta revolucionario en nuestro mundo donde cada uno va a lo suyo. Tú quieres que nos amemos, pero no de cualquier modo, sino como tú y el Padre os amáis. Para ello nos das tu Espíritu, admirable constructor de la unidad. En la Eucaristía nos hermanas alrededor de tu mesa y del pan de tu Cuerpo entregado, y nos dejas pastores que nos alienen en el camino de la comunión fraterna.

El mandamiento que nos das en este día es el del amor. La iniciativa parte de Jesús. Él nos amó primero. Su amor es una invitación, un punto de partida para el nuestro; y algo más, es gracia derramada que nos capacita para amar como él mismo nos amó. Su amor es el del Padre, su amor es el Espíritu Santo derramado en nuestros corazones.

Señor, enséñanos a mirar a cada persona con una mirada fraterna. Como ha dicho el papa Francisco el pasado 8 de marzo, las familias debemos vivir esta crisis sanitaria y humana con la fuerza de la fe, la certeza

de la esperanza y el fervor de la caridad. Llamados, en familia, a ser sembradoras de esperanza, construyendo y viviendo la Iglesia doméstica. La Iglesia está en casa, en el hogar, en la familia. Es momento de cuidarnos unos a otros y de practicar la misericordia dentro de la familia y con los más cercanos, empezando por esa maravillosa obra de misericordia que nos llama a “sufrir con paciencia los defectos del prójimo” (cf. Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal Familia y defensa de la Vida, Jornada por la Vida de 25 de marzo de 2020).

No permitas que nuestro corazón se cierre a tantas injusticias que nos rodean y a tantos hombres como sufren. Haz que sepamos reconocer en cada ser humano tu rostro vivo para que te adoremos y te sirvamos por medio de nuestra entrega y nuestra solidaridad.

Hoy, Señor, queremos orar por aquellos que entregan su vida para ayudarnos a superar esta situación de pandemia:

El lector:

Al personal sanitario, que está sembrando la esperanza con su entrega y buen hacer, practicando una medicina humanitaria capaz de defender la vida de los más débiles, acogidos, protegiéndolos y acompañándolos en su enfermedad, aún con el riesgo de sus vidas.

Todos:

Dales fortaleza, Señor.

El lector:

A los transportistas y cuantos con su trabajo en el sector de servicios hacen que el pan de cada día llegue a cada hogar.

Todos:

Guíalos y aliéntalos, Señor.

El lector:

A cuantos trabajan en los servicios de limpieza para protegernos del contagio de este terrible virus.

Todos:

Hazles llegar nuestra gratitud, Señor.

El lector:

A los hombres del campo y a las fuerzas de seguridad.

Todos:

Dales constancia, Señor.

El lector:

A los cuidadores de los enfermos y ancianos.

Todos:

Llénalos de tu misericordia, Señor.

El lector:

A los voluntarios que siguen manteniendo la acción caritativa entregando su vida para ayudar a los necesitados.

Todos:

Dales amor y compasión, Señor.

El lector:

A los científicos y a cuantos luchan por la vida.

Todos:

Ilumínalos, Señor.

El lector:

A los que, de modo silencioso, están cerca de quien les necesita.

Todos:

Premia su generosidad, Señor.

El lector:

A los abuelos, a los padres que cuidan de sus hijos, a los niños y a los jóvenes.

Todos:

Llénalos de tu generosidad y amor, Señor.

El lector:

A cuantos, en estos días, perdieron a un ser querido y vivieron este momento en la soledad.

Todos:

Dales la esperanza de tu resurrección, Señor.

El lector:

A cuantos han muerto a causa de esta pandemia.

Todos:

Acógelos en tu descanso, Señor.

El lector:

A todos nosotros, que no debemos olvidar que existe un Dios que cuida de nosotros y nos llama a cuidarnos como hermanos.

Todos:

Danos un corazón sensible a las necesidades del otro, Señor.

CONCLUSIÓN

Que sean uno para que el mundo crea

El guía:

Señor, entregaste tu vida por nuestra salvación y nos dejas el gran don de la Eucaristía, el sacerdocio y el amor fraterno, para prolongar en el mundo tu estilo de vida.

Al concluir este momento de oración, dirigimos nuestra mirada a tu Madre, que con el alma traspasada de dolor viviría estos momentos de tu Pasión, para que

ella interceda ante ti por todos nosotros, de modo especial por los más vulnerables y golpeados por esta pandemia, diciendo:

Y todos juntos dicen:

Bajo tu amparo nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no desoigas las súplicas
que te dirigimos
en nuestras necesidades,
antes bien
líbranos de todo peligro,
¡oh, Virgen gloriosa y bendita!
Amén.

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén

ÍNDICE

Viernes 10 de abril A.D. 2020

6. VIERNES SANTO EN LA PASIÓN DEL SEÑOR

Via crucis

Escrito por el Cardenal Joseph Ratzinger en 2005

Esta oración se puede hacer ante una cruz, un icono o imagen del Señor, acompañado de una vela encendida.

Introducción

El guía:

Ejercicio del santo via crucis.

Todos:

Por la señal de la Santa Cruz.

El guía:

Acto de contrición.

Todos:

Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío; por ser tú quien eres, bondad infinita, y porque te amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberte ofendido; también me pesa que puedas castigarme con las penas del infierno. Ayudado de tu divina gracia, propongo firmemente nunca más pecar, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Amén.

Monición inicial

El guía:

En esta meditación trataremos de seguir las huellas del Señor en el camino que va desde el pretorio de Pilato hasta el lugar llamado «calavera», el Gólgota en hebreo (cf. *Jn* 19, 17). El via crucis de nuestro Señor Jesucristo está históricamente vinculado a los sitios que él hubo de recorrer. Pero hoy día ha sido trasladado también a muchos otros lugares, donde los fieles del

Divino Maestro quieren seguirle en espíritu por las calles de Jerusalén. Habitualmente en nuestras iglesias las estaciones son catorce, como en Jerusalén entre el pretorio y la basílica del Santo Sepulcro. Ahora nos detendremos espiritualmente en estas estaciones, meditando en el misterio de Cristo cargando con la cruz. En este recorrido espiritual tengamos presentes de modo especial a cuantos cayeron bajo la cruz del dolor, de la marginación y de esta pandemia que sufrimos.

1.ª Estación: Jesús es condenado a muerte

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 22-23. 26

PILATO les preguntó: «¿Y qué hago con Jesús, llamado el Mesías?». Contestaron todos: «Sea crucificado». Pilato insistió: «Pues, ¿qué mal ha hecho?». Pero ellos gritaban más fuerte: «¡Sea crucificado!». Entonces les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que lo crucificaran.

El lector:

El Juez del mundo, que un día volverá a juzgarnos, está allí, humillado, deshonrado e indefenso delante del juez terreno. Pilato no es un monstruo de maldad. Sabe que este condenado es inocente; busca el modo de liberarlo. Pero su corazón está dividido. Y al final prefiere su posición personal, su propio interés, al derecho. También los hombres que gritan y piden la muerte de Jesús no son monstruos de maldad. Muchos de ellos, el día de Pentecostés, sentirán «el corazón compungido» (cf. *Hch* 2, 37), cuando Pedro les dirá:

«A Jesús el Nazareno, varón acreditado por Dios ante vosotros (...), lo matasteis, clavándolo a una cruz» (Hch 2, 22ss). Pero en aquel momento están sometidos a la influencia de la muchedumbre. Gritan, porque gritan los demás y como gritan los demás. Y así, la justicia es pisoteada por la bellaquería, por la pusilanimidad, por miedo a la prepotencia de la mentalidad dominante. La sutil voz de la conciencia es sofocada por el grito de la muchedumbre. La indecisión, el respeto humano dan fuerza al mal.

El guía:

Señor, has sido condenado a muerte porque el miedo al “qué dirán” ha sofocado la voz de la conciencia. Sucede siempre así a lo largo de la historia; los inocentes son maltratados, condenados y asesinados. Cuántas veces hemos preferido también nosotros el éxito a la verdad, nuestra reputación a la justicia. Da fuerza en nuestra vida a la sutil voz de la conciencia, a tu voz. Mírame como lo hiciste con Pedro después de la negación. Que tu mirada penetre en nuestras almas y nos indique el camino en nuestra vida. El día de Pentecostés has conmovido el corazón e infundido el don de la conversión a los que el Viernes Santo gritaron contra ti. De este modo nos has dado esperanza a todos. Danos también a nosotros de nuevo la gracia de la conversión.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, peque.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

2.ª Estación: Jesús carga con la cruz a cuestas

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 27-31

ENTONCES los soldados del gobernador se llevaron a Jesús al pretorio y reunieron alrededor de él a toda la cohorte: lo desnudaron y le pusieron un manto de color púrpura y trenzando una corona de espinas se la ciñeron a la cabeza y le pusieron una caña en la mano derecha. Y doblando ante él la rodilla, se burlaban de él diciendo: «¡Salve, rey de los judíos!». Luego le escupían, le quitaban la caña y le golpeaban con ella la cabeza. Y terminada la burla, le quitaron el manto, le pusieron su ropa y lo llevaron a crucificar.

El lector:

Jesús, condenado por declararse rey, es escarnecido, pero precisamente en la burla emerge cruelmente la verdad. ¡Cuántas veces los signos de poder ostentados por los potentes de este mundo son un insulto a la verdad, a la justicia y a la dignidad del hombre! Cuántas veces sus ceremonias y sus palabras grandilocuentes, en realidad, no son más que mentiras pomposas, una caricatura de la tarea a la que se deben por su oficio, el de ponerse al servicio del bien. Jesús, precisamente por ser escarnecido y llevar la corona del sufrimiento, es el verdadero rey. Su cetro es la justicia (cf. *Sal* 44, 7). El precio de la justicia es el sufrimiento en este mundo: él, el verdadero rey, no reina por medio de la violencia, sino a través del amor que sufre por nosotros

y con nosotros. Lleva sobre sí la cruz, nuestra cruz, el peso de ser hombres, el peso del mundo. Así es como nos precede y nos muestra cómo encontrar el camino para la vida eterna.

El guía:

Señor, te has dejado escarnecer y ultrajar. Ayúdanos a no unirnos a los que se burlan de quienes sufren o son débiles. Ayúdanos a reconocer tu rostro en los humillados y marginados. Ayúdanos a no desanimarnos ante las burlas del mundo cuando se ridiculiza la obediencia a tu voluntad. Tú has llevado la cruz y nos has invitado a seguirte por ese camino (cf. *Mt* 10, 38). Danos fuerza para aceptar la cruz, sin rechazarla; para no lamentarnos ni dejar que nuestros corazones se abatan ante las dificultades de la vida. Anímanos a recorrer el camino del amor y, aceptando sus exigencias, alcanzar la verdadera alegría.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

3.ª Estación: Jesús cae por primera vez

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del libro del profeta Isaías.

Is 53, 4-6

ÉL soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores; nosotros lo estimamos leproso, herido de Dios y humillado; pero él fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes.

Nuestro castigo saludable cayó sobre él, sus cicatrices nos curaron. Todos errábamos como ovejas, cada uno siguiendo su camino; y el Señor cargó sobre él todos nuestros crímenes.

El lector:

El hombre ha caído y cae siempre de nuevo: cuántas veces se convierte en una caricatura de sí mismo y, en vez de ser imagen de Dios, ridiculiza al Creador. ¿No es acaso la imagen por excelencia del hombre la de aquel que, bajando de Jerusalén a Jericó, cayó en manos de los salteadores que lo despojaron dejándolo medio muerto, sangrando al borde del camino? Jesús que cae bajo la cruz no es solo un hombre extenuado por la flagelación. El episodio resalta algo más profundo, como dice Pablo en la carta a los Filipenses: «Él, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz» (*Flp* 2, 6-8). En su caída bajo el peso de la cruz aparece todo el itinerario de Jesús: su humillación voluntaria para

liberarnos de nuestro orgullo. Subraya a la vez la naturaleza de nuestro orgullo: la soberbia que nos induce a querer emanciparnos de Dios, a ser solo nosotros mismos, sin necesidad del amor eterno y aspirando a ser los únicos artífices de nuestra vida. En esta rebelión contra la verdad, en este intento de hacernos dioses, nuestros propios creadores y jueces, nos hundimos y terminamos por autodestruirnos. La humillación de Jesús es la superación de nuestra soberbia: con su humillación nos ensalza. Dejemos que nos ensalce. Despojémonos de nuestra autosuficiencia, de nuestro engañoso afán de autonomía y aprendamos de él, del que se ha humillado, a encontrar nuestra verdadera grandeza, humillándonos y dirigiéndonos hacia Dios y los hermanos oprimidos.

El guía:

Señor Jesús, el peso de la cruz te ha hecho caer. El peso de nuestro pecado, el peso de nuestra soberbia, te derriba. Pero tu caída no es signo de un destino adverso, no es la pura y simple debilidad de quien es despreciado. Has querido venir a socorrernos porque a causa de nuestra soberbia yacemos en tierra. La soberbia de pensar que podemos forjarnos a nosotros mismos lleva a transformar al hombre en una especie de mercancía, que puede ser comprada y vendida, una reserva de material para nuestros experimentos, con los cuales esperamos superar por nosotros mismos la muerte, mientras que, en realidad, no hacemos más que mancillar cada vez más profundamente la dignidad humana. Señor, ayúdanos porque hemos caído. Ayúdanos a renunciar a nuestra soberbia destructiva y, aprendiendo de tu humildad, a levantarnos de nuevo.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

4.^a Estación: Jesús se encuentra con su madre

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Lucas.

Lc 2, 34-35. 51b

SIMEÓN los bendijo y dijo a María, su madre: «Este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten; y será como un signo de contradicción —y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones».

Su madre conservaba todo esto en su corazón.

El lector:

En el vía crucis de Jesús está también María, su Madre. Durante su vida pública debía retirarse para dejar que naciera la nueva familia de Jesús, la familia de sus discípulos. También hubo de oír estas palabras: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? (...) El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre» (Mt 12, 48b. 50). Y esto muestra que ella es la Madre de Jesús no solamente en el cuerpo, sino también en el corazón. Porque incluso antes de haberlo concebido en el vientre, con su obediencia lo había concebido en el corazón. Se le había dicho: «Concebirás en tu vientre

y darás a luz un hijo (...) Será grande (...), el Señor Dios le dará el trono de David, su padre» (*Lc* 1, 31ss). Pero poco más tarde el viejo Simeón le diría también: «y a ti misma una espada te traspasará el alma» (*Lc* 2, 35a). Esto le haría recordar palabras de los profetas como estas: «Maltratado, voluntariamente se humillaba y no abría boca: como cordero llevado al matadero» (*Is* 53, 7a). Ahora se hace realidad. En su corazón habrá guardado siempre la palabra que el ángel le había dicho cuando todo comenzó: «No temas, María» (*Lc* 1, 30a). Los discípulos han huido, ella no. Está allí, con el valor de la madre, con la fidelidad de la madre, con la bondad de la madre, y con su fe, que resiste en la oscuridad: «Bienaventurada la que ha creído» (*Lc* 1, 45a). «Pero, cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará esta fe en la tierra?» (*Lc* 18, 8b). Sí, ahora ya lo sabe: encontrará fe. Este es su gran consuelo en aquellos momentos.

El guía:

Santa María, Madre del Señor, has permanecido fiel cuando los discípulos huyeron. Al igual que creíste cuando el ángel te anunció lo que parecía increíble —que serías la madre del Altísimo— también has creído en el momento de su mayor humillación. Por eso, en la hora de la cruz, en la hora de la noche más oscura del mundo, te han convertido en la Madre de los creyentes, Madre de la Iglesia. Te rogamos que nos enseñes a creer y nos ayudes para que la fe nos impulse a servir y dar muestras de un amor que socorre y sabe compartir el sufrimiento.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

5.ª Estación: El Cireneo ayuda a Jesús a llevar la cruz

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 32; 16, 24

AL salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, y lo forzaron a llevar su cruz. Entonces dijo a los discípulos: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz y me siga».

El lector:

Simón de Cirene, de camino hacia casa volviendo del trabajo, se encuentra casualmente con aquella triste comitiva de condenados, un espectáculo quizás habitual para él. Los soldados usan su derecho de coacción y cargan al robusto campesino con la cruz. ¡Qué enojo debe haber sentido al verse improvisadamente implicado en el destino de aquellos condenados! Hace lo que debe hacer, ciertamente con mucha repugnancia. El evangelista Marcos menciona también a sus hijos, seguramente conocidos como cristianos, como miembros de aquella comunidad (cf. Mc 15, 21). Del encuentro involuntario ha brotado la fe. Acompañando a Jesús y compartiendo el peso de la cruz, el Cireneo comprendió que era una gracia poder caminar junto a este Crucificado y socorrerlo. El misterio de Jesús sufriente y mudo le ha llegado al corazón. Jesús, cuyo amor divino es lo único que podía y puede redimir a toda la humanidad, quiere que compartamos su cruz para completar lo que aún falta a sus padecimientos (cf. Col 1, 24). Cada vez que nos acercamos con bondad a quien sufre, a quien es perseguido o está indefenso,

compartiendo su sufrimiento, ayudamos a llevar la misma cruz de Jesús. Y así alcanzamos la salvación y podemos contribuir a la salvación del mundo.

El guía:

Señor, a Simón de Cirene le has abierto los ojos y el corazón, dándole, al compartir la cruz, la gracia de la fe. Ayúdanos a socorrer a nuestro prójimo que sufre, aunque esto contraste con nuestros proyectos y nuestras simpatías. Danos la gracia de reconocer como un don el poder compartir la cruz de los otros y experimentar que así caminamos contigo. Danos la gracia de reconocer con gozo que, precisamente compartiendo tu sufrimiento y los sufrimientos de este mundo, nos hacemos servidores de la salvación, y que así podemos ayudar a construir tu cuerpo, la Iglesia.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

6.ª Estación: La Verónica enjuga el rostro de Jesús

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del libro del profeta Isaías.

Is 53, 2b-3

SIN figura, sin belleza. Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado y evitado de los hombres, como un hombre de dolores, acostumbrado a sufrimientos, ante el cual se ocultaban los rostros, despreciado y desestimado.

Del libro de los Salmos.

Sal 26, 8-9

OIGO en mi corazón: «Buscad mi rostro». Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro. No rechaces con ira a tu siervo, que tú eres mi auxilio; no me deseches, no me abandones, Dios de mi salvación.

El lector:

«Tu rostro buscaré, Señor. No me escondas tu rostro» (*Sal 26, 8-9a*). Verónica (Berenice, según la tradición griega) encarna este anhelo que acomuna a todos los hombres píos del Antiguo Testamento, el anhelo de todos los creyentes de ver el rostro de Dios. Ella, en principio, en el via crucis de Jesús no hace más que prestar un servicio de bondad femenina: ofrece un paño a Jesús. No se deja contagiar ni por la brutalidad de los soldados, ni se deja inmovilizar por el miedo de los discípulos. Es la imagen de la mujer buena que, en la turbación y en la oscuridad del corazón, mantiene el brío de la bondad, sin permitir que su corazón se oscurezca. «Bienaventurados los limpios de corazón —había dicho el Señor en el Sermón de la montaña—, porque ellos verán a Dios» (*Mt 5, 8*). Inicialmente, Verónica ve solamente un rostro maltratado y marcado por el dolor. Pero el acto de amor imprime en su corazón la verdadera imagen de Jesús: en el rostro humano, lleno de sangre y heridas, ella ve el rostro de Dios y de su bondad, que nos acompaña también en el dolor más profundo. Únicamente podemos ver a Jesús con el corazón. Solamente el amor nos deja ver y nos hace puros. Solo el amor nos permite reconocer a Dios, que es el amor mismo.

El guía:

Danos, Señor, la inquietud del corazón que busca tu rostro. Protégenos de la oscuridad del corazón que ve solamente la superficie de las cosas. Danos la sencillez y la pureza que nos permiten ver tu presencia en el

mundo. Cuando no seamos capaces de cumplir grandes cosas, danos la fuerza de una bondad humilde. Graba tu rostro en nuestros corazones, para que así podamos encontrarte y mostrar al mundo tu imagen.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

7.ª Estación: Jesús cae por segunda vez

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del libro de las Lamentaciones.

Lam 3, 1-2. 9

YO soy el hombre que ha conocido el sufrimiento bajo la vara de su cólera; me ha conducido y llevado a la tiniebla y no a la luz. Ha cerrado mis caminos con sillares, ha retorcido mis sendas.

El lector:

La tradición de las tres caídas de Jesús y del peso de la cruz hace pensar en la caída de Adán —en nuestra condición de seres caídos— y en el misterio de la participación de Jesús en nuestra caída. Esta adquiere en la historia formas siempre nuevas. En su primera carta, san Juan habla de tres obstáculos para el hombre: la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos y la soberbia de la vida. Interpreta de este modo, desde la perspectiva de los vicios de su tiempo, con todos

sus excesos y perversiones, la caída del hombre y de la humanidad. Pero podemos pensar también en cómo la cristiandad, en la historia reciente, como cansándose de tener fe, ha abandonado al Señor: las grandes ideologías y la superficialidad del hombre que ya no cree en nada y se deja llevar simplemente por la corriente, han creado un nuevo paganismo, un paganismo peor ya que, queriendo olvidar definitivamente a Dios, ha terminado por desentenderse del hombre. El hombre, pues, está sumido en la tierra. El Señor lleva este peso y cae y cae, para poder venir a nuestro encuentro; él nos mira para que despierte nuestro corazón; cae para levantarnos.

El guía:

Señor Jesucristo, has llevado nuestro peso y continúas llevándolo. Es nuestra carga la que te hace caer. Pero levántanos tú, porque solos no podemos reincorporarnos. Líbranos del poder de la concupiscencia. En lugar de un corazón de piedra danos de nuevo un corazón de carne, un corazón capaz de ver. Destruye el poder de las ideologías, para que los hombres puedan reconocer que están entretejidas de mentiras. No permitas que el muro del materialismo llegue a ser insuperable. Haz que te reconozcamos de nuevo. Haznos sobrios y vigilantes para poder resistir a las fuerzas del mal y ayúdanos a reconocer las necesidades interiores y exteriores de los demás, a socorrerlos. Levántanos para poder levantar a los demás. Danos esperanza en medio de toda esta oscuridad, para que seamos portadores de esperanza para el mundo.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

8.ª Estación: Jesús encuentra a las mujeres de Jerusalén

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Lucas.

Lc 23, 28-31

JESÚS se volvió hacia ellas y les dijo: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos, porque mirad que vienen días en los que dirán: “Bienaventuradas las estériles y los vientres que no han dado a luz y los pechos que no han criado”. Entonces empezarán a decirles a los montes: “Caed sobre nosotros”, y a las colinas: “Cubridnos”; porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?».

El lector:

Oír a Jesús cuando exhorta a las mujeres de Jerusalén que lo siguen y lloran por él, nos hace reflexionar. ¿Cómo entenderlo? ¿Se tratará quizás de una advertencia ante una piedad puramente sentimental, que no llega a ser conversión y fe vivida? De nada sirve compadecer con palabras y sentimientos los sufrimientos de este mundo, si nuestra vida continúa como siempre. Por esto el Señor nos advierte del riesgo que corremos nosotros mismos. Nos muestra la gravedad del pecado y la seriedad del juicio. No obstante todas nuestras palabras de preocupación por el mal y los sufrimientos de los inocentes, ¿no estamos tal vez demasiado inclinados a dar escasa importancia al misterio del mal? En la imagen de Dios y de Jesús al final de los tiempos, ¿no vemos quizás únicamente el aspecto dulce y amoroso, mientras descuidamos tranquilamente el aspecto del juicio? ¿Cómo podrá Dios —pensamos— hacer de nuestra debilidad un drama? ¡Somos solamente

hombres! Pero ante los sufrimientos del Hijo vemos toda la gravedad del pecado y cómo debe ser expiado del todo para poder superarlo. No se puede seguir quitando importancia al mal contemplando la imagen del Señor que sufre. También él nos dice: «No lloréis por mí, llorad por vosotros (...) porque, si esto hacen con el leño verde, ¿qué harán con el seco?».

El guía:

Señor, a las mujeres que lloran les has hablado de penitencia, del día del juicio cuando nos encontremos en tu presencia, en presencia del Juez del mundo. Nos llamas a superar una concepción del mal como algo banal, con la cual nos tranquilizamos para poder continuar nuestra vida de siempre. Nos muestras la gravedad de nuestra responsabilidad, el peligro de encontrarnos culpables y estériles en el juicio. Haz que caminemos junto a ti sin limitarnos a ofrecerte solo palabras de compasión. Conviértenos y danos una vida nueva; no permitas que, al final, nos quedemos como el leño seco, sino que lleguemos a ser sarmientos vivos en ti, la vid verdadera, y que produzcamos frutos para la vida eterna (cf. *Jn* 15, 1-10).

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

9.ª Estación: Jesús cae por tercera vez

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del libro de las Lamentaciones.

Lam 3, 27-32

ES bueno que el hombre cargue con el yugo desde su juventud. Siéntese solo y silencioso cuando el Señor se lo impone; ponga su boca en el polvo, quizá haya esperanza; ponga la mejilla al que lo maltrata y se harte de oprobios. Porque el Señor no rechaza para siempre; y si hace sufrir, se compadece conforme a su inmensa bondad.

El lector:

¿Qué puede decirnos la tercera caída de Jesús bajo el peso de la cruz? Quizás nos hace pensar en la caída de los hombres, en que muchos se alejan de Cristo, en la tendencia a un secularismo sin Dios. Pero, ¿no deberíamos pensar también en lo que debe sufrir Cristo en su propia Iglesia? En cuántas veces se abusa del sacramento de su presencia, y en el vacío y maldad de corazón donde entra a menudo. ¡Cuántas veces celebramos solo nosotros sin darnos cuenta de él! ¡Cuántas veces se deforma y se abusa de su Palabra! ¡Qué poca fe hay en muchas teorías, cuántas palabras vacías! ¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él! ¡Cuánta soberbia, cuánta autosuficiencia! ¡Qué poco respetamos el sacramento de la Reconciliación, en el cual él nos espera para levantarnos de nuestras caídas! También esto está presente en su pasión. La traición de los discípulos, la recepción indigna de su Cuerpo y de su Sangre, es ciertamente el mayor dolor del Redentor, el que le traspasa el corazón. No nos queda más que gritarle desde lo profundo del alma: *Kyrie, eleison* — Señor, sálvanos (cf. *Mt 8, 25*).

El guía:

Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace aguas por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruma su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los empañamos nosotros mismos. Nosotros, quienes te traicionamos, no obstante los gestos ampulosos y las palabras altisonantes. Ten piedad de tu Iglesia: también en ella Adán, el hombre, cae una y otra vez. Al caer, quedamos en tierra y Satanás se alegra, porque espera que ya nunca podamos levantarnos; espera que tú, siendo arrastrado en la caída de tu Iglesia, quedes abatido para siempre. Pero tú te levantarás. Tú te has reincorporado, has resucitado y puedes levantarnos. Salva y santifica a tu Iglesia. Sálvanos y santifícanos a todos.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

10.ª Estación: Jesús es despojado de sus vestiduras

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 33-36

CUANDO llegaron al lugar llamado Gólgota (que quiere decir lugar de «la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; él lo probó, pero no

quiso beberlo. Después de crucificarlo, se repartieron su ropa echándola a suertes y luego se sentaron a custodiarlo.

El lector:

Jesús es despojado de sus vestiduras. El vestido confiere al hombre una posición social; indica su lugar en la sociedad, le hace ser alguien. Ser desnudado en público significa que Jesús no es nadie, no es más que un marginado, despreciado por todos. El momento de despojarlo nos recuerda también la expulsión del paraíso: ha desaparecido en el hombre el esplendor de Dios y ahora se encuentra en mundo desnudo y al descubierto, y se avergüenza. Jesús asume una vez más la situación del hombre caído. Jesús despojado nos recuerda que todos nosotros hemos perdido la “primera vestidura” y, por tanto, el esplendor de Dios. Al pie de la cruz los soldados echan a suerte sus miserables pertenencias, sus vestidos. Los evangelistas lo relatan con palabras tomadas del Salmo 21, 19 y nos indican así lo que Jesús dirá a los discípulos de Emaús: todo se cumplió «según las Escrituras». Nada es pura coincidencia, todo lo que sucede está dicho en la Palabra de Dios, confirmado por su designio divino. El Señor experimenta todas las fases y grados de la perdición de los hombres, y cada uno de ellos, no obstante su amargura, son un paso de la redención: así devuelve él a casa la oveja perdida. Recordemos también que Juan precisa el objeto del sorteo: la túnica de Jesús, «tejida toda de una pieza de arriba abajo» (*Jn* 19, 23b). Podemos considerarlo una referencia a la vestidura del sumo sacerdote, que era “de una sola pieza”, sin costuras (Flavio Josefo, *Ant. jud.*, III, 161). Este, el Crucificado, es de hecho el verdadero sumo sacerdote.

El guía:

Señor Jesús, has sido despojado de tus vestiduras, expuesto a la deshonra, expulsado de la sociedad. Te has cargado de la deshonra de Adán, sanándolo. Te has cargado con los sufrimientos y necesidades de los pobres, aquellos que están excluidos del mundo. Pero es exactamente así como cumples la palabra de los profetas. Es así como das significado a lo que aparece privado de significado. Es así como nos haces reconocer que tu Padre te tiene en sus manos, a ti, a nosotros y al mundo. Concédenos un profundo respeto hacia el hombre en todas las fases de su existencia y en todas las situaciones en las cuales lo encontramos. Danos el traje de la luz de tu gracia.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

11.ª Estación: Jesús es clavado en la cruz

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 37-42

ENCIMA de la cabeza colocaron un letrero con la acusación: «Este es Jesús, el rey de los judíos». Crucificaron con él a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. Los que pasaban, lo injuriaban, y meneando la cabeza, decían: «Tú que destruyes el

templo y lo reconstruyes en tres días, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Igualmente los sumos sacerdotes con los escribas y los ancianos se burlaban también diciendo: «A otros ha salvado y él no se puede salvar. ¡Es el Rey de Israel!, que baje ahora de la cruz y le creeremos».

El lector:

Jesús es clavado en la cruz. La Sábana Santa de Turín nos permite hacernos una idea de la increíble crueldad de este procedimiento. Jesús no bebió el calmante que le ofrecieron: asume conscientemente todo el dolor de la crucifixión. Su cuerpo está martirizado; se han cumplido las palabras del Salmo: «Yo soy un gusano, no un hombre, vergüenza de la gente, desprecio del pueblo» (*Sal 21, 27*). «Lo vimos sin aspecto atrayente, despreciado (...) Él soportó nuestros sufrimientos y aguantó nuestros dolores» (*Is 53, 3ss*). Detengámonos ante esta imagen de dolor, ante el Hijo de Dios sufriendo. Mirémosle en los momentos de satisfacción y gozo, para aprender a respetar sus límites y a ver la superficialidad de todos los bienes puramente materiales. Mirémosle en los momentos de adversidad y angustia, para reconocer que precisamente así estamos cerca de Dios. Tratemos de descubrir su rostro en aquellos que tendemos a despreciar. Ante el Señor condenado, que no quiere usar su poder para descender de la cruz, sino que más bien soportó el sufrimiento de la cruz hasta el final, podemos hacer aún otra reflexión. Ignacio de Antioquía, encadenado por su fe en el Señor, elogió a los cristianos de Esmirna por su fe inamovible: dice que estaban, por así decir, clavados con la carne y la sangre a la cruz del Señor Jesucristo (1, 1). Dejémosnos clavar a él, no cediendo a ninguna tentación de apartarnos, ni a las burlas que nos inducen a darle la espalda.

El guía:

Señor Jesucristo, te has dejado clavar en la cruz, aceptando la terrible crueldad de este dolor, la destrucción de tu cuerpo y de tu dignidad. Te has dejado clavar, has sufrido sin evasivas ni compromisos. Ayúdanos a no desertar ante lo que debemos hacer. A unirnos estrechamente a ti. A desenmascarar la falsa libertad que nos quiere alejar de ti. Ayúdanos a aceptar tu libertad comprometida y a encontrar en la estrecha unión contigo la verdadera libertad.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

12.ª Estación: Jesús muere en la cruz

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Juan.

Jn 19, 19-20

PILATO escribió un letrero y lo puso encima de la cruz; en él estaba escrito: «Jesús, el Nazareno, el rey de los judíos». Leyeron el letrero muchos judíos, porque estaba cerca el lugar donde crucificaron a Jesús, y estaba escrito en hebreo, latín y griego.

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 45-50. 54

DESDE la hora sexta hasta la hora nona vinieron tinieblas sobre toda la tierra. A la hora nona, Jesús gritó con voz potente: «Elí, Elí, lemá sabaktaní» (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»). Al oírlo algunos de los que estaban allí dijeron: «Está llamando a Elías». Enseguida uno de ellos fue corriendo, cogió una esponja empapada en vinagre y, sujetándola en una caña, le dio de beber. Los demás decían: «Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo». Jesús, gritando de nuevo con voz potente, exhaló el espíritu. El centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrorizados: «Verdaderamente este era Hijo de Dios».

El lector:

Sobre la cruz (en las dos lenguas del mundo de entonces, el griego y el latín, y en la lengua del pueblo elegido, el hebreo) está escrito quién es Jesús: el Rey de los judíos, el Hijo prometido de David. Pilato, el juez injusto, ha sido profeta a su pesar. Ante la opinión pública mundial se proclama la realeza de Jesús. Él mismo había declinado el título de Mesías porque habría dado a entender una idea errónea, humana, de poder y salvación. Pero ahora el título puede aparecer escrito públicamente encima del Crucificado. Efectivamente, él es verdaderamente el rey del mundo. Ahora ha sido realmente «ensalzado». En su descendimiento, ascendió. Ahora ha cumplido radicalmente el mandamiento del amor, ha cumplido el ofrecimiento de sí mismo y, de este modo, manifiesta al verdadero Dios, al Dios que es amor. Ahora sabemos que es Dios. Sabemos cómo es la verdadera realeza. Jesús recita el Salmo 21, que comienza con estas palabras: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (*Sal* 21, 2ab). Asume en sí a todo el Israel sufriente, a toda la humanidad que padece, el drama de la oscuridad de Dios, manifestando

de este modo a Dios justamente donde parece estar definitivamente vencido y ausente. La cruz de Jesús es un acontecimiento cósmico. El mundo se oscurece cuando el Hijo de Dios padece la muerte. La tierra tiembla. Y junto a la cruz nace la Iglesia en el ámbito de los paganos. El centurión romano reconoce y entiende que Jesús es el Hijo de Dios. Desde la cruz, él triunfa siempre de nuevo.

El guía:

Señor Jesucristo, en la hora de tu muerte se oscureció el sol. Constantemente estás siendo clavado en la cruz. En este momento histórico vivimos en la oscuridad de Dios. Por el gran sufrimiento, y por la maldad de los hombres, el rostro de Dios, tu rostro, aparece difuminado, irreconocible. Pero en la cruz te has hecho reconocer. Porque eres el que sufre y el que ama, eres el que ha sido ensalzado. Precisamente desde allí has triunfado. En esta hora de oscuridad y turbación, ayúdanos a reconocer tu rostro. A creer en ti y a seguirte en el momento de la necesidad y de las tinieblas. Muéstrate de nuevo al mundo en esta hora. Haz que se manifieste tu salvación.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

13.^a Estación: Jesús es bajado de la cruz y entregado a su Madre

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 54-56

EL centurión y sus hombres, que custodiaban a Jesús, al ver el terremoto y lo que pasaba, dijeron aterrizados: «Verdaderamente este era Hijo de Dios». Había allí muchas mujeres que miraban desde lejos, aquellas que habían seguido a Jesús desde Galilea para servirlo; entre ellas, María la Magdalena y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

El lector:

Jesús está muerto, de su corazón traspasado por la lanza del soldado romano mana sangre y agua: misteriosa imagen del caudal de los sacramentos, del Bautismo y de la Eucaristía, de los cuales, por la fuerza del corazón traspasado del Señor, renace siempre la Iglesia. A él no le quiebran las piernas como a los otros dos crucificados; así se manifiesta como el verdadero cordero pascual, al cual no se le debe quebrantar ningún hueso (cf. Éx 12, 46). Y ahora que ha soportado todo, se ve que, a pesar de toda la turbación del corazón, a pesar del poder del odio y de la ruindad, él no está solo. Están los fieles. Al pie de la cruz estaba María, su Madre, la hermana de su Madre, María, María Magdalena y el discípulo que él amaba. Llega también un hombre rico, José de Arimatea: el rico logra pasar por el ojo de la aguja, porque Dios le da la gracia. Entierra a Jesús en su tumba aún sin estrenar, en un jardín: donde Jesús

es enterrado, el cementerio se transforma en un vergel, el jardín del que había sido expulsado Adán cuando se alejó de la plenitud de la vida, de su Creador. El sepulcro en el jardín manifiesta que el dominio de la muerte está a punto de terminar. Y llega también un miembro del Sanedrín, Nicodemo, al que Jesús había anunciado el misterio del renacer por el agua y el Espíritu. También en el sanedrín, que había decidido su muerte, hay alguien que cree, que conoce y reconoce a Jesús después de su muerte. En la hora del gran luto, de la gran oscuridad y de la desesperación, surge misteriosamente la luz de la esperanza. El Dios escondido permanece siempre como Dios vivo y cercano. También en la noche de la muerte, el Señor muerto sigue siendo nuestro Señor y Salvador. La Iglesia de Jesucristo, su nueva familia, comienza a formarse.

El guía:

Señor, has bajado hasta la oscuridad de la muerte. Pero tu cuerpo es recibido por manos piadosas y envuelto en una sábana limpia (cf. *Mt* 27, 59). La fe no ha muerto del todo, el sol no se ha puesto totalmente. Cuántas veces parece que estés durmiendo. Qué fácil es que nosotros, los hombres, nos alejemos y nos digamos a nosotros mismos: Dios ha muerto. Haz que en la hora de la oscuridad reconozcamos que tú estás presente. No nos dejes solos cuando nos aceche el desánimo. Y ayúdanos a no dejarte solo. Danos una fidelidad que resista en el extravío y un amor que te acoja en el momento de tu necesidad más extrema, como tu Madre, que te arropa de nuevo en su seno. Ayúdanos, ayuda a los pobres y a los ricos, a los sencillos y a los sabios, para poder ver por encima de los miedos y prejuicios, y te ofrezcamos nuestros talentos, nuestro corazón, nuestro tiempo, preparando así el jardín en el cual puede tener lugar la resurrección.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

14.ª Estación: Jesús es colocado en el sepulcro

El guía:

Te adoramos, oh, Cristo, y te bendecimos.

Todos:

Que por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

El guía:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 27, 59-61

JOSÉ, tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia, lo puso en su sepulcro nuevo que se había excavado en la roca, rodó una piedra grande a la entrada del sepulcro y se marchó. María la Magdalena y la otra María se quedaron allí sentadas enfrente del sepulcro.

El lector:

Jesús, deshonrado y ultrajado, es puesto en un sepulcro nuevo con todos los honores. Nicodemo lleva una mezcla de mirra y áloe de cien libras para difundir un fragante perfume. Ahora, en la entrega del Hijo, como ocurriera en la unción de Betania, se manifiesta una desmesura que nos recuerda el amor generoso de Dios, la sobreabundancia de su amor. Dios se ofrece generosamente a sí mismo. Si la medida de Dios es la sobreabundancia, también para nosotros nada debe ser demasiado para Dios. Es lo que Jesús nos ha enseñado en el Sermón de la montaña (cf. Mt 5, 20). Pero es necesario recordar también lo que san Pablo dice de Dios, el cual «difunde por medio de nosotros en

todas partes la fragancia de su conocimiento. Porque somos incienso de Cristo» (2 Cor 2, 14b-15a). En la descomposición de las ideologías, nuestra fe debería ser una vez más el perfume que conduce a las sendas de la vida. En el momento de su sepultura, comienza a realizarse la palabra de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 24). Jesús es el grano de trigo que muere. Del grano de trigo enterrado comienza la gran multiplicación del pan que dura hasta el fin de los tiempos: él es el pan de vida capaz de saciar sobreabundantemente a toda la humanidad y de darle el sustento vital: el Verbo de Dios, que es carne y también pan para nosotros, a través de la cruz y la resurrección. Sobre el sepulcro de Jesús resplandece el misterio de la Eucaristía.

El guía:

Señor Jesucristo, al ser puesto en el sepulcro has hecho tuya la muerte del grano de trigo, te has hecho el grano de trigo que muere y produce fruto con el paso del tiempo hasta la eternidad. Desde el sepulcro iluminas para siempre la promesa del grano de trigo del que procede el verdadero maná, el pan de vida en el cual te ofreces a ti mismo. La Palabra eterna, a través de la encarnación y la muerte, se ha hecho Palabra cercana; te pones en nuestras manos y entras en nuestros corazones para que tu Palabra crezca en nosotros y produzca fruto. Te das a ti mismo a través de la muerte del grano de trigo, para que también nosotros tengamos el valor de perder nuestra vida para encontrarla; a fin de que también nosotros confiemos en la promesa del grano de trigo. Ayúdanos a amar cada vez más tu misterio eucarístico y a venerarlo, a vivir verdaderamente de ti, Pan del cielo. Auxílianos para que seamos tu perfume y hagamos visible la huella de tu vida en este mundo. Como el grano de trigo crece de

la tierra como retoño y espiga, tampoco tú podías permanecer en el sepulcro: el sepulcro está vacío porque él, el Padre, no te «abandonó en el lugar de los muertos y tu carne no experimentó la corrupción» (cf. *Hch* 2, 31; *Sal* 15, 10). No, tú no has conocido la corrupción. Has resucitado y has abierto el corazón de Dios a la carne transformada. Haz que podamos alegrarnos de esta esperanza y llevarla gozosamente al mundo, para ser de este modo testigos de tu resurrección.

Y todos juntos dicen el Padre nuestro.

El guía:

Señor, pequé.

Todos:

Tened piedad y misericordia de mí y de todos los pecadores.

Oración final

El guía:

SEÑOR, Dios nuestro,
que has querido realizar la salvación
de todos los hombres por medio de tu Hijo,
muerto en la cruz, te rogamos,
a quienes hemos conocido en la tierra este misterio,
alcancemos en el cielo los premios de la redención.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Y el guía continúa:

Para ganar las indulgencias concedidas al santo via crucis oremos ahora por las intenciones del papa, de nuestro obispo, las necesidades de la Iglesia y por todos los afectados y víctimas de la pandemia del coronavirus.

Y todos juntos dicen el Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Sábado 11 de abril A.D. 2020

7. SÁBADO SANTO DE LA SEPULTURA DEL SEÑOR

**MOMENTO EXTRAORDINARIO DE ORACIÓN
EN TIEMPOS DE PANDEMIA
PRESIDIDO POR EL SANTO PADRE FRANCISCO**

Atrio de la Basílica de San Pedro

«Al atardecer» (Mc 4, 35). Así comienza el Evangelio que hemos escuchado. Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y de un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. Nos dimos cuenta de que estábamos en la misma barca, todos frágiles y desorientados; pero, al mismo tiempo, importantes y necesarios, todos llamados a remar juntos, todos necesitados de confortarnos mutuamente. En esta barca estamos todos. Como esos discípulos, que hablan con una única voz y con angustia dicen: “perecemos” (cf. v. 38), también nosotros descubrimos que no podemos seguir cada uno por nuestra cuenta, sino solo juntos.

Es fácil identificarnos con esta historia, lo difícil es entender la actitud de Jesús. Mientras los discípulos, lógicamente, estaban alarmados y desesperados, Él permanecía en popa, en la parte de la barca que primero se hunde. Y, ¿qué hace? A pesar del ajetreo y el bullicio, dormía tranquilo, confiado en el Padre —es la única vez en el Evangelio que Jesús aparece durmiendo—. Después de que lo despertaran y que calmara el viento y las aguas, se dirigió a los discípulos con un

tono de reproche: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?» (v. 40).

Tratemos de entenderlo. ¿En qué consiste la falta de fe de los discípulos que se contrapone a la confianza de Jesús? Ellos no habían dejado de creer en él; de hecho, lo invocaron. Pero veamos cómo lo invocan: «Maestro, ¿no te importa que perezcamos?» (v. 38). No te importa: pensaron que Jesús se desinteresaba de ellos, que no les prestaba atención. Entre nosotros, en nuestras familias, lo que más duele es cuando escuchamos decir: “¿Es que no te importo?”. Es una frase que lastima y desata tormentas en el corazón. También habrá sacudido a Jesús, porque a él le importamos más que a nadie. De hecho, una vez invocado, salva a sus discípulos desconfiados.

La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.

Con la tempestad, se cayó el maquillaje de esos estereotipos con los que disfrazábamos nuestros egos siempre pretenciosos de querer aparentar; y dejó al descubierto, una vez más, esa (bendita) pertenencia común de la que no podemos ni queremos evadirnos; esa pertenencia de hermanos.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, esta tarde tu Palabra nos interpela se dirige a todos. En nuestro mundo, que tú amas más que nosotros, hemos avanzado rápidamente, sintiéndonos fuertes y capaces de todo. Codiciosos de ganancias, nos hemos dejado absorber por lo material y trastornar por la prisa. No nos hemos detenido ante tus llamadas, no nos hemos despertado ante guerras e injusticias del mundo, no hemos escuchado el grito de los pobres y de nuestro planeta gravemente enfermo. Hemos continuado imperturbables, pensando en mantenernos siempre sanos en un mundo enfermo. Ahora, mientras estamos en mares agitados, te suplicamos: “Despierta, Señor”.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Señor, nos diriges una llamada, una llamada a la fe. Que no es tanto creer que tú existes, sino ir hacia ti y confiar en ti. En esta Cuaresma resuena tu llamada urgente: “Convertíos”, «convertíos a mí de todo corazón» (Jl 2, 12). Nos llamas a tomar este tiempo de prueba como un momento de elección. No es el momento de tu juicio, sino de nuestro juicio: el tiempo para elegir entre lo que cuenta verdaderamente y lo que pasa, para separar lo que es necesario de lo que no lo es. Es el tiempo de restablecer el rumbo de la vida hacia ti, Señor, y hacia los demás. Y podemos mirar a tantos compañeros de viaje que son ejemplares, pues, ante el miedo, han reaccionado dando la propia vida. Es la fuerza operante del Espíritu derramada y plasmada en valientes y generosas entregas. Es la vida del Espíritu capaz de rescatar, valorar y mostrar cómo nuestras vidas están tejidas y sostenidas por personas comunes —corrientemente olvidadas— que no aparecen en portadas de diarios y de revistas, ni en las grandes pasarelas del último show pero, sin lugar a dudas, están escribiendo hoy los acontecimientos decisivos de nuestra historia: médicos, enfermeros y enfermeras, encargados de reponer los productos en los supermer-

cados, limpiadoras, cuidadoras, transportistas, fuerzas de seguridad, voluntarios, sacerdotes, religiosas y tantos pero tantos otros que comprendieron que nadie se salva solo. Frente al sufrimiento, donde se mide el verdadero desarrollo de nuestros pueblos, descubrimos y experimentamos la oración sacerdotal de Jesús: «Que todos sean uno» (*Jn* 17, 21). Cuánta gente cada día demuestra paciencia e infunde esperanza, cuidándose de no sembrar pánico sino corresponsabilidad. Cuántos padres, madres, abuelos y abuelas, docentes muestran a nuestros niños, con gestos pequeños y cotidianos, cómo enfrentar y transitar una crisis readaptando rutinas, levantando miradas e impulsando la oración. Cuántas personas rezan, ofrecen e interceden por el bien de todos. La oración y el servicio silencioso son nuestras armas vencedoras.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». El comienzo de la fe es saber que necesitamos la salvación. No somos autosuficientes; solos nos hundimos. Necesitamos al Señor como los antiguos marineros a las estrellas. Invitemos a Jesús a la barca de nuestra vida. Entreguémosle nuestros temores, para que los venza. Al igual que los discípulos, experimentaremos que, con él a bordo, no se naufraga. Porque esta es la fuerza de Dios: convertir en algo bueno todo lo que nos sucede, incluso lo malo. Él trae serenidad en nuestras tormentas, porque con Dios la vida nunca muere.

El Señor nos interpela y, en medio de nuestra tormenta, nos invita a despertar y a activar esa solidaridad y esperanza capaz de dar solidez, contención y sentido a estas horas donde todo parece naufragar. El Señor se despierta para despertar y avivar nuestra fe pascual. Tenemos un ancla: en su Cruz hemos sido salvados. Tenemos un timón: en su Cruz hemos sido rescatados. Tenemos una esperanza: en su Cruz hemos sido sanados y abrazados para que nadie ni nada nos separe de su amor redentor. En medio del aislamiento

donde estamos sufriendo la falta de los afectos y de los encuentros, experimentando la carencia de tantas cosas, escuchemos una vez más el anuncio que nos salva: ha resucitado y vive a nuestro lado. El Señor nos interpela desde su Cruz a reencontrar la vida que nos espera, a mirar a aquellos que nos reclaman, a potenciar, reconocer e incentivar la gracia que nos habita. No apaguemos la llama humeante (cf. *Is 42, 3*), que nunca enferma, y dejemos que reavive la esperanza.

Abrazar su Cruz es animarse a abrazar todas las contrariedades del tiempo presente, abandonando por un instante nuestro afán de omnipotencia y posesión para darle espacio a la creatividad que solo el Espíritu es capaz de suscitar. Es animarse a motivar espacios donde todos puedan sentirse convocados y permitir nuevas formas de hospitalidad, de fraternidad y de solidaridad. En su Cruz hemos sido salvados para hospedar la esperanza y dejar que sea ella quien fortalezca y sostenga todas las medidas y caminos posibles que nos ayuden a cuidarnos y a cuidar. Abrazar al Señor para abrazar la esperanza. Esta es la fuerza de la fe, que libera del miedo y da esperanza.

«¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?». Queridos hermanos y hermanas: Desde este lugar, que narra la fe pétrea de Pedro, esta tarde me gustaría confiarlos a todos al Señor, a través de la intercesión de la Virgen, salud de su pueblo, estrella del mar tempestuoso. Desde esta columnata que abraza a Roma y al mundo, descienda sobre vosotros, como un abrazo consolador, la bendición de Dios. Señor, bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no sintamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repites de nuevo: «No tengáis miedo» (*Mt 28, 5*). Y nosotros, junto con Pedro, “descargamos en ti todo nuestro agobio, porque tú nos cuidas” (cf. *1 Pe 5, 7*).

Domingo 12 de abril A.D. 2020

8. DOMINGO DE PASCUA DE LA RESURRECCIÓN DEL SEÑOR

Vía lucis – Camino de la luz pascual

Esta oración se puede rezar todos los domingos de Pascua.

Invocación inicial

El guía:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.

Todos:

Amén.

Oración inicial

El guía:

Señor Jesús, has triunfado sobre la muerte con tu resurrección y vives para siempre comunicándonos la vida, la alegría y la esperanza firme. Tú que fortaleciste la fe de los apóstoles, fortalece también nuestra fe, para que nos entreguemos de lleno a ti.

Queremos compartir contigo y con tu Madre, la Virgen María, la alegría de tu Resurrección gloriosa. Tú que nos has abierto el camino hacia el Padre, haz que, iluminados por el Espíritu Santo, gocemos un día de la gloria eterna.

1.ª Estación: Jesús resucitado conquista la vida verdadera

El lector:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 28, 1-2

PASADO el sábado, al alborear el primer día de la semana, fueron María la Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y de pronto tembló fuertemente la tierra, pues un ángel del Señor, bajando del cielo y acercándose, corrió la piedra y se sentó encima.

El guía:

Gracias, Señor, porque al romper la piedra de tu sepulcro nos trajiste en las manos la vida verdadera, no solo un trozo más de esto que los hombres llamamos vida, sino la inextinguible, la zarza ardiendo que no se consume, la misma vida de que vive Dios.

Gracias por este gozo, gracias por esta gracia, gracias por esta vida eterna que nos hace inmortales, gracias porque al resucitar inauguraste la nueva humanidad y nos pusiste en las manos esta vida multiplicada, este milagro de ser hombres y más, esta alegría de sabernos partícipes de tu triunfo, este sentirnos y ser hijos y miembros de tu cuerpo de hombre y Dios resucitado.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

2.ª Estación: Su sepulcro vacío muestra que Jesús ha vencido a la muerte

El lector:

Del Evangelio según san Marcos.

Mc 16, 1-6

PASADO el sábado, María Magdalena, María la de Santiago y Salomé compraron aromas para ir a embalsamar a Jesús. Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos correrá la piedra de la entrada del sepulcro?». Al mirar, vieron que la piedra estaba corrida y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y quedaron aterradas. Él les dijo: «No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron.

El guía:

Hoy, al resucitar, dejaste tu sepulcro abierto como una enorme boca, que grita que has vencido a la muerte. Ella, que hasta ayer era la reina de este mundo, a quien se sometían los pobres y los ricos, se bate hoy en triste retirada vencida por tu mano de muerto vencedor.

¿Cómo podrían aprisionar tu fuerza unos metros de tierra? Alzaste tu cuerpo de la fosa como se alza una llama, como el sol se levanta tras los montes del mundo, y se quedó la muerte muerta, amordazada la invencible, destruido por siempre su terrible dominio. El sepulcro es la prueba: nadie ni nada encadena tu alma desbordante de vida y esta tumba vacía muestra ahora que tú eres un Dios de vivos y no un Dios de muertos.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

3.^a Estación: Jesús, bajando a los infiernos, muestra el triunfo de su resurrección

El lector:

De la primera carta del apóstol san Pedro.

1 Pe 3, 18-20

PORQUE también Cristo sufrió su pasión, de una vez para siempre, por los pecados, el justo por los injustos, para conducirnos a Dios. Muerto en la carne pero vivificado en el Espíritu; en el espíritu fue a predicar incluso a los espíritus en prisión, a los desobedientes en otro tiempo, cuando la paciencia de Dios aguardaba, en los días de Noé, a que se construyera el arca, para que unos pocos, es decir, ocho personas, se salvaran por medio del agua.

El guía:

Más no resucitaste para ti solo. Tu vida era contagiosa y querías repartir entre todos el pan bendito de tu resurrección. Por eso descendiste hasta el seno de Abrahán, para dar a los muertos de mil generaciones la caliente limosna de tu vía recién reconquistada.

Y los antiguos patriarcas y profetas que te esperaban desde siglos y siglos se pusieron en pie y te aclamaron, diciendo: «Santo, Santo, Santo. Digno es el cordero que con su muerte nos infunde vida, que con su vida nueva nos salva de la muerte. Y cien mil veces Santo es este Salvador que se salva y nos salva». Y tendieron sus manos hacia ti. Y de tus manos brotó este nuevo milagro de la multiplicación de la sangre y de la vida.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

4.ª Estación: Jesús resucita por la fe en el alma de María**El lector:**

Del Evangelio según san Lucas.

Lc 1, 46-48

MARÍA dijo: «Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador; porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones».

El guía:

No sabemos si aquella mañana del domingo visitaste a tu Madre, pero estamos seguros de que resucitaste en ella y para ella, que ella bebió a grandes sorbos el agua de tu resurrección, que nadie como ella se alegró con tu gozo y que tu dulce presencia fue quitando uno a uno los cuchillos que traspasaban su alma de mujer.

No sabemos si te vio con sus ojos, mas sí que te abrazó con los brazos del alma, que te vio con los cinco sentidos de su fe. Oh, si nosotros supiéramos gustar una centésima parte de su gozo.

Oh, si aprendiésemos a resucitar en ti como ella. Oh, si nuestro corazón estuviera tan abierto como estuvo el de María aquella mañana del domingo.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

5.ª Estación: Jesús elige a una mujer como apóstol de los apóstoles

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

Jn 20, 15-18

JESÚS le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y díles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». María la Magdalena fue y anunció a los discípulos: «He visto al Señor y ha dicho esto».

El guía:

Lo mismo que María Magdalena decimos hoy nosotros: «Se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto».

Marchamos por el mundo y no encontramos nada en qué poner los ojos, nadie en quien podamos poner

entero nuestro corazón. Desde que tú te fuiste nos han quitado el alma y no sabemos dónde apoyar nuestra esperanza, ni encontramos una sola alegría que no tenga venenos.

¿Dónde estás? ¿Dónde fuiste, jardinero del alma, en qué sepulcro, en qué jardín te escondes? ¿O es que tú estás delante de nuestros mismos ojos y no sabemos verte? ¿Estás en los hermanos y no te conocemos? ¿Te ocultas en los pobres, resucitas en ellos y nosotros pasamos a su lado sin reconocerte? Llámame por mi nombre para que yo te vea, para que reconozca la voz con que hace años me llamaste a la vida en el bautismo, para que redescubra que tú eres mi maestro. Y envíame de nuevo a transmitir tu gozo a mis hermanos, hazme apóstol de apóstoles como aquella mujer privilegiada que, porque te amó tanto, conoció el privilegio de beber la primera el primer sorbo de tu resurrección.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

6.ª Estación: Jesús devuelve la esperanza a dos discípulos desanimados

El lector:

Del Evangelio según san Lucas.

Lc 24, 28-32

LEGARON cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: «Quédate con nosotros, porque atardece y el día va de caída». Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero

él desapareció de su vista. Y se dijeron el uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?».

El guía:

Lo mismo que los dos de Emaús aquel día también yo marchó ahora decepcionado y triste pensando que en el mundo todo es muerte y fracaso. El dolor es más fuerte que yo, me acogota la soledad y digo que tú, Señor, nos has abandonado. Si leo tus palabras me resultan insípidas, si miro a mis hermanos me parecen hostiles, si examino el futuro sólo veo desgracias.

Estoy desanimado. Pienso que la fe es un fracaso, que he perdido mi tiempo siguiéndole y buscándote y hasta me parece que triunfan y viven más alegres los que adoran el dulce becerro del dinero y del vicio.

Me alejo de tu cruz, busco el descanso en mi casa de olvidos, dispuesto a alimentarme desde hoy en las viñas de la mediocridad. No he perdido la fe, pero sí la esperanza, sí el coraje de seguir apostando por ti.

¿Y no podrías salir hoy al camino y pasear conmigo como aquella mañana con los dos de Emaús? ¿No podrías descubrirme el secreto de tu santa Palabra y conseguir que vuelva a calentar mi entraña? ¿No podrías quedarte a dormir con nosotros y hacer que descubramos tu presencia en el Pan?

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

7.^a Estación: Jesús muestra a los suyos su carne herida y vencedora

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

Jn 20, 26-29

A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

El guía:

Gracias, Señor, porque resucitaste no solo con tu alma, más también con tu carne. Gracias porque quisiste regresar de la muerte trayendo tus heridas. Gracias porque dejaste a Tomás que pusiera su mano en tu costado y comprobara que el Resucitado es exactamente el mismo que murió en una cruz. Gracias por explicarnos que el dolor nunca puede amordazar el alma y que cuando sufrimos estamos también resucitando. Gracias por ser un Dios que ha aceptado la sangre, gracias por no avergonzarte de tus manos heridas, gracias por ser un hombre entero y verdadero.

Ahora sabemos que eres uno de nosotros sin dejar de ser Dios, ahora entendemos que el dolor no es un fallo de tus manos creadoras, ahora que tú lo has hecho tuyo comprendemos que el llanto y las heridas son compatibles con la resurrección.

Déjame que te diga que me siento orgulloso de tus manos heridas de Dios y hermano nuestro. Deja que entre tus manos crucificadas ponga estas manos maltruchas de mi oficio de hombre.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

8.ª Estación: Con su cuerpo glorioso, Jesús explica que también los muertos resucitan

El lector:

Del Evangelio según san Lucas.

Lc 24, 36-43

ESTABAN hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dice: «Paz a vosotros». Pero ellos, aterrorizados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. Y él les dijo: «¿Por qué os alarmáis?, ¿por qué surgen dudas en vuestro corazón? Mirad mis manos y mis pies: soy yo en persona. Palpadme y daos cuenta de que un espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo tengo». Dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero como no acababan de creer por la alegría, y seguían atónitos, les dijo: «¿Tenéis ahí algo de comer?». Ellos le ofrecieron un trozo de pez asado. Él lo tomó y comió delante de ellos.

El guía:

«Miradme bien. Tocadme. Comprobad que no soy un fantasma», decías a los tuyos, temiendo que creyeran que tu resurrección era tan solo un símbolo, una dulce metáfora, una ilusión hermosa para seguir viviendo.

Era tan grande el gozo de reencontrarte vivo que no podían creerlo; no cabía en sus pobres cabezas que entendían de llantos, pero no de alegrías. El hombre, ya lo sabes, es incapaz de muchas esperanzas.

Como él tiene el corazón pequeño cree que el tuyo es tacaño. Como te ama tan poco no puede sospechar que tú puedas amarle. Como vive amasando pedacitos de tiempo siente vértigo ante la eternidad.

Y así va por el mundo arrastrando su carne sin sospechar que pueda ser una carne eterna. Conoce el pudriero donde mueren los muertos: no logra imaginarse el día en que esos muertos volverán a ser niños, con una infancia eterna. Muéstranos bien tu cuerpo, Cristo vivo, ¡enséñanos ahora la verdadera infancia, la que tú nos preparas más allá de la muerte!

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

9.ª Estación: Jesús bautiza a sus apóstoles contra el miedo

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

Jn 20, 19-21

AL anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo».

El guía:

Han pasado, Señor, ya veinte siglos de tu resurrección y todavía no hemos perdido el miedo, aún no estamos seguros, aún tememos que las puertas del infierno podrían algún día prevalecer si no contra tu Iglesia, sí contra nuestro pobre corazón de cristianos.

Aún vivimos mirando a todos lados menos hacia tu cielo. Aún creemos que el mal será más fuerte que tu propia Palabra. Todavía no estamos convencidos de

que tú hayas vencido al dolor y a la muerte. Seguimos vacilando, dudando, caminando entre preguntas, amasando angustias y tristezas.

Repítenos de nuevo que tú dejaste paz suficiente para todos. Pon tu mano en mi hombro y grítame: No temas, no temáis. Infúndeme tu luz y tu certeza, danos el gozo de ser tuyos, inúndanos de la alegría de tu corazón. Haznos, Señor, testigos de tu gozo. ¡Y que el mundo descubra lo que es creer en ti!

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

10.ª Estación: Jesús anuncia que seguirá siempre con nosotros

El lector:

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 28, 20b

Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.

El guía:

Esta fue la más grande de todas tus promesas, el más jubiloso de todos tus anuncios. ¿O acaso tú podrías visitar esta tierra como un sonriente turista de los cielos, pasar a nuestro lado, ponernos la mano sobre el hombro, darnos buenos consejos y regresar después a tu seguro cielo dejando a tus hermanos sufrir en la estacada? ¿Podrías venir a nuestros llantos de visita sin enterrarte en ellos? ¿Dejarnos luego solos, limitándote a ser un inspector de nuestras culpas?

Tú juegas limpio. Señor, tú bajas a ser hombre para serlo del todo, para serlo con todos, dispuesto a dar

al hombre no solo una limosna de amor, sino el amor entero.

Desde entonces el hombre no está solo, tú estás en cada esquina de las horas esperándonos, más nuestro que nosotros, más dentro de mí mismo que mi alma. «No os dejaré huérfanos», dijiste. Y desde entonces ha estado lleno nuestro corazón.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

11.ª Estación: Jesús devuelve a sus apóstoles la alegría perdida

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

Jn 21, 4-7

ESTABA ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo a quien Jesús amaba le dice a Pedro: «Es el Señor». Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua.

El guía:

Desde que tú te fuiste no hemos pescado nada. Llevamos veinte siglos echando inútilmente las redes de la vida y entre sus mallas solo pescamos el vacío. Vamos quemando horas y el alma sigue seca. Nos hemos vuelto estériles, lo mismo que una tierra cubierta de cemento. ¿Estaremos ya muertos? ¿Desde hace cuántos

años no nos hemos reído? ¿Quién recuerda la última vez que amamos?

Y una tarde tú vuelves y nos dices: «Echa tu red a tu derecha, atrévete de nuevo a confiar, abre tu alma, saca del viejo cofre las nuevas ilusiones, dale cuerda a tu corazón, levántate y camina». Y lo hacemos, solo por darte gusto. Y, de repente, nuestras redes rebosan alegría, nos resucita el gozo y es tanto el peso de amor que recogemos que la red se nos rompe, cargada de ciento cincuenta nuevas esperanzas.

Oh, tú, fecundador de almas: llégate a nuestra orilla, camina sobre el agua de nuestra indiferencia, devuélvenos, Señor, a tu alegría.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

12.ª Estación: Jesús entrega a Pedro el pastoreo de sus ovejas

El lector:

Del Evangelio según san Juan.

Jn 21, 15-17

DESPUÉS de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas».

El guía:

Aún nos faltaba un gozo: descubrir tu inédito modo de perdonar. Nosotros, como Pedro, hemos manchado tantas veces tu nombre, hemos dicho que no te conocíamos, hemos enrojecido ante el horror de que alguien nos llamara beatos, nos hemos calentado al fuego de los gozos del mundo.

Y esperábamos que, al menos, tú nos reprendieras para paladear el orgullo de haber pecado en grande. Y tú nos esperabas con tu triste sonrisa para preguntar solo: «¿me amas aún, me amas?», dispuesto ya a entregarnos tu rebaño y tus besos, preparado a vestirnos la túnica del gozo.

Oh, Dios, ¿cómo se puede perdonar tan de veras? ¿Es que no tienes ni una palabra de reproche? ¿No temes que los hombres se vayan de tu lado al ver que se lo pones tan barato? ¿No ves, Señor, que casi nos empujas a alejarnos de ti solo por encontrarnos de nuevo entre tus brazos?

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

13.ª Estación: Jesús encarga a los doce la tarea de evangelizar**El lector:**

Del Evangelio según san Mateo.

Mt 28, 16-20

LOS once discípulos se fueron a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo

y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos».

El guía:

Y te faltaba aún el penúltimo gozo: dejar en nuestras manos la antorcha de tu fe. Tú habrías podido reservarte ese oficio, sembrar tú en exclusiva la gloria de tu nombre, hablar tú al corazón, poner en cada alma la sagrada semilla de tu amor.

¿Acaso no eres tú la única palabra? ¿No eres tú el único jardinero del alma? ¿No es tuya toda gracia? ¿Hay algo de ti o de Dios que no salga de tus manos? ¿Para qué necesitas ayudantes, intermediarios, colaboradores, que nada aportarán si no es su barro? ¿Qué ponen nuestras manos que no sea torpeza?

Pero tú, como un padre que sentara a su niño al volante y dijera: «Ahora conduce tú», has querido dejar en nuestras manos la tarea de hacer lo que solo tú haces: llevar gozosa y orgullosamente de mano en mano la antorcha que tú enciendes.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

14.^a Estación: Jesús sube a los cielos para abrirnos camino

El lector:

Del libro de los Hechos de los Apóstoles. *Hch 1, 10-11*

CUANDO miraban fijos al cielo, mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo».

El guía:

La última alegría fue quedarte marchándote. Tu subida a los cielos fue ganancia, no pérdida: fue bajar a la entraña, no evadirte.

Al perderte en las nubes te vas sin alejarte, asciendes y te quedas, subes para llevarnos, señalas un camino, abres un surco. Tu ascensión a los cielos es la última prueba de que estamos salvados, de que estás en nosotros por siempre y para siempre. Desde aquel día la tierra no es un sepulcro hueco, sino un horno encendido: no una casa vacía, sino un corro de manos: no una larga nostalgia, sino un amor creciente.

Te quedaste en el pan, en los hermanos, en el gozo, en la risa, en todo corazón que ama y espera, en estas vidas nuestras que cada día ascienden a tu lado.

Verdaderamente ha resucitado el Señor. Aleluya.

Todos:

Como anunciaron las Escrituras. Aleluya.
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Oración final

El guía:

SEÑOR y Dios nuestro,
fuente de alegría y de esperanza,
hemos vivido con tu Hijo los acontecimientos
de su resurrección y ascensión;
haz que la contemplación de estos misterios
nos llene de tu gracia y nos capacite
para dar testimonio de Jesucristo en medio del mundo.
Te pedimos por tu santa Iglesia:
que sea fiel reflejo de las huellas de Cristo en la historia
y que, llena del Espíritu Santo,
manifieste al mundo los tesoros de tu amor,
santifique a tus fieles con los sacramentos
y haga partícipes a todos los hombres
de la resurrección eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

Todos:

Amén.

Conclusión

El guía:

Anunciemos a todos la alegría del Señor resucitado.
Aleluya, aleluya.

Todos:

Demos gracias a Dios. Aleluya, aleluya.

ÍNDICE

III

ORACIONES EN TIEMPO DE PANDEMIA

1. Intención añadida por la Santa Sede en la oración universal del Viernes Santo del año 2020

IX b. Por quienes sufren en tiempo de pandemia

Oremos también por todos los que sufren las consecuencias de la pandemia actual: para que Dios Padre conceda la salud a los enfermos, fortalezca al personal sanitario, consuelo a las familias y la salvación a todas las víctimas que han muerto.

Oración en silencio. Prosigue el sacerdote:

DIOS todopoderoso y eterno,
singular protector en la enfermedad humana,
mira compasivo la aflicción de tus hijos
que padecen esta pandemia;
alivia el dolor de los enfermos,
da fuerza a quienes los cuidan,
acoge en tu paz a los que han muerto
y, mientras dura esta tribulación,
haz que todos
puedan encontrar alivio en tu misericordia.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.

ÍNDICE

2. Oración colecta de la “Misa en tiempo de pandemia”

DIOS todopoderoso y eterno,
refugio en toda clase de peligro,
a quien nos dirigimos en nuestra angustia;
te pedimos con fe que mires
compasivamente nuestra aflicción,
concede descanso eterno a los que han muerto,
consuela a los que lloran,
sana a los enfermos,
da paz a los moribundos,
fuerza a los trabajadores sanitarios,
sabiduría a nuestros gobernantes
y valentía para llegar a todos con amor
glorificando juntos tu santo nombre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

℟. Amén.

ÍNDICE

3. Oración del papa Francisco a la Virgen

OH, María,
tú resplandesces siempre en nuestro camino
como signo de salvación y de esperanza.

Confiamos en ti, salud de los enfermos,
que junto a la cruz
te asociaste al dolor de Jesús,
manteniendo firme tu fe.

Tú, salvación del pueblo que en ti confía,
sabes lo que necesitamos
y estamos seguros de que proveerás para que,
como en Caná de Galilea
pueda volver la alegría y la fiesta
después de este momento de prueba.

Ayúdanos, Madre del Divino Amor,
a conformarnos a la voluntad del Padre
y hacer lo que nos diga Jesús
que ha tomado sobre sí nuestros sufrimientos
y ha cargado con nuestros dolores
para llevarnos, a través de la cruz
a la alegría de la resurrección.

Bajo tu protección nos acogemos,
santa Madre de Dios;
no deseches las súplicas
que te dirigimos en nuestras necesidades,
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
oh, Virgen gloriosa y bendita.

Amén.

ACABOSE DE PREPARAR ESTE SUBSIDIO
PARA LA SEMANA SANTA A.D. 2020
EN LAS IGLESIAS DOMÉSTICAS,
EN LA FERIA DEL JUEVES DE LA V SEMANA DE CUARESMA,
EL 2 DE ABRIL DEL AÑO DEL SEÑOR DE 2020

Fons et culmen

La presente edición de este subsidio ha sido preparada por el secretariado de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española.

Los textos litúrgicos corresponden a las ediciones oficiales en vigor.

© del texto: Conferencia Episcopal Española

© de esta edición: LIBROS LITÚRGICOS, 2020

El texto de esta obra es propiedad de la Conferencia Episcopal Española, a quien compete conceder el derecho de reproducción conforme a lo establecido por la Instrucción *Liturgiam authenticam*, promulgada por la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos (28 de marzo de 2001), así como por las normas y leyes civiles vigentes.

No está permitida, sin la autorización del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de manera parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Para cualquier asunto relacionado con la gestión de los derechos de autor diríjense a:

Director General de Publicaciones de la Conferencia Episcopal Española

C/ Añastro, 1 – 28033 Madrid

Tlf.: 913439660

E-mail: publicaciones.director@conferenciaepiscopal.es

EDITA: LIBROS LITÚRGICOS

C/ Añastro, 1 – 28033 Madrid (España)

Abril de 2020